

LA BIBLIOTECA DE BUENOS-AIRES ⁽¹⁾

IV

Prosigo mi humilde tarea bibliográfica. Lo indicado más arriba, respecto del escaso movimiento de la Biblioteca pública durante la época de Rosas, habrá necesariamente de simplificar mi análisis, en lo que á dichos años se refiere. Por otra parte, la estabilidad del despotismo y la poca importancia que entonces se daba al establecimiento, manifestábanse también en la tranquila posesión del empleo adquirido: desde 1833 hasta 1852, no hubo sino dos directores, y el segundo fué nombrado por fallecimiento del primero. Hemos visto ya que Manuel Moreno abandonó la Biblioteca por haber aceptado el cargo de ministro argentino en Londres; en noviembre 25 de 1828, fué designado para sucederle el presbítero don Ignacio Grela, quien, con una interrupción de algunos meses, en 1829 (2), — en que le reemplazó el doctor don Valentín Alsina — desempeñó

(1) Véase el número de Junio.

(2) Según un documento — muy poco explícito — de este archivo, la suspensión se hubiera producido á consecuencia de la desaparición de ciertos documentos y obras de la Biblioteca. Parece que el padre Grela se justificó y fué reintegrado en su puesto.

la dirección del establecimiento hasta 1833.—El dominico Grela es una figura de segundo término en la historia argentina: casi tan inquieto y mezclado en la política diaria y callejera como el célebre padre Castañeda, carecía de su espontaneidad mordaz y de su incorregible brío de planfletista. Corifeo de asonadas y orador de cabildos abiertos, el «fraile Granizo», como le apellidaban (1), salía á la calle en los días de tumulto para encabezar una petición popular, ó, al lado del gigantesco Medrano, fulminar en cualquier esquina un anatema de barricada contra Sarratea en favor de Balcarce, ó contra Las Heras por su «cobarde» acatamiento de la elección presidencial. Fuera de esas apariciones de fuego fatuo, el padre Grela se esfuma en el crepúsculo de la historia. Separado de la Biblioteca durante el gobierno provisorio de Brown, reapareció con el primero de Viamont, y aprobó enérgicamente en la legislatura el acto inicial de humillación hacia el «Restaurador de las leyes». Quedó así reinstalado definitivamente en este puesto, dando ese desenlace inesperado á tanta efervescencia jacobina y á tanto discurso anárquico. Lo que hubo de ser este pobre establecimiento bajo la dirección del presbítero Grela, se deduce del decreto producido al día siguiente de aceptarse su renuncia: en él se mencionaba «el estado de decadencia de la Biblioteca pública, por efecto de las desgracias pasadas...» ¿Qué diría de las venideras?

El doctor don Valentín Alsina no hizo más que pasar por la dirección de este establecimiento, durante el eclipse del funcionario que acabamos de mencionar; y no quisiera imitar á los tratadistas de ajedrez, que ensalzan el genio estratégico de Napoleón por sus mediocres proezas ante el damero. Dejó, con todo, un recuerdo excelente de su breve administración; y cuando abandonó la Bi-

(1) ¿Sería una alusión á su carácter turbulento, ó al periódico satírico de este nombre, gran pegador de apodos, y que creía muy picante designar á Manuel Moreno con el de «Don Óxide», — no por su temperamento «corrosivo», como dice el historiador López, sino porque había dictado en el Colegio el primer curso de química? — En cuanto á lo de «Granizo», es más probable que fuera sencillamente la traducción del apellido pronunciado en francés (*grêle*).

biblioteca por otros destinos más adecuados á su actividad política, el gobierno se complació en reconocer públicamente « la contracción y los conocimientos que había demostrado » en el desempeño de su cargo. Por lo demás, su vida entera, privada y pública, pide la plena luz resplandeciente, no teniendo una sombra que ocultar, un ángulo dudoso que solicite la indulgencia ó la compostura. Jurisconsulto, publicista, hombre de gobierno y de parlamento, fué actor principal en todas las evoluciones prósperas ó nefastas de la gran provincia argentina, y obrero de la primera obra en la reconstrucción nacional, recorriendo sucesivamente el infierno y el purgatorio de las agitaciones políticas, sin despertar odios ni resistencias, á no ser aquellos que es glorioso inspirar. Ante ese temple de alma casi impecable, toda apreciación de su talento claro y flexible, de su real valía intelectual, cobraría aspecto mezquino. Fué su « característica » aquella grandeza de ánimo, hecha de rectitud y mansedumbre, que le permitió atravesar cincuenta años de encarnizadas luchas, defecciones y traiciones, sin que sintiera desfallecer su creencia en el bien. Es poco, comprobar que la experiencia no había dejado en su alma el habitual sedimento de amargura: casi podría decirse que no alcanzó á marchitar sus ilusiones.—En lugar de reseñar aquí, una vez más, sus actos de legislador ó gobernante, que se encuentran consignados en documentos públicos y pertenecen á la historia, daré á mi respetuoso homenaje un giro más personal, mencionando la ocasión única en que me fué dado contemplar, creo que en el último año de su vida, á ese raro ejemplar de la alta burguesía porteña.

Una tarde de verano, en un banco de la plazuela de Morón, vino á sentarse al lado mío: correcto hasta la pulcritud en su traje, en su porte, en el menor detalle de su persona, con su fino perfil patricio de medalla, laureado de canas. La cortesía exquisita, que suele ser en otros estudiada coquetería de la gloria y de la vejez, era en él una emanación natural de su bondad. Sin preguntar quién era su vecino, — el cual, por otra parte, no era nadie, — acostumbrado

al respeto universal, dejó al instante correr delante de mí el río inagotable de sus recuerdos, aceptando sin resistencia la dirección que mi curiosidad deseaba imprimirle, contestando copiosamente á mis preguntas, con cierta gracia risueña y afable que no era, por cierto, docilidad senil. Su memoria lejana estaba intacta; más aún: con la edad, como á menudo sucede, su visión de lo pasado constituía una verdadera presbicia mental, creciendo en agudeza con aplicarse á puntos más remotos. El paso del « señor Rivadavia », la cruzada unitaria, la muerte de Varela, las cortas esperanzas y las largas decepciones; un día inolvidable—Caseros—que no fué más que un día, un rayo de bonanza entre dos tempestades, — si bien traía la segunda las intermitencias presagiosas del término feliz: todo pasaba á mi presencia, en animado panorama, con el color y la línea de la verdad. Caían las palabras abundantes como, « los copos de la nieve invernal », según la expresión homérica (1). Y esos labios de anciano vertían para mí otra enseñanza, más alta que la de los hechos referidos: el ejemplo de una existencia que llegaba á su ocaso sin conocer el desencanto ó el rencor. y, semejante á la antigua fuente Aretusa que se mezclaba al Adriático sin amargar sus ondas, quedaba fiel en la vejez extrema á los puros ensueños de su juventud. — Por vez primera, supe aquel día lo que realmente constituía la distinción moral de esa generación vencida: esa flor de urbanidad unitaria que la bota de Rosas pisoteara con despecho y furor. Se había puesto el sol cuando nos separamos; y, mientras Valentín Alsina se alejaba lentamente en la doble serenidad de la tarde apacible y de la venerada vejez, debió cantar en mi memoria el verso de La Fontaine, sobre el justo que declina, lleno de días y exento de pesar:

Rien ne trouble sa fin : c'est le soir d'un beau jour...

El presbítero doctor don José María Terrero, fué nombrado di-

(1) ILIAD. III, *νιφάδεςσιν ἐρικύματα χειμερίησιν.*

rector de la Biblioteca, el 14 de noviembre de 1383, en reemplazo del renunciante don Ignacio Grela. Nacido en Buenos-Aires en 1787, fué alumno y profesor en el Colegio de San Carlos. Es conocida la decadencia de dicho colegio durante las invasiones inglesas y los años inquietos de la Revolución: los estudios públicos casi no existían « porque la juventud era atraída por el brillo de las armas ». Al fin, el edificio fué destinado para cuartel — y allí mismo tuvo lugar la famosa sublevación de los « Patricios ». Un decreto del 15 de junio de 1818, dictado por el director Pueyrredón, lo restableció con el nombre de « Colegio de la Unión del Sud ». Fué su primer vice-director el doctor Terrero, en quien concurrían, según expresiones de dicho decreto, « todas las circunstancias de probidad, discreción y experiencias que son tan necesarias para este empleo ». Transcurriendo los años, fué sucesivamente cura de una de las parroquias de Buenos-Aires, vicario capitular de este obispado y canónigo de la Catedral. Nadie extrañará que ocupase un asiento de representante durante el gobierno de Rosas, conociendo las afinidades de su familia con la del Restaurador; pero, era justo mostrar que tuvo otros títulos al aprecio de sus compatriotas.

Durante la dirección del canónigo Terrero, informó acerca del estado de la Biblioteca una comisión compuesta de los señores Valentín Alsina, León Banegas y Octavio Mossotti (1). Comprobaba dicho informe el estado decadente de la institución, desde la dirección de don Manuel Moreno: se calculaba en más de dos mil el número de volúmenes desaparecidos desde 1823, « atento el escaso número de los que en este intervalo han entrado »; por otra parte, la ausencia de índices imposibilitaba todo cómputo exacto, al par

(1) El señor Mossotti, sabio italiano de real valía, pasó una parte de su vida en el Plata, prestando grandes servicios como fundador del Observatorio astronómico, profesor de física experimental en la Universidad y miembro del Departamento topográfico de la Provincia. Falleció en Pavia en 1863. El doctor Gutiérrez le ha dedicado una excelente noticia en su obra citada.

que reducía notablemente los servicios que tal « hacinamiento confuso de obras » podría prestar. Aconsejaba la comisión, entre otras medidas plausibles, la formación de un « gran catálogo general bibliográfico » sobre la base de una « exacta clasificación de los conocimientos humanos », cuyo cuadro acompañaba; y opinaba que, hasta concluir esta operación, se clausurase el establecimiento. El gobierno lo aprobó todo; felizmente no se cumplió la última disposición, que habría mantenido cerrada la casa hasta nuestro tiempo. No ha podido encontrarse el plan de clasificación que la comisión remitió al oficial mayor Garrigós; sería probablemente el de Brunet, cuyo *Manual* figura entre las obras compradas al sabio Bonpland. — Dióse principio al « gran catálogo » de Penélope, según consta de una nota del gobierno en que se concede al director « los brazos » que solicita para mover los libros; pero no ha quedado vestigio de ese trabajo. No es probable que fuera mucho más allá de la intención. De esa administración no quedan sino una docena de notas de mera tramitación y, en nuestro libro de asientos, la constancia de otras tantas obras, donadas por el gobierno. Entre éstas mecece especial mención el magnífico *officium parvum Gothicum*, enriquecido con primorosas miniaturas del siglo xv, y que fué regalado al general Rosas por Mr. Woodbine Parish, el conocido Encargado de negocios de S. M. B. en Buenos-Aires y autor de una buena descripción de este país.

El 9 de enero de 1837, el honorable canónigo Terrero tuvo que resignar todas sus canongías. Tenía apenas cincuenta años y murió rodeado de la estimación general. El gobierno, la sala de representantes y el obispado honraron su memoria; y la *Gaceta* celebró las virtudes y prendas de carácter del extinto, prematuramente « arrebatado al santuario, á la Patria y á la Federación » (1).

El funcionario que sucedió á tan pacífico varón, por decreto de enero 18 de dicho año, se llamaba el doctor don Felipe Elortondo

(1) GACETA MERCANTIL, 12 de enero de 1837.

y Palacios, y parecía elegido para hacer resaltar la actividad febril de su predecesor. Al tomar asiento en la Biblioteca, le regaló, como dádiva de feliz advenimiento, un diccionario de la lengua: significando así, tal vez, su profunda admiración por el único libro que el general Rosas había leído, y su deseo de que tal hazaña tuviera imitadores. Consignó esta donación como director del establecimiento y « cura de la Catedral al Sud ». Después de esta enérgica afirmación de su existencia, creo que no volvió á verse su nombre en documento público alguno, á pesar de permanecer en su puesto quince años cumplidos, exactamente el « gran espacio de la vida humana » del historiador latino (1). El *Registro Oficial*, de 1837 á principios de 1852, no contiene una sola disposición relativa á la Biblioteca; nuestro archivo no posee una sola nota de dicho director: su nombre no figura en las *Efémerides americanas*, ni en las de Zinny, ni en diccionario biográfico alguno, ni es citado una sola vez — que yo recuerde — en ningún diario de la época. Sospecho que ese bibliotecario de los Siete Durmientes fuera un gran sabio. Comprendió que en esos años precarios, el problema supremo era vivir — *to live, to sleep* — y lo resolvió con superioridad. Su existencia es una obra maestra de ocultación, que deja muy atrás á la de su predecesor.

Se despertó sobresaltado al ruido de su destitución!... ¿Qué sucedía? — Poca cosa, en verdad: Caseros; es decir, la confederación en lugar de la federación: Urquiza después de Rosas, y un Libertador tras el Restaurador. Pero, en esa breve intermisión entre dos dictaduras, el gobierno provisorio de don Vicente López había golpeado á las puertas de la Biblioteca para instalar en ella á un hombre de letras, ó mejor dicho, á un amigo sincero de los libros y de la educación. La « laicización » de la Biblioteca era un signo de los

(1) TACIT. *Vita Agricola*, III. Merece citarse la frase entera por su curiosa adaptación á la dictadura del Domiciano argentino: *Quid? si per quindecim annos, grande mortalis ovi spatium, multi fortuitis casibus, promptissimus quisque saevitia Principis interciderunt?*

tiempos nuevos, pues, hasta entonces, puede decirse que su dirección había sido exclusivamente clerical (1).

He aludido, al hablar del doctor Valentin Alsina, á ese lapso intermedio de respiro y expansión que siguió inmediatamente á Caseros; fué algo así como la luna de miel de la libertad (2). — Las fundaciones y reformas se sucedieron en pocos meses, con una buena voluntad general y una preocupación del bien común que causan admiración. El corto gobierno del doctor Vicente López fué en verdad una erupción de progreso civilizador. Ningún síntoma fué más significativo que la creación del Ministerio de instrucción pública y el nombramiento de su primer titular. Nadie pensó entonces que la suprema magistratura del padre impusiera al hijo un estado de inhabilidad y ostracismo administrativo: una larga carrera de gloria y probidad fué tenida por caución suficiente de los rectos propósitos, y el vínculo de la carne entre el gobernador y su ministro, considerado como una nueva garantía moral (3). En tanto que Vélez Sarsfield fundaba *El Nacional*, y el diputado Mitre aseguraba en la Legislatura la existencia de la prensa libre, sin más restricciones que las necesarias á la defensa de la sociedad, el gobierno reconstituía las instituciones civiles que son su mejor salvaguardia: justicia, legislatura, policía, estadística, asistencia pública, educación superior y popular. Resucitaba la Sociedad de beneficencia, volviendo á confiarse, como en tiempo de Rivadavia, ya que no la curación, el alivio de las llagas incurables á la mano suave de la mujer. Un soplo de ciencia nueva refrescaba la Univer-

(1) El doctor Elortondo no conservó su curato durante su dirección de la Biblioteca: fué nombrado Canónigo diácono de la Catedral. En el decreto de reorganización del Senado del clero, — posterior á su separación, — se dispone que « continuará en el ejercicio de esta canongía ». Era su vocación.

(2) TACIT. *Hist.* IV. *Optimus est post malum principem dies primus.*

(3) Entre el Gobernador y el Libertador hubo un *échange de bons procédés*. El gobierno nombró al doctor don Diógenes de Urquiza enviado extraordinario, y el general Urquiza fué quien indicó al doctor Vicente Fidel López para ministro de Instrucción pública.

sidad. Se fundaba la primera escuela normal, confiando su dirección al mismo funcionario que se había instalado en la Biblioteca, y su administración técnica á un extranjero ilustrado y modesto, don Germán Frers, quien, á igual de su colega Sastre, nunca separó el progreso agrícola de este país, de su desarrollo educativo. — Así se agitaba en todo sentido la colmena social, después de su prolongado letargo. Sin duda, no fué todavía sino una tregua, esa era de paz y trabajo que se creía definitiva. Pero había bastado en su brevedad para revelar la sanidad fundamental del organismo argentino. Durante ese claro de una hora entre dos cerrazones, se había visto al sol y tomado la altura. Á despecho de los siniestros presagios, la barbarie estaba vencida ; y cualquier ensayo de nueva « restauración » sería impotente y fugaz.

El señor Marcos Sastre no permaneció en sus funciones de bibliotecario el tiempo bastante para reorganizar el establecimiento. Entrado el 2 de marzo de 1852 por un acto de rigor administrativo, fué destituido el 10 de abril del año siguiente, por otro del gobernador Pinto, igualmente severo y, hay que decirlo, mucho más justificado. ¡ Fatales represalias de la política ! Le volvía á llevar la misma ola que le trajo. Estando Buenos-Aires cercado por las fuerzas de Urquiza, el señor Sastre creyó que podía, en esas horas angustiosas, recordar su amistad con el caudillo, olvidando sus deberes « con el gobierno de la ciudad » como decían los de afuera ; y fué á San José de Flores. Sin aprobar los términos ni la forma de la represión (1), es imposible desconocer su fundamento. Es gran ejemplo de la perturbación moral producida por las revoluciones, el ver incurrir al hombre más honrado en un paso dudoso, que algunos aplauden, mientras otros lo califican con la última severidad. — Pero el error de un día no impide reconocer los servicios que, durante su vida toda, prestó don Marcos Sastre á la causa de la civilización.

(1) El señor Sastre entregó la Biblioteca desde la cárcel.

Aunque nacido en Montevideo, perteneció á la República Argentina, por sus estudios, su hogar, los vínculos é intereses mayores de su existencia. No fué seguramente un hombre de pensamiento ni de imaginación: fué un educador primario. Además del resultado material no despreciable, sus libritos elementales le valieron una popularidad infantil que ningún otro pedagogo ha disfrutado. Sus silabarios han sido, por decirlo así, la papilla intelectual de diez generaciones escolares. — Algún descontentadizo podría pensar que, después de la *Anagnosia* en que nos enseñaba á leer, no era indispensable que el señor Sastre publicara el *Tempe argentino*, para enseñarnos á escribir. Pero el público le dió la razón: el éxito del libro ha sido increíble. Nadie resistió á esa ciencia de nodriza « normal », desleída en una prosa fluente y dulce como un panal de *camuati*. Un crítico autorizado comparó al señor Sastre con Bernardin de Saint-Pierre; y á fe que, por la intensidad del pensamiento y la profundidad de la observación, el *Tempe* soporta la comparación con los *Estudios de la naturaleza* (1). En el estilo, encuentro menos analogía. — Con eso y todo el *Tempe argentino* tuvo más ediciones que el *Facundo*, — argumento supremo para un autor que había sido librero, — y en el candor de su alma « sencilla como su canoa », el émulo feliz de Santa-Olalla pudo creerse colega de Sarmiento.

(1) Por ejemplo, el análisis del « sistema gubernativo del camuati, análogo á la democracia, y por consiguiente muy aventajado al gobierno de las abejas », es tan completo en su género como la página de Bernardin (ÉTUDE XI) que muestra la bondad y previsión de la Providencia al crear « les melons, qui sont divisés par côtes et semblent destinés à être mangés en famille »; y que concluye así: « Les cocotiers au pied desquels il y a des maisons deviennent beaucoup plus beaux, comme si ces arbres utiles se réjouissaient du voisinage des hommes! »

V

Con la dirección del señor Tejedor, que duró desde el 14 de abril de 1853 hasta el 23 de octubre de 1858, puede decirse que termina el período crepuscular y casi legendario de la Biblioteca. Ya tomamos pie en la realidad administrativa, con documentos é informes anuales especialmente dedicados á la marcha del establecimiento. La organización es muy defectuosa aún; pero bastará la ley del desarrollo natural para que se perfeccione y complete paulatinamente. — El primer informe del doctor Tejedor, publicado en el *Registro estadístico* de 1854, contenía una reseña general y comparativa de la Biblioteca, cuyo sentido general es el que ya tenemos señalado: decadencia completa de la institución durante la década transcurrida, así en lo relativo á la asistencia cuanto al fondo bibliográfico. Según el último recuento practicado, el total de volúmenes entonces existentes era de 15.397 (1), vale decir muy inferior al del año de 1822. La concurrencia anual era de 1605 lectores. La ilustrada actividad del nuevo director no tardó en dejarse sentir para bien del establecimiento. Además de la catalogación incipiente, y de otras medidas de arreglo interno no menos indispensables, puso empeño en completar y regularizar la importante sección de publicaciones periódicas, cuya indigencia era tan lamentable que casi equivalía á su total ausencia. Procuró salvar de la ruina completa, por el aseo y la encuadernación, buena parte del fondo antiguo destruído por la polilla y el abandono: desgraciadamente, en este particular, el mal producido es poco menos que incurable, y muchas obras valiosas han quedado fuera de uso. Por vía de compra — á pesar de lo exiguo de los recursos — y por la donación, consiguió enriquecer algún tanto las varias secciones de

(1) Esta cifra ha de ser un poco inferior á la realidad.

la casa. Y si el doctor Tejedor había podido decir con verdad en su primer informe : « Nadie regala hoy á la Biblioteca ni ella compra obra alguna por falta de fondos » ; se modificaron felizmente condiciones tan deplorables, y en los cinco años de su administración pudo adquirir cerca de mil volúmenes nuevos (961), fuera de las publicaciones oficiales y periódicas.

No es dudoso que se acreció también la concurrencia de lectores. Si hubiéramos de dar entero crédito á los cuadros estadísticos correspondientes, ese aumento podría tenerse por milagroso — el milagro de la multiplicación — y contrario á todas las leyes del desarrollo gradual. Según dichos estados, la asistencia que no alcanzaba á 2000 lectores anuales, en 1854, saltó — *Natura non facit saltum* — á más de 8000 en 1856, manteniéndose en esta cifra hasta la salida del director Tejedor. No ha de ser verdad tanta belleza. Puede creerse que el jefe haya sido sorprendido por el exceso de celo de un subalterno. Lo curioso es que se reproduzca este doble fenómeno de flujo y reflujo en la siguiente administración : principio modesto — 1330 lectores — y, bruscamente, una inflación enorme y como febril : todo el mundo en la Biblioteca ! La cifra de 1500 lectores ha de corresponder al promedio exacto, que con el desarrollo admisible, llegaría á fluctuar al rededor de 2000, hasta la administración del doctor Quesada (1).

El doctor Tejedor tuvo que abandonar la dirección de la Biblioteca por haber aceptado el cargo de asesor de gobierno. Era ya diputado á la Legislatura y profesor de derecho criminal en la universidad. El jurisconsulto y publicista mostróse desde el origen muy superior al político ; y es permitido pensar que no fuera extraño á la solidez de su preparación jurídica, así en el libro como en la

(1) El informe para 1870 comienza así : « Nada podrá ser más agradable á V. E. en el informe anual de la Biblioteca, que el encontrar los datos que marquen el aumento de la concurrencia ». Debemos suponer que, para el doctor Malaver, aún más que los *datos* hubiera sido agradable *la realidad* del aumento. El señor Quesada rechaza con justicia todas esas cifras fantásticas, que tienden á extraviar la opinión con pretexto de no sé qué falso patriotismo.

cátedra y la tribuna, el período de recogimiento relativo que disfrutó en la Biblioteca. Pero llamábanle destinos más altos y expuestos á responsabilidades mayores. — En estas repúblicas, es imposible que cualquiera superioridad intelectual no remate en la política, como en la encrucijada central á que conducen todas las avenidas. No vivirían aquí impúnemente Pasteur ó Darwin, sin habérselas con algún ministerio ó presidencia de cámara ; como el poeta Mármol, que era estadista como un zorzal. Nuestra máquina política es tan perfecta, que contiene en sí misma su principio y su fin : toda la fuerza del generador se emplea en mover los complicados mecanismos de quince constituciones que dan vueltas en el vacío, — salvo encuentro ó interrupción, — y la función primordial de tantas ruedas y correas consiste en absorber el trabajo útil del generador. Es el triunfo de la mecánica irracional.

Abandonó, pues, el doctor Tejedor sus trabajos de jurisconsulto por las agitaciones de la política, á cuya arena le llamaban quizá sus antecedentes de juventud, pero no seguramente sus aptitudes. Más que un sabio ó un pensador, el verdadero político es por definición un « oportunista » : epíteto complejo y vago que parece encerrar todos los elementos opuestos á la rigidez de principios y firmeza de convicciones, la creencia en las teorías absolutas, al respeto de la conciencia propia y ajena. Un hombre que piensa, cree y obra al día — comido por servido : he ahí al político ! En suma, tales condiciones morales no son distintas de las que hacen al hombre de negocios, como que aquél no es otra cosa que un especulador en hombres, para quien la ley de la oferta y la demanda rige también esta mercancía. — Está visible que en lo moral, el doctor Tejedor no iba á ser un político al uso, y que estaba destinado á fracasar el día en que no le fijaran rumbo preciso los acontecimientos. Creo que se le ha aplicado — con pretensiones á la originalidad — un mote que ya no era nuevo á principios del siglo, cuando lo llevaba el ministro Barbé-Marbois : *un roseau peint en fer*. Si es exacto lo que de él se ha dicho y se induce de

su actitud en los sucesos, la definición no es feliz, y no parece que la flexibilidad de la caña sea el rasgo prominente de su carácter.

Al lado de las condiciones morales á que he aludido, la cualidad intelectual que resalta en el estadista, — y á ello se refiere sobre todo la palabra acuñada por Gambetta, — es el sentido de la actualidad : es decir, la visión de lo que, en cierta hora dada, tiene que resolverse para dirigir los acontecimientos, ó aparentar dirigirlos cuando nos arrastran, conservando el prestigio autoritario hasta en la sumisión. Como el ciclón aéreo, el torbellino político tiene su lado « manejable », para emplear el término preciso, que un piloto de raza acierta casi siempre á tomar : ello es cuestión de instinto aún más que de experiencia. — Tocóle al doctor Tejedor intervenir en varias evoluciones solemnes de la historia argentina, tan análogas en su fondo, que encierran aún más enseñanza con sus paralelismos que con sus contrastes. Después de firmar el convenio de San José de Flores, no parece que hubiera extraído experiencia alguna de Cepeda, ni más tarde de Pavón, ni aún de la revolución del año 74. Habíase producido tres veces y en condiciones casi idénticas el ciclón político ; tres veces lo habían atravesado vencedores y vencidos ; y los que tienen ojos para no ver y memoria para no recordar, no alcanzaron á descubrir que su lado manejable y salvador había sido siempre el de la nacionalidad. Las batallas son meros accidentes ; Cepeda y Pavón se hubieran repetido, á no corresponder al recto sentido de la historia. Lo que la primera significaba, era la imposibilidad para Buenos-Aires de ser al propio tiempo la capital orgánica del país y una parte independiente de este organismo. Cuando un amante repite la protesta de Ovidio : *ni sin ti ni contigo puedo vivir* (1), es muy sabido que sólo lo primero es cierto. En nuestro caso histórico, el epígrama era exacto en su totalidad : la Confederación no podía vivir sin Buenos-

(1) AMORUM, III. Eleg. XI. *Sic ego nec sine te, nec tecum vivere possum.* — Marcial lo ha copiado literalmente, XII, Epig. XLVII.

Aires, ni con él. Lo primero se demostró después de Cepeda, y lo segundo después de Pavón. Y como Buenos-Aires fuera un hecho orgánico y por lo tanto indestructible, de la incompatibilidad fluía la destrucción del hecho artificial. La Confederación había vivido : y Pavón fué el primer triunfo de la nacionalidad. Ignoro lo que valga militarmente esa batalla ; ahí no está la cuestión histórica, ni en su estrategia reside la grandeza del vencedor ; sino en las consecuencias nacionales é irrevocables que de ese acontecimiento supo extraer. La nación existía ; y tan sólidamente que, á pesar de los hombres y de las previsiones, la sangrienta protesta del año 74 no fué más que la confirmación de esa existencia. Así las cosas, ¿ cómo pudo desconocerse en 1880, después de seis años de experimentación nacional, el sentido real é irresistible de la corriente histórica, y creer que se podría luchar victoriosamente contra ese Destino que, según el verso clásico, ayuda á los sumisos y arrastra á los violentos ? — No se trata de aquilatar candidaturas, ni de buscar cuál fuera el valor propio del factor argentino que asestó el golpe final : era imposible la victoria, porque el éxito de una jornada decisiva tiene que ser la consecuencia, y no el desmentido, de veinte años de elaboración. El pronunciamiento del doctor Tejedor puso el *visto bueno* á la batalla de Pavón. — Pero, si no bastara esta breve reseña á demostrar lo que llamaré la *impermeabilidad* de esta naturaleza política, bajo otros aspectos distinguida y hasta superior, sería necesario leer el doloroso documento que, con el título de *Defensa de Buenos-Aires*, dió á luz un año después. Seguía no comprendiendo que Buenos-Aires, capital de la República, no necesitaba ser defendida ; y proclamaba hidalgamente la virtud de su dama, mucho después que el vencedor, al casarse con ella, le había conferido la más alta rehabilitación. — En esos días de Cepeda, precisamente (1), tomaba la redacción del *Nacional* un joven de veinte y

(1) La *Declaración* de Avellaneda, que encabeza la sección editorial, está en el número del 17 de noviembre de 1859.

dos años, cuyas primeras palabras contenían todo un programa de nacionalidad. Aquél era un verdadero estadista. Venía á ocupar el puesto de otro espíritu generoso é iluso; y la sustitución de Juan Carlos Gómez por Nicolás Avellaneda, cobraba el significado profundo de un símbolo. *Ceci tuera cela.*

Desde 1880, el nombre del doctor Tejedor no ha sido pronunciado sino por la historia (1); casi podría la nueva generación ignorar que él vive aún. Bien sé que su ostracismo es en gran parte voluntario, y que no pide sino « la paz » de Dante, esa melancólica vejez. Pero también hay connivencia de sus conciudadanos en aquel largo aislamiento. Si Buenos-Aires le ha guardado rencor por su derrota; si, en este país de todas las amnistías y de las indulgencias menos legítimas, sólo se tiene memoria para el recuerdo inexpiable de un error, conviene decir que se comete una injusticia. Ya no se trata propiamente de vida pública para un hombre nacido en 1818; empero un homenaje colectivo y espontáneo sería un acto de reparación, al par que de moralidad. No es bueno que la sola sanción del éxito parezca definitiva. No es bueno, sobre todo, para el ejemplo público, que, por una hora de ilusión que fué colectiva, se borren de la memoria argentina cuarenta años de servicios, de labor ilustrada, de intachable probidad. — Á falta de otro más significativo, reciba el noble anciano este testimonio respetuoso, que sale del establecimiento en que pasó los días más tranquilos y fecundos de su madurez.

VI

Después de un pedagogo y un jurisconsulto, tocóle á la Biblioteca ser administrada por un poeta, y, á decir verdad, no fué ésta la peor de sus aventuras. Hemos visto ya que, por renuncia del doc-

(1) Escrito en 1892.

tor Tejedor, entró á sucederle don José Mármol, desde el 23 de octubre de 1858. Su larga dirección no fué señalada por memorables innovaciones, á que, por otra parte, se oponían las circunstancias difíciles en que se agitaba el país. He mencionado ya la marcha ascendente de la asistencia ; y, sin repetir las reservas que formulé respecto de esas estadísticas, es imposible desconocer el hecho general de un aumento graduado en el número de los lectores. Desde el año de 1866, por iniciativa del ministro Avellaneda, los jefes de repartición comenzaron á cumplir la disposición gubernativa que les ordenaba redactar anualmente una Memoria detallada de su especial administración. Así ha podido estudiarse sin interrupción la marcha del establecimiento y comprobar con datos oficiales su desarrollo real. Á la verdad, los informes anuales del director Mármol son un tanto pobres de lo que su ilustrado sucesor hubiera llamado « doctrina bibliográfica », y que llamo sencillamente ideas generales. De lo que fuera en su conjunto la institución y de lo que debiera ser, sus enormes deficiencias, así en materia bibliográfica como en organización personal é interna : poco ó nada se aprende con la lectura de dichos documentos, que se parecen demasiado á un balance comercial. Comprobamos con satisfacción que se va regularizando la formación de colecciones periódicas, y que, por la doble vía de la compra y de la donación, se ha enriquecido notablemente el establecimiento. Pero quisiéramos también ver apuntar allí una tentativa de irradiación exterior, confiriendo á la Biblioteca un puesto, aunque fuera el más humilde, en el mundo de los bibliófilos. Los mismos testimonios oficiales del desarrollo material no nos dejan sin inquietudes. Según el inventario certificado de 1866, el número total de volúmenes existentes era de 18.740, incluyendo todos los impresos de cualquier tamaño. Pasaron cuatro años, con especificación de aumentos considerables, que, según las dichas estadísticas, alcanzaron á 1689 volúmenes, fuera de entregas y periódicos : y con todo eso, según el inventario publicado por el doctor Quesada, resultaría que el señor Mármol

sólo entregó 18.176 volúmenes á su sucesor (1). ¡ Era la biblioteca de las Danaides !

He aludido á la ausencia de toda consideración de conjunto en los varios informes producidos por aquella dirección : debo exceptuar, para ser justo, el correspondiente al año de 1870 — el canto del cisne : — allí se formulaba una proposición que tendía, « para remediar el mal » á deshacerse de toda la sección de teología, regalándola á cualquier convento. « De este modo la vida de los santos estaría en su lugar, y la Biblioteca tendría espacio poralgún tiempo para colocar sus obras de ciencias, literatura y artes ». — No necesito decir que « la vida de los santos » representa la mínima parte de la sección proscripta. Pero, lo que no parece sospechar el ilustre autor de *Amalia*, es que ese fondo despreciado contiene precisamente, además de muchas otras cosas, la « ciencia y la literatura » de la edad media ; de suerte que, en el auto de fe liberal imaginado por nuestra poeta, lo que iba á desaparecer era la historia documentaria del espíritu humano durante cinco ó seis siglos! — La teología contemporánea, de Gousset ó Lehmkuhl, es una calabaza vacía. Pero la medieval congloba la filosofía escolástica que comienza con Juan Scoto Erígena y San Anselmo, para continuarse en Abelardo, Pedro Lombardo, y, después del trasiego judeo-arábigo de Aristóteles, florece magníficamente en los siglos XIII y XIV con Hales, Alberto Magno, Tomás de Aquino, y la escuela franciscana de Buenaventura y Duns Scot ; para rematar, con Raymundo Lulio y Ockam, en los umbrales de la edad moderna, y allí transmitir al Renacimiento la sagrada antorcha, gracias á ella nunca apagada, de la antigua sabiduría. Esa teología, que avasallaba á la filosofía — *ancilla theologiae* — la comprendía toda entera ; es decir que representaba, bajo formas bárbaramente artificiales, la suma y la esencia del espíritu humano en lo pasado, como las representan en

(1) Según el inventario de 1872, las existencias alcanzaron á 20.104 volúmenes : deduciendo 1928 volúmenes introducidos durante la dirección Quesada, quedan 18.176.

lo presente las especulaciones totales de Kant, Hegel, Schopenhauer, Comte y Spencer, y, bajo otro aspecto, recolecciones como el *Cosmos* y las Enciclopedias. — Y esto, sin hablar de la exégesis sagrada, de toda la patrología griega y latina, de los *Acta* de los Bollandistas — ya que á tientas hablaba de « Vidas de santos » — y de otros tesoros inapreciables de la erudición, que ese niño terrible del romanticismo quería desterrar á pretexto de liberalismo. ¡ Cómo se ve que nunca pudo probar esa fruta prohibida ! Nuestra sección de teología, con sus magníficas ediciones de santos Padres, de escolásticos, de concilios, de biblias, — entre ellas la *Políglota*, que hemos hecho encuadernar con el lujo que se merece, — con sus comentadores antiguos y modernos, desde San Agustín hasta la reciente *Enciclopedia religiosa* de Lichtenberger : es la base noble de la Biblioteca, la parte que, unida á nuestros viejos tratados de ciencia é historia, la salva de la vulgaridad completa que revestiría con proveerse tan sólo de la mercancía novedosa ó utilitaria, adquirida en los escaparates del comercio.

Pero, no seamos muy severos para ese hombre de bien y ardiente patriota, cuya accidentada vida fué el verdadero poema que no supo escribir, sino por páginas sueltas y breves fragmentos. La culpa mayor en sus dislates críticos y oratorios pertenece á la organización social, incompleta y provisoria, de que antes hablé, y según la cual la vida pública es el fin y la consagración de todas las notoriedades. Mármol fué escritor y orador político, diputado, senador, casi ministro, lanzándose á las discusiones más especiales y técnicas, tendiéndose á fondo en el asunto más extraño á sus aficiones, con admirable intrepidez. Su falta de preparación era enciclopédica ! Pero, como el canario recién incitado á trinar cuando la plática es más ruidosa y confusa, él se sentía tanto más dispuesto á acometer la discusión, cuanto más ignorante de la materia tratada. Han quedado célebres algunas de sus salidas á « Puerto Lapice », como su improvisación en el Congreso sobre las leyes mecánicas de la tracción de los ferrocarriles. Hubiera discutido con Burmeis-

ter sobre zoología, lo mismo que rebatía á Vélez Sarsfield sobre derecho. « Si no sabe, no se meta ! », soltóle un día el terrible cordobés. ¡ Quedar callado ! No hablar ni escribir sino de lo que se tiene estudiado : el remedio era heróico, y recetable á muchos otros que Mármol. ¡ Qué calma profunda, entonces, qué silencio de oro en el Congreso y fuera de él !

Temo que no me será fácil hablar con equidad de la literatura de Mármol, aun apartando de todo examen su teatro y sus *Pensamientos á Teresa*, que son francamente ilegibles. Paréceme que el poeta de las *Armonías* y novelista de la *Amalia* se había formado de la poesía, el concepto que considero más inexacto y trivial. Donde buscamos nosotros una concentración del sentimiento, intensa y rápida como un *Lied* de Heine, ó sugerente y musical como un ensueño de Tennyson, procuraba él un efecto oratorio, un desarrollo temático, un impulso á la acción política y social. Su ideal del poeta era el « bardo », el « profeta visionario » que posee la palabra del problema eterno y el secreto del porvenir : en suma, una reproducción de esas actitudes pontificales de Victor Hugo, que el mismo genio no salva siempre de la ridiculez. Y Mármol no tenía genio. — Además, — y la crítica pasa ahora muy por cima de su cabeza inocente, — reprocho á la raza latina el confundir á menudo la poesía con la elocuencia y el buen decir. De ahí, toda esa literatura rimada de invocaciones, poemas didácticos, yambos satíricos y epístolas morales, discursos, contemplaciones y meditaciones filosóficas, que tantos estragos han hecho en liceos y ateneos. Nosotros, latinos, somos ante todo oradores (1) ; los del norte, son los poetas. Y, en la balanza de la poesía universal, es posible que todas las odas á lo Quintana pesen menos que una estrofa del *Intermezzo*.

Prodújose ha medio siglo una extraña explosión de lirismo. La aparición simultánea de cuatro ó cinco poetas de genio (2) esparció

(1) El genio escapa á toda definición genérica.

(2) La influencia « latina » de Goethe y Byron fué tardía y coincidió con el romanticismo francés.

por el mundo una gran ilusión; creyóse en la soberanía intelectual de la imaginación literaria. Esos países de asimilación cubriéronse de Childe-Harolds con capa española, desesperados y consumidos. Parecía que la estrofa fuera la fórmula del porvenir. Todo eso está desvanecido, y, entre las cosas enterradas, ninguna más profundamente que el romanticismo. Ahora parece sueño el caso de Lamar-tine, ministro de Negocios extranjeros y casi presidente de la República. Esa llamarada suprema era un adiós; y no es probable que vuelva á cruzar nuestro cielo, tanto cometa de imperceptible núcleo con rutilante cabellera.

En su esencia, la poesía subjetiva es inmortal: es el sentimiento de individuación del hombre respecto del mundo, la conciencia obscura y dolorosa de su aislamiento en el concierto universal; el antagonismo de un pensamiento infinito dentro de una organización enfermiza y fugaz. En su mismo paso efímero sobre la haz de la tierra, el ser humano se sobrevive fatalmente. Mientras, en torno suyo, todo subsiste ó resucita, él ha visto morir sus esperanzas y sus amores; y el hombre maduro es el sepulcro de su propia juventud. Por eso, la nota fundamental de la poesía moderna es la tristeza incurable, la ausencia de un algo nunca visto, la punzante nostalgia de lo pasado, que es la ausencia en el tiempo — el pesimismo. Tal es la substancia poética, eterna como el alma humana, pero en cuya definición no cabe esa falsa poesía objetiva y decorativa, verdadera parásita de la imaginación: la pintura de Veronese en consonante. En fin, y sobre todo, su expresión no requiere necesariamente el molde estrecho del verso ni su ritmo mezquino y convencional (1). Para pensar y expresar lo bello, el hombre moderno tiene la ciencia, la filosofía, la historia, la novela; acude á la mú-

(1) Tan es así, que la mayor parte de los poetas que leemos y citamos no se comunican con nosotros sino por el pensamiento, como prosistas. Casi nadie *siente* el ritmo de una lengua extranjera; y por eso abundan esas traducciones en verso, parodias del original, que comienzan con cambiar el ritmo y equivalen, desde luego, á transcribir un *adagio* en compás de *allegretto*.

sica para balbucir su turbación profunda ante el misterio de su destino. — Como en esos caminos de la sierra andina, cortados en la barranca del río, y que se estrechan cada día entre el desplome de la roca y la erosión de la corriente, la poesía escrita tiene que extenuarse fatalmente bajo la doble absorción de la ciencia y de la música. ¿Qué representan ya sus tentativas filosóficas ó descriptivas, al lado de una síntesis viril de Spencer, de un capítulo de Renán, de una deslumbrante figura de Flaubert? ¿Qué vale su pobre lira tetracorde, su ritmo melódico con el ensayo impotente de la consonancia repercutida, al lado del torrente armónico de la sinfonía musical?—La múltiple selección de la ciencia, de la filosofía, de la historia, de la música, agotará la probabilidad del gran poeta futuro. Si nace un Goethe en el siglo veinte, resultará un Geoffroy Saint-Hilaire; si un Shelley, vendrá á ser un Schumann más exuberante y audaz. Lamartine no tendrá sucesor en el arte, como no lo tuvo en la Academia. El juego anticuado del ritmo y del consonante no desaparecerá brusca ni absolutamente: quedará pululando en las literaturas artificiales y regresivas; en las otras será tan sólo un pasatiempo refinado y arcaico, como el latín de los epitafios. Podrán engastarse en un soneto, un pensamiento nuevo, una metáfora feliz; por lo que respecta á poemas épicos y descriptivos, á dramas en verso y odas friamente delirantes, — conservarán siempre lectores estudiosos los antiguos, pero los nuevos que se escribieren no tendrán influencia apreciable ni alcanzarán audiencia general.

La poesía en verso era la nave antigua con su proa esculpida y encorvada en pétalo, con su blanca vela henchida y palpitante como un seno de mujer, que jugaba ó luchaba con la brisa ó el vendaval, remedando en su perfil agraciado la fuga sinuosa de la ola. La que llevara en otros siglos, de pueblo á pueblo, el saber, la riqueza, el progreso reciente, no será de hoy más sino el esquife de recreo ó la barquilla del pescador. La ha reemplazado el vasto buque de hierro, depósito de electricidad y vapor, que parte la marejada

y desdeña al huracán; cuya marcha potente, sustituyendo al capricho del viento su propia fuerza interna, y á la ráfaga inconstante el cálculo del potencial, pasa en la noche del océano con un rumor de tormenta y dejando un reguero de estrella fugaz. Este monstruo de acero con su ojo encendido de cíclope, no ya el bajel de Ulises que se mecía al cantar de las sirenas, será el gran factor del progreso moderno y el mensajero de la civilización...

No hay que decir si Mármol creía en la «misión social» del poeta; ha escrito todo un drama para demostrarla, y su obra entera es una amplificación de ese asunto pueril. No lo había agotado en la vejez; y, en un prefacio que figura entre sus últimos escritos, después de evocar las clásicas epopeyas, á propósito de «Anastasio el Pollo», desenvuelve otra vez su «tema» favorito: á saber, que la obra maestra de la poesía es la *Marsellesa*, ó el himno de López, —ó acaso la invectiva á Rosas,—y que los tiempos menguados que siguieron á Caseros no podían sino producir versos sentimentales y mórbidos—como los de Estanislao del Campo! ¡Inmensa verdad, que se evidencia con sólo recordar la indigencia inenarrable del arte contemporáneo de Marengo y Austerlitz! En cuanto á la eficacia militar de los himnos guerreros, ¿no os parecería más lógico predecir la victoria al ejército provisto de los mejores músicos?

Como siempre sucede cuando el artista se torna crítico, Mármol erigía en teoría general sus preferencias y aptitudes. Sentía que de su obra fragmentaria no quedaría, para los futuros «Parnasos», más que su vigorosa imprecación. De la envejecida *Amalia*, no es ya soportable sino lo que menos nos interesaría en el robusto Walter Scott ó ese prodigioso hilvanador de Dumas: la parte realmente histórica de Rosas y su tiempo. Si he de hablar de su estilo en prosa y verso, me parece una mezcla de énfasis pretencioso y abillantada vulgaridad, sobre cuya trama común se destacan algunos bordados de dibujo feliz y rico colorido. Por otra parte, hay tan poca originalidad en el concepto como en la expresión: son ecos y reflejos del romanticismo español, el cual procedía

de Inglaterra y Francia. La imitación de Byron, Hugo y Lamartine es allí tan frecuente como en las peores páginas de Echeverría; y por lo que respecta á la de Espronceda y Zorrilla, casi equivale á una colaboración. En la misma célebre pieza *Á Rosas*, en que la indignación le levanta del suelo, prestándole aliento y verdadera inspiración: al lado de versos soberbios y vaciados en bronce (1) ¡ cuánta impropiedad en la imagen y embarazo en la dicción! Tuvo predilección por ese verso alejandrino, más francés que español, muy inferior al flexible endecasílabo, y cuya pesada monotonía pide un arte acabado para la elección de los vocablos y la alternancia de los dácilios. Su habilidad técnica era tan rudimentaria como su gusto. No se conoce de él una estrofa perfecta, de esas que suele acertar cualquiera poetilla de salón. En su inconsciencia, aparece á un verso elegante y brioso, otro incorrecto y mal nacido, ripio que pelea con surima recalcitrante. — También hay algo de eso en Echeverría; pero salvado casi siempre por no sé qué soltura y espontaneidad nativas: por un golpe de ala que le llevaba por cima del pantano. Tampoco éste sabía caminar; pero volaba cuando quería. Era de la raza divina; y, á pesar de todo, queda su *Cautiva* tan superior al *Peregrino*, como una flor de la pampa á su remedo de papel.

Los porteños, con todo, conservarán de José Mármol un recuerdo melancólico, porque amó á su Buenos-Aires por sobre toda cosa en el mundo, y ella, cuando « sentada y sola como viuda », necesitaba ser amada. La quiso en verdad como un amante; no sé qué monumental « Teresa » de cal y canto, cuya profanada belleza recordaba en el destierro con enternecimiento; y sus feroces invectivas al verdugo revelan el resentimiento desesperado y dolorido de su pasión. Por eso su fama vivirá más que sus versos entre su gente; y, por mucho tiempo aún, su nombre nadará sobre el olvido, señalando, como boya flotante, el lugar mismo donde su obra se sumergió.

(1) Por ejemplo :

« Cuando en tu rudo labio tu pensamiento vibra
Y en pos de la palabra la puñalada va! »

VII

Era ya el doctor don Vicente Quesada un abogado y publicista de notoriedad, cuando, por fallecimiento del señor Mármol, tomó la dirección de la Biblioteca pública, el 23 de septiembre de 1871.

Para dedicar toda su actividad á estas nuevas funciones, interrumpió la publicación de la *Revista de Buenos-Aires*, que había fundado en 1863, con el doctor Navarro Viola. Con la *Revista Argentina* de José Manuel Estrada, aquella debe tenerse por la tentativa más seria hecha en el país (1), para aclimatar esa forma periódica, que participa del libro por su materia y del diario por su actualidad. No hay que recordar la parte que cabe á las revistas europeas en el moderno movimiento intelectual. Desgracia ha sido el que ninguna publicación análoga pudiera implantarse sólidamente en esta tierra movediza y fofa. Todas han sucumbido, á pesar de las condiciones económicas de su elaboración. Tal vez estas mismas condiciones sean una de las causas del fracaso. La *Revue des Deux-Mondes*, como todas las publicaciones similares que han alcanzado éxito, tiene una base industrial: quiero decir que su director la considera ante todo como una empresa; él gobierna pero no colabora; le basta saber juzgar las producciones como un comerciante aprecia los productos. No es el objeto de una revista dar salida á las lucubraciones del fundador ó de sus amigos, sino satisfacer al público, que se interesa muy poco por conocer las relaciones de la dirección con la colaboración. Lo que quiere el subscriptor es que la mercancía sea variada y buena; y la mercancía intelectual tiene un valor venal generalmente correspondiente á su calidad: las excepciones confirman la regla. En nuestros países de

(1) Creo que la *Revista del Rio de la Plata* puede considerarse como la continuación de la *Revista de Buenos-Aires*.

hidalgos, se ignora lo que sea remuneración del escritor. Las revistas se alimentan con la prosa de sus directores ó la colaboración gratuita : de ahí ciertas condiciones casi inevitables de monotonía é inferioridad ; pues, á la larga, el promedio de lo que se da de balde, no vale mucho más.

La *Revista de Buenos-Aires*, ceñida á su programa, se mantuvo casi exclusivamente con la literatura, historia y bibliografía de la tierra. La colección forma un conjunto de datos y apreciaciones casi indispensable para el estudio de estas regiones sud-americanas. Allí se dieron á luz, entre multitud de documentos inéditos extraídos de la Biblioteca y el Archivo, muchos trabajos originales de Juan M. Gutiérrez y los ensayos del doctor López sobre filología y etnografía del Perú. — La colaboración del director Quesada revela una fecundidad asombrosa : la lista de la mitad de sus artículos ocupa tres columnas compactas del índice. Historia, crítica, literatura imaginativa, derecho, educación, bibliografía: todo lo embestia con una facilidad risueña, que parecería increíble á los artistas ó pensadores de producción limitada y angustiosa. Además de sus artículos y de sus notas oficiales, que ha recogido en volúmenes, el doctor Quesada ha publicado veinte libros sobre los territorios argentinos del extremo sud, la cuestión chilena, tradiciones americanas, impresiones de viaje, etc. ¡ Es el único productor que podríamos oponer al chileno Vicuña Mackenna ! — Desde nuestro punto de vista bibliográfico, merece mención especial una reseña de las principales bibliotecas europeas, que alcanza las proporciones de un octavo mayor de 650 páginas. Desgraciadamente, no ha sido publicado aún el segundo tomo, sobre las bibliotecas de la América latina, que hubiera contenido alguna novedad.

Esa producción enorme del doctor Quesada no revelaba únicamente las pretensiones modestas del escritor: era indicio de una actividad bibliográfica y administrativa que iba á encontrar en la Biblioteca un campo casi virgen para explotar. Como dije ya, ha recogido cuidadosamente en volumen las cuatro Memorias anuales

que, acerca de su laboriosa administración, elevó sucesivamente al gobierno de la Provincia, sin dejar extraviar una sola nota oficial con su correspondiente respuesta. Allí, más que en los registros ó índices de clasificación, puede tomarse una idea de su acción infatigable. Si han podido parecernos un tanto sucintas las Memorias del señor Mármol, no merecerán el mismo reproche las de su sucesor.

Acaso podría encontrarse en esas páginas oficiales cierta exuberancia del autor poseído por su materia. Se atribuye á las « reglas bibliográficas », á los sistemas de clasificación y á la « biblioteconomía » — para emplear una palabra que Zinny hallaría breve — una virtud un poco desproporcionada con su eficacia real. El doctor Quesada « cumple con el deber » de exponer al señor ministro — era el doctor Malaver — todo lo que acerca del tamaño y formato, subscripción y justificación de los impresos han asentado los « tratadistas ». Está inagotable en citas de Brunet, Constantin, Cousin y demás profetas de esta teneduría de libros trascendental... Sabido es que tales materias poco tienen que ver con el gusto; por otra parte, ese ligero acceso de bibliomanía está más que compensado por la conciencia y el celo con que el nuevo director desempeñó sus deberes profesionales.

Pero la gran mejora llevada á cabo durante la administración del doctor Quesada, — puesto que la propuso como director y la hizo ejecutar como ministro de gobierno, — es la construcción é instalación completa de la actual sala de lectura, que se realizó durante los años de 1877 y 78. Esta obra relativamente considerable representó una transformación del establecimiento, y su incorporación, puede decirse, en el número de las bibliotecas modernas verdaderamente dignas de este nombre. El salón central, que fué construido en terreno desocupado y sin detrimento de las antiguas salas de lectura y depósito, es, desgraciadamente, de proporciones un tanto exiguas; pero, con su luz vertical, sus cuatro pisos con balcón corrido y escaleras angulares para la fácil comunicación,

con sus armarios de vidriera y su amueblado cómodo y de gusto sobrio, constituye una instalación confortable y decente que deja muy poco que desear. La división material del salón correspondía naturalmente á las cuatro grandes secciones de la Biblioteca: en cada estantería circular se colocaron, pues, las obras más importantes ó usuales de la respectiva sección; de suerte que la numeración corrida permite hallar tan fácilmente el libro buscado, que el empleado reciente adquiere en pocos días la práctica de su oficio. Esa organización, que en lo fundamental ha quedado subsistente, es obra del director Quesada, y, conjuntamente con las otras innovaciones que de paso he apuntado, señala en los anales de la Biblioteca un puesto de honor á su laboriosa é ilustrada administración.

La dirección del señor don Manuel Ricardo Trelles, nombrado el 17 de abril de 1879, se prolongó hasta la cesión del establecimiento al Gobierno nacional, en 1884, y fué también marcada por numerosas mejoras de orden bibliográfico y material. Fuera de las atenciones estrictamente señaladas por la índole de la institución, es natural que cada director, dedicado por entero á su desarrollo, imprima cierto carácter personal á su actividad. El predecesor había sido ante todo un propagandista; el actual, archivista por sus aficiones y antecedentes, se aplicó preferentemente al ordenamiento y complementación del fondo americano, continuando en la *Revista de la Biblioteca* la publicación de documentos históricos que había iniciado en la *Revista del Archivo* y en diversas obras personales que diera á luz. Abajo del grupo privilegiado de los pensadores originales, que sintetizan los hechos particulares en grandes leyes filosóficas, pintan el cuadro de una evolución social ó imprimen dirección á un arte ó una ciencia; después de esos espíritus eminentes á quienes tributamos nuestra admiración, debemos conservar aprecio y agradecimiento por los infatigables investigadores de datos y documentos, que consagran su vida al establecimiento minucioso de la verdad, preparando así, con su labor

modesta, la obra de los primeros. En este orden utilitario de la producción intelectual, merece ocupar un rango muy estimado el honrado argentino á quien dedico estas líneas.

Su larga existencia (nació en 1821) fué consagrada á la historia americana en todas sus manifestaciones políticas ó etnológicas: documentos oficiales, manuscritos privados, memorias, historias, exploraciones y relaciones de viaje, numismática; todo lo había escudriñado con ardor y sagacidad. Su entusiasmo no se detuvo ante las manifestaciones, á veces un tanto ingenuas, del arte ó del gusto nacional; y se dice que su galería de pinturas era especialmente rica en obras que llamaremos documentarias: de personajes y asuntos americanos. Así como no es probable que sacrificara una carta del virrey Vértiz por un manuscrito de Shakespeare, es muy dudoso que hubiera aceptado una geórgica de Millet en cambio del retrato de Matorras, primer explorador del Chaco, « pintado por su sobrino »! Es la pasión del anticuario, respetable como todo lo que es sincero. Y, á este fervor de exhumación, debemos una serie de publicaciones, cuya utilidad inmediata ó futura no se debe discutir. Organizó la primera estadística correcta de la provincia de Buenos-Aires, publicando un *Boletín* semestral, cuya colección, de 1856 á 1872, no forma menos de 16 volúmenes. Sus estudios documentados de nuestros límites con Chile, Bolivia y el Paraguay, representan una suma de valor enorme y un servicio considerable prestado á su país. Su Índice del archivo del gobierno de la Provincia ha sido el primer hilo conductor en ese laberinto. Hemos mencionado ya las dos publicaciones periódicas, cada una en 4 volúmenes, que señalaron su doble administración del Archivo y de la Biblioteca: constituyen un verdadero tesoro de materiales auténticos; y no hay historiador que no deba agradecerle el tiempo y el trabajo empleado en tan ímproba tarea. En numismática, por fin, son tanto más meritorios sus laboriosos ensayos de clasificación, cuanto que no pudo adquirir en su país y época la preparación científica que guía al investigador, en esta rama auxiliar de la historia.

Tocóle como bibliotecario dar cima á las útiles reformas del director antecedente é inaugurar el nuevo salón de lectura, clasificando provisionalmente las 8699 obras entonces distribuidas en sus cuatro secciones. Esta instalación permitió, además, repartir en las estanterías disponibles gran copia de obras encajonadas ó diseminadas en el local. También se dió colocación y arreglo conveniente á las importantes colecciones de periódicos, encuadernando no pocos volúmenes en el taller del establecimiento. En tanto que seguía su curso la obra de organización, se acrecían anualmente las existencias bibliográficas, llegando su aumento á representar, en los cinco años de esta administración, un total de 3386 volúmenes, de los cuales 2402 procedían de compra y 984 de donación. En este número no figuran los manuscritos, entregas, periódicos y mapas que suman una cantidad considerable. Además, debe tenerse en cuenta que, durante aquellos años, el canje con el exterior era casi nulo, y hasta las publicaciones oficiales de la Nación se conseguían con dificultad. El señor Trelles demostraba con razón gran empeño por completar las colecciones de periódicos americanos, y especialmente argentinos. Logró así restablecer algunas publicaciones muy importantes en su integridad, al propio tiempo que regularizaba en lo posible la recepción de las actuales. En otra reseña especialmente bibliográfica, volveré sobre esta faz interesante de la Biblioteca. Del inventario general, practicado en 1882, resultó que la Biblioteca poseía entonces 32.600 volúmenes impresos, de todo formato é índole (1). Algunas divergencias entre los inventarios totales y las cifras que procederían de los aumentos sucesivos, provienen de no incluirse en éstos las entregas que forman volúmenes después de la encuadernación.

La concurrencia de lectores continuó al principio la misma marcha ascendente, después del período de vacilación que siguió á la clausura del establecimiento, por las causas ya señaladas. Los cua-

(1) El total de volúmenes impresos alcanza actualmente (1896) á 80.000.

dros estadísticos de los dos primeros años dan las cifras siguientes : 6953 en 1880 y 7715 en 1881. En el año de 1882, la asistencia descendió á 6271, hasta que en el de 1883, que puede considerarse á este respecto como el último de esa administración, no fué sino de 5898 lectores. Es notable esta disminución de 1817 lectores respecto del año de 1881. En su memoria anual, el señor Trelles la atribuye al desarrollo de algunas bibliotecas existentes, y especialmente á la llamada «Biblioteca popular del Municipio ». Si la explicación es exacta, debemos atribuir la reacción que se ha producido en estos últimos años, al hecho de haberse enriquecido la Biblioteca con obras que los lectores necesitaban y no hallaban en dicha biblioteca popular.

Tales son los rasgos principales de esa laboriosa administración, que fué digna de su antecesora. Producida la nacionalización del establecimiento, como consecuencia inevitable de la ley de la Capital, el señor Trelles no creyó compatible el nuevo carácter de su cargo con su situación personal respecto del gobierno de la Nación. Por su fondo y su forma, la renuncia que presentó no podía dejar de ser aceptada. Fué nombrado en su reemplazo el doctor don José Antonio Wilde.

Era lógico que, al declararse Buenos-Aires capital de la República, quedaran incorporados á la nueva jurisdicción los tres establecimientos contiguos, y de carácter tan esencialmente nacional como el Museo, la Biblioteca y el Archivo. Concordes en el fondo de la cuestión, ambos gobiernos nombraron comisiones encargadas de realizar esta cesión, con arreglo á los antecedentes históricos existentes y á los principios de equidad y conveniencia general. Componían la comisión nombrada por el Gobierno nacional los señores teniente general don Bartolomé Mitre, doctor don Andrés Lamas y doctor don Amancio Alcorta ; representaban al Gobierno de la provincia los señores doctores don Aristóbulo del Valle, don Juan José Romero y don Francisco P. Moreno. Como era de esperarse, se concluyó el convenio sin dificultad : justipreciado el valor venal

de las pertenencias de la Biblioteca, y reservadas, además de las colecciones de documentos provinciales, «las que formaban las *Revistas* del director Trelles y los cuadros del futuro museo de pinturas», la comisión provincial hizo entrega del establecimiento á la nacional, el 9 de setiembre de 1884.

El doctor don José Antonio Wilde inauguró la era nueva de la institución, que pasaba á ser Biblioteca nacional. Organizado el personal del establecimiento, por decreto de 5 de octubre del mismo año, el director sometió á la aprobación del Ministerio un proyecto de reglamento que fué declarado vigente en diciembre de 1884. Con decir que le sorprendió la muerte, en su residencia de Quilmes, poco más de un mes después, el 14 de enero de 1885, queda entendido que no tuvo tiempo para dejar más rastro de su paso por la Biblioteca. Su muerte fué tan sinceramente sentida como había sido respetada la existencia de ese hombre de bien, que, además de un educacionista ilustrado, era un escritor lleno de soltura y amenidad. Nació en Buenos-Aires, en 1813, y era hijo del conocido ciudadano inglés don Santiago Wilde, que se estableció definitivamente en este país á principios del siglo, y fué uno de los organizadores de la hacienda pública y el fundador del *Argos*, en su primera y breve existencia. El doctor José A. Wilde ejerció durante muchos años la medicina en su ciudad natal, no sin alternar sus ocupaciones profesionales con sus aficiones de escritor. Además de varios trabajos de colaboración en la prensa de Buenos-Aires, publicó numerosas obras didácticas; entre éstas han quedado populares un *Silabario argentino* y su estimable *Compendio de higiene pública y privada*. Se estableció en el pueblo de Quilmes, poco después de la batalla de Pavón; y, por su espíritu progresista, su propaganda educativa y su incansable abnegación como médico de ese municipio, dejó allí recuerdos duraderos entre todo el vecindario, que asistió conmovido á los funerales de su bienhechor. Fué en ese retiro tranquilo, al acercarse los años pensativos de la vejez, donde escribió la obra agradable é instructiva que quedará como

su mejor título literario. El libro de recuerdos que dió á la luz en 1881, con el título de *Buenos-Aires desde setenta años atrás*, es excelente en su fondo y forma, por la sinceridad del acento, la exactitud de los bosquejos y la ausencia de pretensión en el estilo. Es lástima grande que el autor no le haya completado, con otra serie de recuerdos más preciosos y minuciosos aún. Nada más provechoso y ameno que esas *Memorias de un setentón*, como Mesonero Romanos tituló á su mejor obra; esas reminiscencias de un testigo de vista, cuando sabe el lector que puede confiarse á su memoria y á su buena fe. Tanto por su mérito real, como por la carencia de obras similares entre nosotros, el libro del doctor Wilde ha de ser por mucho tiempo leído y acaso reimpresso; y esta discreta fama póstuma será el digno complemento y la recompensa de toda una vida de modestia, trabajo y honradez.

Por decreto del 19 de enero de 1885, el que escribe estas líneas fué nombrado director de la Biblioteca nacional.

P. G.

FEDERALIZACIÓN DE BUENOS-AIRES

Conozco la numerosa juventud oriunda del interior y del litoral que se educa en Buenos-Aires, y en la cual se reflejan todos los matices sociales y políticos del país. Esa juventud tiene vivo en el corazón el sentimiento argentino, libre de los resabios locales. Participa *jure proprio* de todas las ventajas que para el desarrollo intelectual ofrece nuestra gran unidad. No hay distinción entre porteño y provinciano en nuestros centros científicos ó literarios, cuando se tiene talento. El joven venido de las provincias encuentra no sólo la justicia universitaria que jamás le faltó, sino campo abierto para las futuras manifestaciones de su inteligencia y de su carácter. La universidad de Buenos-Aires es su casa, la ciudad de

NOTA. — Entre los manuscritos dejados por el doctor Pedro Goyena, y que permanecen aún inéditos, ocupa más de 100 páginas un estudio histórico, con este solo encabezamiento, evidentemente provisional : NUEVA FAZ. De él hemos extraído este importante fragmento, con la autorización de la familia del eximio literato y orador. Si bien el estilo de estas páginas es siempre digno del maestro que todos hemos admirado, no debe olvidarse, para hacerle cumplida justicia, que le ha faltado la revisión severa del último momento, la que imprimía á la prosa de Goyena el sello de la perfección. Por instantes, el concepto parece hablado, más bien que escrito; pero hablado, entonces, por el orador brillante, el maravilloso improvisador á quien hemos apellidado alguna vez el Rivarol argentino. (*La Dirección*).

Buenos-Aires será el escenario de su vida como hombre de ciencia ó como hombre político.

La nación se edifica y se ensancha á la vez, merced á estas condiciones propicias de la capital para formar y desenvolver las personalidades distinguidas, en las diversas aplicaciones de las facultades humanas. La capital es funesta al localismo. Su poder de seducción es inmenso.

La capital es la ciudad de todos. Es la antigua Buenos-Aires ; su espíritu no ha cambiado, ni cambiará, pero se ha ensanchado. En esta ciudad, el talento se hace flexible y el corazón generoso. La facilidad con que se ha poblado, no se debe solamente á su situación geográfica, sino á la índole amable, hospitalaria y franca de sus nativos.

Es la cuna de Moreno, de Rivadavia, de Echeverría, es decir, de los más audaces iniciadores de nuestra historia, con una mezcla de mal y de bien, como sucede en todo lo que es puramente humano.

Alberdi hablando de Buenos-Aires ha sido incompleto y, por lo mismo, injusto. Ha recordado su jactancia, pero ha olvidado su generosidad, reconocida por Sarmiento y por Rawson.

Los argentinos de las diversas secciones del territorio han fundado la patria y contribuido á su progreso. Moreno, Belgrano, Rivadavia, Echeverría eran porteños ; San Martín, correntino ; Funes, Paz, Vélez Sarsfield, cordobeses ; Güemes y Gorriti, salteños ; Alberdi y Avellaneda, tucumanos ; Sarmiento, Rawson, Carril, sanjuaninos ; Urquiza, entre-riano, por lo menos de adopción.

Si observamos las cosas con alguna atención, hallamos que las obras que exigen perseverancia y fortaleza han sido realizadas por los hijos de las provincias. La defensa del norte de la República, por Güemes ; el paso de los Andes, por San Martín ; los códigos, por Vélez Sarsfield. La iniciativa ha sido bonaerense ; ¿ pero qué es la iniciativa si no se traduce en planes meditados, y si una constancia inteligente no viene á ponerla por obra ?

Felicitémonos de haber tenido patriotas tan puros como Belgra-

no y Félix Frias, generales como San Martín y Paz, jurisconsultos como Vélez Sarsfield, frailes como Esquiú, escritores como Sarmiento, oradores como Rawson, y pidamos á Dios que no nos falten en el porvenir hombres dignos de suceder á los que se han ilustrado en nuestra historia.

I

Hemos llegado á una época en que no sería ya disculpable tomar como criterio político las miserables pequeñeces del localismo. Estamos en aptitud de apreciar equitativamente nuestras cuestiones sociales y políticas. Á las batallas campales en que se ha derramado tanta sangre argentina, precedieron siempre luchas de la prensa, en cuyo estudio no encontramos hoy día sino aspectos incompletos de los problemas nacionales, y manifestaciones tumultuosas de pasiones vindicativas y destructoras.

Alberdi ha sido el abogado de las provincias; la prensa de Buenos-Aires lo ha sido de una entidad muchas veces enconada y orgullosa. En los pocos libros de historia donde quisiéramos estudiar el desenvolvimiento y las peripecias de la vida argentina, hallamos solamente una exposición de los hechos que no penetra en el fondo de las cosas ni en la raíz de los acontecimientos. Sólo de paso se hace alusión á las pasiones terribles que explican los sucesos.

Sarmiento, con su libro *Civilización y Barbarie*, dió materia á muchos diaristas para sostener la tesis conveniente á la política de Buenos-Aires, después de la caída de Rosas. La lucha, decía aquél, es entre la civilización y la barbarie, entre el elemento urbano y el elemento gaucho; y era ésta sin duda una faz de la historia argentina, pero no expresaba el asunto en lo que ha tenido de íntimo y fundamental. Rosas y Quiroga son, para Sarmiento, los tipos representativos de las tendencias y los gustos morales: son los enemigos

de la civilización; significan la misma cosa. Entre tanto Rosas persigue á Quiroga, y, según la opinión más común, lo quita como un estorbo de la escena haciéndolo asesinar en Barranca-Yaco. No representaban lo mismo. Quiroga hablaba de Constitución y urgía á Rosas para que propendiera á la sanción de una ley fundamental. Rosas se opuso á ello en una carta famosa donde se halla, puede decirse así, el meollo de toda su política. El juego de ambos caudillos es perceptible para el que conoce los antecedentes políticos del país. Cada uno quería mantener viva la causa de su prestigio. Los dos se llamaban federales, y ninguno de ellos lo era. Rosas no obedecía á sistema alguno. Gobernador de Buenos-Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina, tenía en la ciudad y provincia donde mandaba, el asiento y secreto de su fuerza. El gobierno de Rosas fué un gobierno popular, no sin duda por sus actos de violencia, sino porque, á pesar de ellos, respondía á las tendencias principales de Buenos-Aires vulgar. Rosas elevó la autonomía de Buenos-Aires á la potencia de soberanía nacional. ¡Qué tiempos aquellos de confusión y de barbarie! — Buenos-Aires se llamaba Provincia en todos los documentos, pero era la Nación. Rosas engañaba con aquel nombre modesto á las masas del interior, y, diciéndose mero encargado de las relaciones exteriores, desvirtuaba la emulación de los gobernadores de tierra adentro. Legalmente, la ciudad y campaña de Buenos-Aires no tenían una categoría superior á la que correspondía á las otras fracciones del pueblo argentino. Pero en los hechos la cosa es muy diferente. Rosas no olvidó jamás el aforismo: *Res, non verba*. ¿Qué le importaba, en efecto, que la sede de su poder se llamara provincia, como San Luis ó Jujuy, si esta provincia tenía la especialidad curiosa de que su gobernador y su legislatura, es decir, su gobernador no más, estuviera investido de la alta facultad de representar exclusivamente todo el país ante las naciones extranjeras, y percibir los derechos de la única y rica aduana establecida en su territorio?

Quiroga, jefe de gauchos como Rosas; bárbaro, como le llama

Sarmiento en el libro en que ha legado á la historia su figura original y sombría, encerraba consciente ó inconscientemente las tendencias vivas de las provincias. Había luchado contra Paz porque éste representaba el sistema unitario; había luchado contra Rosas porque éste, á pesar de llamarse federal, representaba algo mucho peor que el unitarismo para las provincias del interior.

Así, jefes de gauchos, Quiroga y Rosas no representan lo mismo; — ambos son la barbarie en cuanto no respetan otra ley que su voluntad; pero responden á dos tendencias inconfundibles. Quiroga quiere poner á raya el elemento urbano, y si hubiera podido habría amenazado la ciudad de Buenos-Aires.

Rosas tiene la sed del mando superior: nivela todo bajo su poder, pero su objetivo es robustecer una nacionalidad sobre la base de su prestigio ó del terror que inspira, dándole por capital la que Rivadavia quiso que tuviera, inspirándose en todas las advertencias de la historia.

Andando el tiempo, Sarmiento mismo hubo de convencerse de que era imposible constituir el país sin que sirvieran á la magna empresa esos mismos elementos gauchescos, en los cuales, lejos de ver fuerzas vivas de la nacionalidad, había sólo encontrado hasta entonces obstáculos á la organización de la República. El enunciado de la gran cuestión argentina, tal como él lo formulaba, era inaceptable, y estaba mostrando que no era por medio de batallas sucesivas contra los caudillos y las muchedumbres mandadas por ellos, que había de lograrse el *desideratum* de formar la Nación Argentina. La guerra civil agravaba el mal, lejos de curarlo. No había otro medio conducente para realizar aquel propósito nobilísimo, sino el de aceptar francamente como punto de partida, el estado social que la realidad presentaba, y tratar de transformarlo pacíficamente por la difusión de las luces y la introducción de las buenas prácticas de la vida social y política, hasta darle el espíritu y la forma de una sociedad culta.

En esa tarea estamos empeñados todavía.

II

Urquiza, un caudillo del litoral, hombre sin letras, pero capaz de grandes iniciativas, sugestionado por patriotas sagaces y decididos, se alzó en armas contra Rosas y lo derrumbó en la batalla de Caseros.

Siguió á esto el lamentable y triste dualismo en que vivió la República por espacio de diez años: la Confederación por un lado, Buenos-Aires por otro.

La franqueza es sin duda un rasgo del carácter argentino: una cualidad privada que hace seguras las relaciones de la vida civil. Pero la política ha sido entre nosotros un juego doble. Levantémonos de la vasta pero baja región de los instintos populares, á la zona en que actúan los pensadores y los hombres de gobierno, y estudiemos allí la cuestión *Capital*, el núcleo y el centro de nuestras cuestiones políticas.

¿Qué vemos?—Los hombres oriundos de las provincias aparecen profundamente divididos. En el Congreso del año 26, unos se presentan sosteniendo la capitalización de Buenos-Aires; otros, bien notables por cierto, se oponen á ella, como Gorriti. Los hombres de Buenos-Aires se dividen también: Rivadavia, Agüero, Gallardo, abogan por la capital en su ciudad natal: don Manuel Moreno, don Vicente López y otros opinan en contra. El Congreso se disuelve. El coronel Dorrego restablece el gobierno provincial en Buenos-Aires y recibe de las provincias el encargo de las relaciones exteriores. Es derrocado por el general Lavalle. Surge Rosas, y tenemos veinte años de dictadura y guerra civil. Cae Rosas; se reúne un congreso constituyente en Santa-Fe, que sanciona la Constitución del 53 y, por su artículo tercero, designa á Buenos-Aires como Capital.

Era un congreso de provincianos; y decimos ésto, no en són de

menosprecio, lo que sería una insensatez de nuestra parte, sino para marcar claramente que tal designación no era debida á la influencia de las ideas predominantes en Buenos-Aires.

Buenos Aires, por el contrario, rechazó la Constitución que elevaba su capital de provincia al rango de capital de la República. ¿Por qué? Porque el presidente iba á ser el general Urquiza: un entre-riano, ó considerado como tal. Después de la batalla de Cepeda, perdida por el ejército porteño, pero á la cual siguió un pacto en que se reconoció á Buenos-Aires el derecho de proponer reformas á la Constitución del 53, la Convención provincial resolvió substituir el artículo tercero de aquélla por uno que aplazaba indefinidamente la cuestión, declarando que sería capital de la República la ciudad que se designara para ese fin, previa cesión de la legislatura respectiva.

La Convención nacional, bajo la influencia del general Urquiza, sancionó esa reforma.

Se dió poco después la batalla de Pavón, favorable á las armas de Buenos-Aires, y en pos de ella subió á la presidencia de la República el general Mitre.

El pensamiento de la capital en Buenos Aires fué rechazado en la legislatura provincial, por la prevalencia de un partido que no quería ceder la ciudad á la Nación, y que se llamó desde entonces el partido Autonomista. Otro partido, muy considerable sin duda, se había decidido por la federalización de Buenos-Aires y tenía por jefe al general que acababa de obtener la batalla de Pavón.

Estos dos partidos, bien estudiados, explican las situaciones por las que ha atravesado la República hasta llegar á las circunstancias actuales.

Ninguno de ellos era precisamente el partido que se había batido en las trincheras de Buenos-Aires, contra el ejército mandado al principio por el coronel Lagos y posteriormente por el mismo general Urquiza, Director provisorio de lo que se llamó entonces Confederación Argentina. Ese partido fué compuesto de antiguos elementos adictos á don Juan Manuel de Rosas; de la juventud formada en los

últimos tiempos de la dictadura, cuando el terror había desaparecido, y de cierta parte de los emigrados que volvían al país dispuestos á realizar el primitivo plan de Rivadavia : organizar primeramente la provincia de Buenos-Aires, fomentar la organización de las demás, y, después de realizada ésta, dictar la Constitución nacional.

Desde entonces hasta la formación en Buenos-Aires de los partidos Autonomista y Nacionalista, habían pasado diez años de vida institucional para las dos fracciones en que se halló dividida la República. La Confederación se había regido por la constitución sancionada en Santa-Fe y tenía por capital el Paraná. Buenos-Aires se había regido por una constitución sancionada en 1854 ; y en 1860, como hemos dicho, después de luchas dolorosas, la Confederación y Buenos-Aires habían integrado legalmente la República Argentina. No podía tratarse ya de una política separatista. En adelante no se escaparía ya á este dilema : política nacional ó perjurio. El paso era inmenso.

Entre tanto, el pueblo de Buenos-Aires no se resignaba á entrar en las modestas condiciones de una vida estrictamente provincial. Acababa de regirse por instituciones que suponían una vida independiente. Entregaba á la Nación su armada y su ejército, como también su renta principal.

No podía considerarse á sí misma como una de tantas provincias : entendía ser una provincia especial, fiscalizadora y tuitiva respecto de las otras.

Ocurrieron á principios del año 61 disturbios en la provincia de San Juan. El señor Virasoro, correntino de origen, había sido impuesto por la autoridad nacional como Gobernador de aquella provincia. Hubo un movimiento revolucionario y lo mataron. Fué llevado al gobierno provincial el doctor don Antonino Aberastain. Intervino allí el gobierno de la Nación con fuerzas armadas, al mando del coronel Saa. Tuvo lugar la batalla del Pocito. El doctor Aberastain, prisionero en ella, fué ejecutado sin que precediese juicio alguno. Este hecho produjo honda impresión en el país. Al-

gunos hombres que dirigían la política de Buenos-Aires, tenían afinidades con el partido cuyo jefe en la provincia de San Juan acababa de ser fusilado. El gobernador Mitre increpó en notas dirigidas de potencia á potencia al Gobierno nacional, su conducta en los asuntos de San Juan. Fueron ellas contestadas desconociendo á un gobernador de provincia el derecho de censurar los actos de los poderes nacionales, máxime cuando esos actos habían sido ejecutados en el territorio de otra provincia que la mandada por el autor de la censura.

Las relaciones, entre el gobierno del Paraná y el de Buenos-Aires, se hicieron tirantes. Estaba, por otra parte, pendiente todavía la incorporación de los diputados por esta provincia al Congreso nacional. La elección se había hecho en la forma establecida por la ley provincial. El Congreso declaró inválido el acto, ordenando que debían practicarse con sujeción á las formalidades prescritas en la ley de elecciones nacionales. La ruptura tuvo lugar. Cayó el gobierno del Paraná, y el general Mitre, encargado de las relaciones exteriores inmediatamente después de la batallá de Pavón, fué pocos meses después electo presidente de la República.

Un boceto del personaje colocado entonces en la primera magistratura del país dará, junto con los antecedentes que acabamos de exponer ligeramente, una idea de aquella situación solemne en la política argentina, y de la cual han procedido los sucesos que encadenándose rematan en el estado actual de la República.

III

Si hay en nuestro país un personaje cuya figuración política sea explicable, ese personaje es el general don Bartolomé Mitre. Todo le ha servido para el gran rol visible que ha desempeñado; todo, hasta sus deficiencias.

Era el menor quizás por los años de aquel grupo brillante de jóvenes argentinos reunidos en torno de don Esteban Echeverría, cuando este fecundo pensador volvió de Europa, donde había nutrido su espíritu con las ideas que imperaban en aquel centro de ilustración y de cultura. Joven inexperto, sin vinculaciones estrechas con una burguesía conservadora y acaudalada que ha formado siempre el lustre social de Buenos-Aires, fué enviado en los primeros años de su juventud á una estancia de un hermano del dictador Rosas, apreciado por todos los hombres distinguidos del país. Allí se adiestró en los ejercicios viriles del campesino, habituando á las rudas tareas de la milicia su organismo que parecía apto solamente para la vida urbana. Emigró algún tiempo después á Montevideo, donde sirvió como oficial de artillería, mostrando desde entonces su afición á los estudios literarios. Pasó á Chile, y redactó periódicos en los cuales mostró sus calidades de diarista fácil y apropiado á los gustos del público sud-americano. De allí pasó á Bolivia donde se distinguió igualmente en la prensa y en la milicia, sobresaliendo en el arma de la artillería y habiendo merecido una medalla de honor después de una batalla en aquel país. Cuando el general Urquiza decidió levantarse en armas contra Rosas, se trasladó Mitre de Chile á Entre-Ríos, incorporándose al ejército libertador y hallándose en la batalla de Caseros, al frente de una división de artillería.

Este gran acontecimiento abrió al país nuevos horizontes. Durante la tiranía de Rosas, se había formado una generación ajena al conocimiento de sus instituciones políticas y su aplicación, pero no carente de la antigua fibra patriótica y del sentimiento del honor nacional. Lo mismo sucedió á este respecto en Buenos-Aires y en las provincias. El mando era autocrático y exornado con los atributos y apariencias militares. Un gobierno meramente civil, un gobierno desempeñado por un hombre de toga ó de cualquier profesión liberal, como se ha visto después, era entonces una utopía. La juventud deseaba un gobierno más flexible que la dictadura. Quería

actuar en la política, pero era naturalmente incapaz de coordinar los medios para derrumbar á Rosas. Esta había caído en Caseros, como lo vaticinó Sarmiento, por el brazo de uno de sus lugartenientes. Y entonces, aquella juventud se expandía jubilosa en sus manifestaciones ardientes, propias de la pasión cohibida, pero vagas y casi inconscientes. Lanzada en la plaza pública ó llevada al campo de batalla, habría luchado con brío, como muy pronto se vió, contra cualquier obstáculo opuesto á su acción. Por eso hemos dicho que tenía la antigua fibra patriótica, cuyo temple no había desvirtuado la molicie, pues las costumbres eran puras en tiempo de Rosas. Tenía el sentimiento del honor nacional, porque el dictador, de buena fe ó por cálculo de hombre astuto, para dar á su imperio un aspecto simpático á los nativos, que no sufrían directamente sus desmanes, y un aspecto respetable ante los ojos de los extraños, no solamente no enervó el amor patrio y el respeto á las glorias nacionales, sino que, exagerándolo, se armó de él para inspirar recelo á la muchedumbre respecto del extranjero. Esa juventud, de que hablamos, buscaba un hombre que le sirviera de exponente y diera unidad y cuerpo á sus aspiraciones. El hombre deseado fué el joven coronel Mitre.

Acababa de entrar en Buenos-Aires, orlado con el laurel de Caseros. Era de aspecto agradable y hasta romántico, lo que para los ojos acostumbrados á los tipos de la titulada *Federación*, quiere decir, raro, pero con una rareza llena de distinción. Llegaba con la reputación de un militar inteligente y dotado de un valor imperturbablemente sereno. Sabía además dar relieve á todos sus actos por una fraseología de mucho efecto en aquellos tiempos, en que los hombres estaban hastiados del estilo sin sorpresas de la Gaceta. Su discurso en la discusión sobre el acuerdo de San Nicolás, que él mismo, con su buen juicio, colocaba muy abajo de la notable alocución del doctor Vélez Sarsfield, produjo un efecto inmenso. No era todavía un hombre de gobierno, pero se veía ya que sería el hombre del porvenir.

Como había figurado en el sitio de Montevideo, figuró en el de Buenos-Aires, contribuyendo á la defensa de la plaza en calidad de Jefe del estado mayor. En uno de los combates que tuvieron lugar en las cercanías de la ciudad asediada, fué que pronunció, herido en la frente y creyéndose que expirara dentro de cortos momentos, la frase tantas veces recordada: « Quiero morir de pie, como los antiguos romanos! » — Miembro de la cámara de Representantes, que, además de sus facultades legislativas, tenía las de un cuerpo constituyente, mostró en los debates que precedieron á la sanción de la Constitución de Buenos-Aires, ideas políticas muy amplias relativamente á las que formaban el criterio de la mayor parte de sus colegas. En todos sus discursos, aparecía, siquiera fuese como en perspectiva, la idea de la Nación íntegra, dotada de todos los atributos de la soberanía. En la política de la reacción contra los hombres vinculados á la dictadura, siguió la tendencia de la juventud, ardorosa siempre en sus reacciones, y sirvió así á la facilidad de su elevación personal, dejando de lado personalidades cuya influencia en la dirección de la cosa pública, habría indudablemente creado obstáculos en su contra. — En medio de la exacerbación de las pasiones locales, no perdió jamás de vista la imagen de la patria. Escribió en aquella época la *Historia de Belgrano* (sobre cuyo mérito literario no es del caso hablar), en la cual se refleja el sentimiento nacional con toda su vitalidad, y se encaran las cuestiones políticas con un criterio elevado. Entretanto, en la política práctica, se desearía haberlo visto pugnar en favor de la causa invariablemente sostenida por Frías, López y otros ilustres hijos de Buenos-Aires, que pospusieron la simpatía de las muchedumbres al deber de predicar la doctrina de la unión nacional, sin las fatales demoras que, con perjuicio de todos, retardaron el hecho ineludiblemente impuesto por las leyes de la historia. Los partidos extremos querían naturalmente las soluciones violentas.

El coronel Mitre era el hombre destinado á poner por obra esta política. Fué hecho general, para que este alto grado jerárquico le facilitara el mando del ejército porteño y diese la batalla cuyo éxito

le hiciera triunfar. Vencido en Cepeda, hizo una retirada honrosa á San Nicolás de los Arroyos, y fué pocos días después recibido en la ciudad de Buenos-Aires con las muestras de afecto que nunca le faltaron. En la Convención provincial encargada de proponer reformas á la Constitución del 53, apoyó todas las que importaban atenuar las facultades del Poder general. Victorioso en la batalla de Pavón, fué llevado á la presidencia de la República y tuvo, el primero después de Rivadavia, el insigne honor de gobernar en toda la extensión del territorio nacional. La influencia de Buenos-Aires se hizo sentir en todas partes. En más de una ocasión, las provincias del interior pudieron creer que su influencia debía serles fatal, cualquiera que fuese el hombre que ejerciese el poder desde las orillas del Plata. Sandes ha dejado en ellas una tradición de terror.

Faltan elementos de prueba para determinar el grado de responsabilidad que, en los atentados que se practicaron en el interior, corresponde al entonces jefe de la Nación. Los hombres de las provincias, en su inmensa mayoría, piensan que el general Mitre pudo evitarlos. No falta quien piense que en el estado de cosas tumultuario, en que se hallaban las provincias mediterráneas, no era posible al Presidente fiscalizar los detalles de la guerra y reprimir los desmanes de aquel bárbaro. Cuando el Chacho fué muerto alevosa y cobardemente, un decreto gubernativo reprobó el acto, aun cuando el oficial que ordenó el asesinato no fué castigado con el rigor que debía exigirse. Una vez establecido el imperio de la autoridad nacional en todo el país, la administración del general Mitre hizo sentir las ventajas de un gobierno regular en la República, contra la persistencia en algunas provincias de viejos cacicazgos. La guerra del Paraguay, que exigió la presencia del Presidente en los sitios donde se desarrollaba, dejó el gobierno en manos del vice-presidente, don Marcos Paz. Se había formado, entre tanto, un partido en Buenos-Aires, el cual contrarió la política del general Mitre que había pretendido federalizar toda la provincia, ó por lo menos su ciudad capital. En las provincias, los partidos habían readquirido cierta elasticidad;

y cuando el Presidente volvió á ocupar su puesto, por la muerte del señor Paz, la lucha electoral se hallaba trabada entre las candidaturas de Sarmiento y Elizalde. El general Mitre se mostró entonces animado de un sentimiento muy superior á las pequeñeces y miserias de partido ó localismo. No propició candidatura alguna. Salió de la presidencia entregando en paz y libertad el mando á su sucesor. Este ejemplo de altura y dignidad es un gran título á la consideración de sus conciudadanos. Este es el rasgo brillante y perpetuo de su figura histórica.

IV

Mitre es el tipo del porteño progresivo. Desde las estrecheces del localismo, ha conducido al partido imperante en Buenos-Aires hasta la amplitud de la vida nacional. ¿Ha sido tímido ó egoísta en las morosidades de la marcha? ¿Pudo usar de un innegable y sempiterno prestigio para acelerar la reunión de Buenos-Aires y el resto de la Nación? ¿Se habría perdido en la opinión si hubiese tentado esta noble empresa, de unir cuanto antes los miembros de la familia argentina? ¿Habría, en tal caso, surgido una entidad reaccionaria que, haciéndose representante de tendencias localistas, hubiera demorado todavía más al fausto acontecimiento? Arduas cuestiones que es preciso ahondar, para medir esta personalidad popular en Buenos-Aires, é irrevocablemente ligada á la historia de nuestro país.

Mitre no es un pensador, ni mucho menos. Parece un pensador distinguido, cuando se le compara con el doctor Obligado ó el doctor don V. Alsina; el primero, localista convencido, estanciero y abogado á la vez, sin horizonte político, y persuadido de que la República estaba contenida en la plaza de la Victoria y que lo demás era una estancia; el segundo, un abogado sabedor de la ley española,

gramático perfecto, encorbatado, solemne, de hablar sentencioso, y que acariciaba con delectación la idea de organizar una nación, en que Buenos-Aires fuera la parte y el todo.

Al lado de tales individualidades, el General brillaba con insólito fulgor. En esta relatividad, se halla el secreto de su prestigio y de su popularidad inextinguible. Hay siempre en los hombres populares algo de vulgar. Tienen con el público, es decir con el vulgo, una faz por la cual coinciden. Un sabio ó un santo no es popular: el primero no es más que un nombre para el vulgo, el segundo suele ser respetado en vida, pero no amado ó idolatrado como el tribuno y el caudillo. Es evidente, por lo demás, que no basta ser vulgar para ser popular: es necesario ser superior al vulgo, pero no estar á gran distancia de él; hallarse á la altura de un farol, no á la altura de un astro. El hombre popular interpreta una pasión ó una tendencia de la masa, la expresa, la realiza; da la batalla deseada, pronuncia la palabra que está en el corazón de la muchedumbre. Es el vencedor de Pavón, es el orador de Junio. Los hombres populares son los intermediarios entre la masa y los hombres de genio. Se confunden en ellos la idea trascendente del pensador y el instinto de la muchedumbre.

Llenan una función indispensable en la obra del progreso. Sin ellos, habría dos humanidades eternamente separadas. Gracias á ellos, los pueblos se levantan y se mueven en regiones cada vez más altas. El general Mitre ha podido decir con razón, lo que otros han dicho de sí mismos sin fundamento: Soy un hombre político. Ha conducido al pueblo á la perfecta integridad nacional, pero lo ha llevado por donde el pueblo quería ir, por el camino que su amor propio le inducía á recorrer. El General ha llenado ya su misión de conductor. Su vida está llena. Ha actuado largos años en la política; ha escrito enormemente en los últimos tiempos. *Tandem quiescat* (1).

Pero sus conciudadanos presentes y del porvenir le serán gratos

(1) Creemos deber omitir un retrato literario que forma digresión. (N. de la D.)

por haber desempeñado en su tiempo las funciones de guía del pueblo de Buenos-Aires, cuando se trató de unificarlo con las demás fracciones de la República ; y además como preparador paciente, celoso, concienzudo, del gran Museo de la historia nacional. Á su modo ha llenado los dos extremos de la disyuntiva que formulaba el antiguo : *Aut scribere agenda, aut agere scribenda*.

Ha escrito lo que han hecho algunos de nuestros próceres, y esos ejemplos del pasado son útiles para el porvenir.

Sus propios hechos, mejor dicho, los que él ha realizado siguiendo las tendencias populares, serán á su vez escritos, porque forman inevitablemente parte de la historia nacional. La cuestión á este respecto se suscitará sólo en cuanto á la excelencia ó importancia de tales hechos, y creemos que ella será juzgada menor de lo que se ha creído por los contemporáneos, y especialmente por los secuaces del General. En nuestro concepto, el momento que marca su Presidencia es solemne y auspicioso. Desde él recomienza el régimen de la vida común de las diversas fracciones que forman el pueblo argentino, y que se hallaba interrumpido desde la caída de la presidencia de don Bernardino Rivadavia. Sin embargo, cede en importancia á la sanción de la ley fundamental en Santa-Fe ó á Caseros, y es evidentemente de menos transcendencia que la federalización de la ciudad de Buenos-Aires.

Pero, esto dicho, no cercenemos el reconocimiento debido á los positivos y grandes servicios prestados al país por el general Mitre. Desde las trincheras del sitio de Buenos-Aires, el año 53, hasta la jura de la Constitución, el año 60, ¡ qué gran paso ! ¡ Y Buenos-Aires lo dió teniendo por guía á su hijo predilecto !

Vencedor en Pavón, es llevado á la presidencia de la República. Su administración tiene los caracteres de un gobierno que surge en pos de una victoria militar, y la victoria había sido ganada por las armas de Buenos-Aires. El porteñismo estaba á la moda, y, como sucede siempre en tales casos, nadie lo afectaba con mayor garbo y complacencia que cierta parte de los vencidos, que hacían en-

mienda honorable ante el vencedor. Entretanto, el general Mitre por natural elevación de sentimientos ó por buen gusto, ó por conocimiento de las verdaderas conveniencias de su política, ó por los tres motivos al mismo tiempo, llamó á colaborar en su gobierno á los hombres más distinguidos de las provincias, bastando decir á este respecto que Vélez Sarsfield y Rawson fueron sus ministros, que el doctor Pico era Procurador general de la Nación y que el doctor Carril ocupaba un puesto en la Suprema Corte, de la cual sería presidente poco tiempo después. En las provincias, habían sido designados para ocupar las bancas del Senado y la Cámara de Diputados, salvo raras excepciones, hombres distinguidos por su inteligencia ó sus antecedentes de la vida pública. Fragueiro, Gorostiaga, de la Vega, Laspiur, Luis Vélez, Uriburu, Aguirre, Próspero García, Torrent, Lucas González, Zavalía, Ruiz Moreno y tantos otros se señalaron en los debates parlamentarios; y la primera y noble victoria de la Nación, en el teatro del localismo porteño, fué la exhibición de la inteligencia ilustrada y la palabra eficaz de los hombres venidos de las provincias. El general Mitre parecía complacerse en presidir un conjunto de elementos políticos, que relevaban á propios y extraños cómo era posible renovar el Congreso del año 26, con igual brillo y con las garantías de estabilidad que no pudo tener aquél.

Pero, en medios de estos auspiciosos comienzos, había elementos rivales vivaces, que habiendo estado profundamente vinculados al gobierno caído, resistían el nuevo orden de cosas. No eran sólo Peñaloza y los oscuros caudillos del interior, quienes lamentaban el éxito de Pavón y oponían obstáculos á la nueva marcha de los sucesos. Todos los que de buena fe, aun cuando con un criterio estrecho, habían pensado que la Confederación sería la base de la nación íntegra y definitiva, burlados en su esperanza por una realidad implacable, sentían lastimado su corazón y protestaban en diversas maneras contra el nuevo régimen. De estas aprehensiones y recelos, de esta honda tristeza, llegaron á sentirse atacados hombres

distinguidísimos por su talento y virtudes. Baste decir que el Padre Esquiú como lo ha recordado alguna vez el doctor Avellaneda, pidió entonces licencia á su prelado, para internarse en el territorio de Bolivia, cambiando por la vida de misionero la de conventual en Catamarca, donde tanta influencia ejercía, y que había sido la cuna humilde de su brillante celebridad. Creía el Padre, como no pocos de sus conciudadanos, que todo estaba perdido para la patria como ellos la entendían, y que tendencias peligrosas iban á imperar en todo el país. La administración del general Mitre se manifestó, empero, deseosa de promover el bienestar de las provincias é inició obras de importancia en ese sentido, bajo la dirección del ministro del Interior, que lo era el doctor Rawson, patriota superior á las mezquindades del localismo. Pero tales empresas administrativas no bastaban á mitigar los sufrimientos y enconos de la lucha recién pasada. Muchos de los hombres del interior, en presencia de los beneficios materiales que los pueblos recibían del Tesoro nacional, mucho más abundante por cierto que la modesta alforja del Paraná, se sentían, no ya consolados de la pérdida de su influjo político, sino como humillados de recibir, en cambio de la primogenitura, el abundante plato de lentejas. En suma, unos de buen grado y otros vibrantes de indignación, estaban en el fondo de acuerdo para considerar la presidencia del general Mitre como una administración teñida é impregnada de porteñismo. El tránsito que alguna vez tendría que hacerse de la disgregación á la unidad, tenía inevitablemente que ser doloroso para unos ó para otros, siquiera estuviese destinado á ser en el porvenir la salvación de los unos y los otros. Si el gobierno del doctor Derqui se hubiera consolidado después de la batalla de Cepeda, el localismo porteño habría bramado de despecho. Establecida la administración del general Mitre, como una consecuencia de la batalla de Pavón, el localismo mediterráneo debía bramar también y sangrar dolorosamente. En suma, la unidad estaba hecha por la violencia de las armas, pero hecha. Había un presidente de la República, obedecido desde el Plata hasta Jujuy. Ya no se

operaría en el porvenir la fatal y vergonzosa separación. Pero la lucha intestina había de renovarse. La vida nacional agitaba toda la masa. No tenía empero su organismo. Faltaba la capital. Pero la vida hace los órganos, y antes de veinte años la Nación tuvo los que hasta entonces le faltaban. El general Mitre había sido el hombre de la unificación. Era mucho, no era todo ; no podía ser, ni ha sido más. Presidente de la Nación porteña, representa un gran proceso evolutivo y quedará en la historia su nombre para marcarlo. Pero sería anacrónica su candidatura en la actualidad (1) : la Nación no es ya porteña, ni provinciana ; es simplemente la Nación.

PEDRO GOYENA.

(1) Escrito en 1891.

LA BASÍLICA DE LUJÁN

Ædificatio crescit in templum sanctum.
(PAULI, *Epist. ad Ephes.*).

I

Una basílica gótica brotando del suelo de la campaña de Buenos-Aires, ayer pampa todavía, es un fenómeno que el filósofo debe de interpretar como uno de los tantos signos de la evolución actual, la cual, como es muy sabido, significa una regresión invencible hacia el espiritualismo. Aún los más escépticos, estamos hartos de ese estrecho materialismo ó positivismo, que pretendió resolver el gran problema, con suprimirlo ; los que piensan y los que sienten buscan rumbos nuevos ó retroceden á los antiguos. ¿ Volveremos algún día á ver correr la savia de lo ideal, como en el siglo de las Cruzadas ?

Es muy sabida la historia del presente santuario. Poco á poco, por infiltración lenta, habíase esparcido en los pueblos de esta extremidad de la América del Sud, — Argentinos, Orientales, Chilenos, Paraguayos, — la fe en una especial intervención divina, concretada en una imagen de la Virgen que se veneraba en la villa de Luján.

Las desgracias públicas, las revoluciones, las incertidumbres de un porvenir cargado de nubes, las crisis económicas, lejos de debilitarla, habían robustecido esa creencia, por la tendencia natural de la humanidad á encontrar su consuelo y á poner sus esperanzas en un credo espiritualista.

De tiempo atrás, se agitaba la idea de erigir un templo monumental, en el lugar mismo donde iban convergiendo incesantemente tantas almas cristianas, congregadas en la comunión del sentimiento. Pasaron muchos años, durante los cuales los peregrinos al santuario de Luján, tuvieron que contentarse con la modesta iglesia que no podía abrigar sino una pequeña parte de los fieles, cuando llegaban por millares en ciertas épocas de gran peregrinación.

Fué, precisamente, en una época de derrumbamiento económico, cuando la obra soñada empezó á realizarse bajo el impulso de un sacerdote entusiasta y de gran inteligencia, el Padre J. M. Salvaire, de la orden de los Lazaristas misioneros, y á la sazón ya cura-vicario de Luján.

¿De dónde había de salir la inspiración arquitectónica de la basílica futura? ¿Á qué época del arte religioso deberían de pedirse los modelos, cuya libre interpretación pudiera amoldarse mejor á la expresión de un ardiente sentimiento de fe? El deplorable estilo jesuítico, que ha acabado de achatar las ciudades americanas con su vulgaridad abigarrada, y acaso no haya dejado de contribuir por su fealdad á la decadencia del sentimiento cristiano, quedaba desechado sin remisión; el Renacimiento, creador de palacios, no ha producido obra religiosa alguna, comparable con las basílicas romano-bizantinas ó góticas, — sin exceptuar al fastuoso San Pedro de Roma, cuyo mérito principal quizá resida en lo colosal de sus proporciones.

Entre los dos estilos romano-bizantino y gótico, se podía vacilar. Acababa de levantarse en París, en condiciones análogas á las nuestras, una magnífica y costosa basílica bizantina: la del Sagrado Corazón, en la cúspide de la colina más alta de la ciudad. Pero los

25 millones de francos ya gastados en esa obra monumental, la tienen suficientemente adelantada para evidenciar toda la majestuosa superioridad de la catedral gótica: esa incomparable Nuestra-Señora de París, sentada desde hace siete siglos, allá más abajo, á orillas del Sena, en un islote histórico, centro y cuna de la gran capital. Á semejanza de esta reina de los monumentos de París, obra maestra del siglo XIII, será también gótica la basílica de Luján, aunque por cierto sin la pretensión de igualarla.

Algunos espíritus descontentadizos, y que se revelan mejor intencionados que ilustrados en esta materia, se preguntan por qué no surgen formas originales, y nos quedamos apegados servilmente á las antiguas? Los que así discurren, olvidan que, muy lejos de prestarse mutuo apoyo, la originalidad creadora y el gusto crítico son á menudo fuerzas antagónicas ó, si se prefiere, sucesivas.

Si nuestro gusto y nuestra crítica se han afinado por la contemplación y el estudio de las elegancias del arte griego, ó de la originalidad grandiosa del gótico; si la riqueza y la gracia fecunda del Renacimiento, la nobleza sonriente y majestuosa de los siglos que siguieron, han elevado nuestro criterio artístico: hemos adquirido solamente, con ese caudal de nociones, la facultad de saber escoger los elementos estéticos que mejor se adapten á la expresión de nuestros sentimientos, á la realización de nuestro objetivo; pero, en la actualidad, nuestro poder de invención duerme un profundo sueño.

Quizás estemos en una época de transición como la que precedió al arte ojival, cuando la arquitectura había dejado de ser romana, no siendo aun gótica, cual sucedió con el idioma hablado en Francia, la patria del gótico, el cual no era ya latín sin ser todavía francés. Así, nuestras casas han de revestir durante muchos años venideros, con candor incansable, las formas bastardas del Renacimiento italiano, tan de moda en Buenos-Aires. Pero, en la basílica de Luján, por lo menos, no se harán tentativas de *purificación* del gótico según los principios clásicos: ved ahí cómo en su estilo sencillo y puro, el

nuevo templo empieza á destacar sus pináculos agudos sobre el azul del cielo, y á recibir los rayos del sol que se filtran por las lancetas de las primeras ojivas de la Catedral : futura nave solitaria de esa llanura, desierta é inmensa como el mar.

II

Es una tesis exagerada, y algo más que exagerada, la que pretende que la arquitectura religiosa de un pueblo baste para caracterizarlo. Sin embargo, es teoría generalmente aceptada, que las formas arquitectónicas de los monumentos religiosos traducen fielmente los hábitos, las tendencias, las esperanzas y las aspiraciones de los hombres, — su estado de alma, como ahora suele decirse.

En aquellos tiempos, en que la religión lo condensaba todo, siendo á la vez la filosofía, la moral y la ciencia del siglo, el artista que se hubiera propuesto realizar tan elevada síntesis por medio de ojivas, círculos, flechas ó cúpulas, hubiera seguramente alcanzado á producir una monstruosidad. Á pesar de todo cuanto se ha escrito al respecto, y por las autoridades más veneradas, no puedo representarme un arquitecto preocupado de *inventar* la interpretación de un ideal metafísico, como el aristotelismo de la Escuela, y concluyendo por simbolizar tan rígida observación de la regla filosófica, con el libre vuelo del arte ojival !

Los artistas de entonces escribían considerablemente menos que los de ahora ; apenas si conocemos los nombres de algunos de ellos, anteriores al siglo xv. De esos admirables artífices de las catedrales góticas, tan solamente han llegado hasta nosotros raros bosquejos, planos y depurados estereotómicos, por los cuales se ha puesto de manifiesto el génesis de sus inspiraciones y de sus métodos, revelándose teóricos audaces, artistas espontáneos, apasionados de la dificultad, ingeniosos en crearse problemas para tener el gusto de

resolverlos. Con todo, tanta independencia y soberbia intelectual no los libraba del acatamiento de las ideas legadas por sus predecesores. Las disposiciones fundamentales de los planos, en sus grandes líneas, quedaban siempre determinados por costumbres tradicionales; y, de las modificaciones de detalle, nacían precisamente esos problemas técnicos que cada uno resolvía á su manera, en razón de los materiales que tenía á la mano, de los procedimientos adquiridos y del estado de los conocimientos.

En resumen, debemos más bien considerar que, para esos artistas medievales, como para los modernos, el arte era también un *juego*, según la profunda definición de Spencer, cuyas variantes sucesivas iban complicándose más y más: así los vemos, ya en posesión del *crucero de ojivas* y del arco botarel, pensando en escalar las nubes: las naves alcanzan alturas de cincuenta metros, mantenidas en equilibrio por dos ó tres hileras de atrevidos botareles; las flechas de las torres yerguen la Cruz á 140 metros de elevación. ¿Cómo sorprendernos de que tantas veces hubiera que lamentar la destrucción de esos edificios, sobre todo si se observa que, más de una vez, los contrafuertes de botareles descansan parcialmente en el vacío?

Engendrados por el afán de lo extraordinario, los gérmenes de decadencia del gótico no tardaron, pues, á manifestarse á partir del fin del mismo siglo XIII, cuando comienzan los alardes técnicos reñidos con el gusto. La prudencia audaz y los cálculos sanos van cediendo á las combinaciones extravagantes, hijas de una geometría fantástica, verdadero juego del compás. Sin embargo, algunas obras de esa decadencia nos dejan atónitos y maravillados, y nos preguntamos, al ver su manera de tratar la piedra, lo que tales artistas hubieran hecho con nuestro acero. Calada con recortes inverosímiles, cobrando aspecto de materia flexible y elástica, la piedra de las catedrales parece transformarse en metal; á medida que va perdiéndose de vista la sencillez armónica y majestuosa de las grandes líneas, esa impresión aumenta: los *triforiums* adelgaza-

dos, las flechas, flechillas y agujas horadadas como encaje, las balaustradas aéreas, las arcaduras y cruzamientos de arcos, repitiéndose al infinito, dan la sensación del delirio artístico.

¡Ojalá resucitara uno de esos genios atrevidos y nos diera por fin la arquitectura del hierro, que buscamos en vano desde hace cincuenta años, no habiendo alcanzado á inventar sino prisiones y jaulas metálicas! Los que han acometido el problema, se han contentado con aplicar á la construcción metálica el sistema de decoración que les era más familiar, pero que, desde el tiempo de los griegos, se ajusta á la mampostería.

Contrasentido chocante; hemos visto el hierro forjado y colado disponerse según las reglas de los órdenes más pesados, siendo así que su principio es la ligereza y la vigorosa elasticidad. ¡Qué resultado diferente, el día en que los arquitectos nos atrevamos á lanzar en los aires columnitas esbeltas, sostenes de arcadas ligeras y elegantes, que dejen pasar libremente la luz al través de nuestros edificios, en apariencia delicados, en realidad incommovibles!

III

Á propósito de la basílica de Luján y antes de establecer su filiación, nos arriesgaremos, después de Viollet-le-Duc, á quien pocos de nuestros lectores conocerán sin duda, á presentar los rasgos característicos del gótico, considerado como la expresión arquitectural la más apropiada al idealismo religioso.

Hemos dicho que la Francia era la patria del arte gótico. Inglaterra y Alemania han concluído por admitirlo, y no disputan más esta gloria á su rival. Casi inútil es agregar que el nombre absurdo de « gótico » saca su origen del horror que los artistas italianos del tiempo de León X, profesaban por un estilo que se alzaba en rebeldía contra todas las reglas del arte griego: le dieron la calificación

de *gótico* por haber sido los Godos, los bárbaros que habían dejado en Italia la peor reputación, — como suelen decir otros los « Vándalos ».

¿Cuáles son los caracteres distintivos del gótico? Pero, ¿es posible, aún para el más profano, equivocarse á este respecto? En el exterior, el predominio de las líneas verticales con los arcos ojivos empieza á manifestarse desde principios del siglo XII; de manera que, á juzgar solamente por esos caracteres, podría tomarse por gótico un monumento de la época de transición. El error sería leve, y es el único posible.

Desde el siglo XII, en efecto, aparecen la mayor parte de los elementos del gótico: los arcos ojivales, los contrafuertes y sus arcos botareles, hasta el *crucero de ojivas*. Durante este siglo precursor, los artistas, muchos de ellos monjes ó abates, arrastrados por el espíritu de innovación, á pesar de su respeto profesional por las reglas comunes, principian tímidamente á alargar según la vertical las cúpulas sobre pechinas (*pendentifs*), á emplear el arco ojivo para disminuir el empuje horizontal de las bóvedas y poder elevarse más y más — primeros pasos que conducen á alargar igualmente las columnas.

Ya vacilantes y medio rotas las reglas, no se necesita de gran esfuerzo para hacerlas caer al suelo y desaparecer; la adopción de *cruceros de ojivos* les da el último golpe.

Sabido es que esta nueva disposición de los arcos de bóveda en diagonal, reparte el peso y el empuje sobre cuatro puntos de apoyo; como las cúpulas sobre pechinas realizaban esa misma condición, se ve que el gótico nervioso y agudo procede directamente de la cúpula romano-bizantina.

Entonces, los artistas laicos que aparecen, sacan del principio todas sus consecuencias: un estilo de arquitectura ha nacido, el cual no se sujetará á trabas ni leyes, y, con la uniformidad del tipo, presentará la más exuberante variedad.

Empieza el reinado de las columnas tenues, vástagos aislados, ó

agrupados por una geometría inteligente, y terminados por una flor; los arcos diagonales se entreveran á veinte, treinta, cincuenta metros de altura; correspondiendo á los estribos de la nave mayor, los arcos botareles, apoyados en contrafuertes exteriores, vienen á consolidar lo arriesgado de la combinación; las paredes, ahora sin utilidad, quedan reemplazadas por vidrieras colosales; las fachadas trinitarias abren sus pórticos achaflanados en el espesor de los muros, que sirven de zócalo á las gigantescas torres; y lugar hay en ellos para los doce Apóstoles, para los profetas, los mártires, para las teorías de vírgenes y de santos de piedra ó mármol: en el fondo del portal, sobre un pilar de piedra entre las dos hojas de la puerta. — Jesu-Cristo ó la Virgen María.

Enfin, las flechas de piedra, las torres horadadas por inmensas aberturas, la balaustradas, los nichos con doseletes esculpidos, los pináculos floridos, completan el más admirable efecto arquitectónico que el hombre jamás haya realizado.

Un gusto exquisito preside á tanta profusión; los griegos no tuvieron un sentimiento más delicado de los perfiles y de las líneas; la esbeltez, la simplicidad, la armonía, la elegancia en medio de una riqueza deslumbradora, todo se halla reunido en grado supremo en esas catedrales del siglo XIII, — Paris, Chartres, Reims, Amiens, Beauvais, Bourges, — y esta joya entre las joyas: la Santa-Capilla del Palacio de justicia de París!

Un desarrollo tan sorprendente del genio arquitectural debía tener una fuerza de expansión enorme. Los artistas franceses difunden la luz; rivalizan con ellos los extranjeros, y, en menos de tres siglos, á pesar de las guerras continuas y de la miseria general, la Europa se cubre de su incomparable decoración gótica: las catedrales de León, Burgos, Toledo, en España; de York, de Lincoln, en Inglaterra; de Colonia y Estraburgo, en Alemania; de Bruselas y Amberes, en Bélgica; de Milán, en Italia; de Upsala, en Suecia; de Coimbro, en Portugal — para nombrar solamente algunos de los monumentos que proceden más directamente de la influencia francesa.

Ha sido como un lenguaje universal, como una divina música de todos comprendida ; y, realmente, de todas las artes, según el concepto profundo de Schopenhauer, ¿no es la arquitectura, la que más se aproxima á la música ? ¿Acaso no crea formas propias que no deben nada á las realidades exteriores, y temas concisos sobre los cuales borda nuestra fantasía ?

III

Las florecillas más humildes del campo, los vegetales más vulgares de las huertas, han sido fuentes de inspiración para la ornamentación gótica. Griegos y romanos, enamorados del pomposo acanto, parecieron ignorar otra decoración sacada de la naturaleza ; pero los artistas medievales, impregnados en ella, descubren sus maravillas y las siembran en sus obras, desde el portal hasta el coronamiento de las torres. Á primera vista, lo que sobresale en la decoración ojival, es el mundo de estatuas que pueblan los nichos ó dominan las crestas, es la multitud de animales imaginarios, desde los arcos fantásticos hasta las gárgolas extragavantes. Pero, mirad las guirnaldas de hojas y flores que corren por las cornisas, los frisos, las archivoltas ; el acanto ha desaparecido completamente. Las plantas que vemos todos los días, con sus hojas, sus botones, flores, granos y frutas, son las que contribuyen á imprimir un sello de vigorosa originalidad á la decoración. Enumerar los vegetales adoptados por los escultores, sería describir la flora conocida en aquellos tiempos ; viña, rosáceas, geranium, primula, campanula, umbelíferas, hiedra, gramíneas, acederas y coles ; la naturaleza toda se pone á contribución, desde el cedro hasta el hisopo, sin olvidar las yerbas comunes, y la zanahoria vulgar se mezcla al elegante helecho.

Ese mundo vegetal ha sido interpretado en estilo á menudo severo, siempre elegante y de acuerdo con el objeto que adorna.

Pero la preferencia de los artistas se dirige hacia las plantas más modestas, las que inclinan bajo el peso de una gota de rocío su cabezita trémula, en el extremo del finísimo tallo recto y rígido, semejante á las esbeltas columnitas góticas.

Al observar esa predilección tan viva por las florecillas imperceptibles, Viollet-le-Duc le daba toda la importancia de un símbolo: el símbolo de los oprimidos. Los artistas, bajo el yugo de sus señores, abrumados por el capricho brutal, se crean gustos y voluptades humildes; según él, el artista dibuja un ornamento según una planta recogida entre dos piedras, pues bien comprende que la mirada de su señor no ha de descender hasta aquí...

Conclusión romántica del abuso del simbolismo! Representarnos á los artistas de esa época como pobres gañanes, especie de siervos á la merced del señor, es confiar por demás en nuestra inocencia. No tenemos informes bien exactos respecto de la vida de esos artistas, pero es de suponer á lo menos que la protección del clero los cubría; en cuanto á la esclavitud bajo la cual gemían, basta para desvanecerla, considerar la difusión rápida de la arquitectura gótica, esparcida en el mundo por los nuevos misioneros del arte: Pierre de Montereau, Robert de Luzarches, Jean de Chelles, etc., aquellos autores de la Santa-Capilla, de la catedral de Amiens, de Nuestra-Señora de París.

Por ligera que sea una reseña del arte gótico, no puede prescindir de un elemento primordial de decoración, que nació y se desarrolló á la par del estilo mismo: las vidrieras de color; tema de actualidad para la basílica de Luján, cuyas ojivas del ábside, muestran ahora como órbitas vacías sus vanas aberturas, pero que pronto se inundarán con aureolas de luz.

Los pintores que supieron dar un encanto divino á las sombras misteriosas de las altas bóvedas góticas, han quedado totalmente olvidados como sus compañeros, los escultores de pórticos, de capiteles y de graciosas guirnaldas. La obra no llevaba la firma del autor, sino la del donante; así es como han atravesado los siglos,

los nombres y los retratos de los fieles cuya generosidad resulta espléndidamente recompensada.

Es otro fenómeno curioso, la aparición simultánea de los pintores y los arquitectos, unos y otros en posesión de casi todos los secretos del arte que acaban de crear, con la intuición maravillosa de la ayuda recíproca que pueden prestarse.

¡ Cuán extraordinaria es aquella perfección, alcanzada en las épocas que se clasifican de bárbaras !

Cierto es que en las cámaras de los reyes, sólo existían escaños y muebles vagamente parecidos á butacas, todos ellos lo más incómodo posible ; pero los tallistas los recargaban con profusión de bajos relieves y realces ; los ebanistas los rodeaban de artesones, y de las ventanas se esparcían las armonías vibrantes de las vidrieras, como caricias de la divina luz.

Aunque fuera imposible negar la realidad de ciertos progresos de la pintura sobre vidrio, en la presente época de renacimiento, después de siglos de decadencia, debemos hacer constar que se siguen todavía los métodos iniciados en el siglo XIII; sin embargo, todos los recursos de técnica moderna, puestos en obra por artistas de talento, no alcanzan á producir efectos de una magia de colorido superior á ciertas vidrieras góticas.

El que se halla por vez primera en presencia de esas manifestaciones ingenuas y deslumbrantes, queda algo sorprendido por el desprecio de la precisión en las formas, que aparenta ser la norma de los pintores de aquel tiempo: poco se cuidaban de la exactitud, bastándoles una semejanza vaga con la realidad. Pero son ya « ornamentistas » de primer orden y coloristas incomparables.

Para darse cuenta de lo que podía entonces producir la pintura sobre vidrio, es preciso visitar la catedral de Chartres, donde se han conservado vidrieras de principios del gran siglo ; la orla de la vidriera central, que tiene diez metros de altura, es una maravilla exquisita de dibujo y colorido, una fiesta para los ojos ; otra, regalo de San Luis, debajo de la rosa septentrional del crucero, ha si-

do recientemente restaurada, y no se distinguen de las partes nuevas las que cuentan seiscientos años de edad. El formidable poder destructor de tantos siglos de guerras y revoluciones, de vandalismo ciego y de fanatismo político, no ha conseguido borrar todos esos frágiles tesoros.

Hemos dicho que las modificaciones arquitecturales, introducidas por el gótico, se prestaban al desarrollo de las vidrieras. La natural propensión á dejar penetrar la mayor cantidad de luz, unida á la tendencia de alivianar las paredes inútiles, imprime á los edificios un carácter supremo de elegancia y ligereza, prestando á las aberturas proporciones colosales : la misma ojiva reúne dos y tres ventanas ; en el tímpano se recortan rosas y rosetones, y por do quiera se ramifican las hojas de los lóbulos.

Ábrense por fin en los frentes y en el crucero de las catedrales, las rosas gigantescas por donde se precipita la luz á torrentes : la de la catedral de Amiens mide 11 metros de diámetro, la de Chartres 11,50, y ambas rosas del crucero de Nuestra-Señora de París tienen 13^m50. En esas grandiosas coronas de luz, es donde se armonizan con efecto sorprendente todos los matices del arco iris, localizados en cien compartimentos por columnas que irradian del centro, y son unidas por arcadas entreveradas con círculos y ojivas.

Tratamos ahora esa decoración de un modo más respetuoso por las formas reales, y, quizás sin razón, con menos violencia de colorido ; ellos no se preocupaban sino de conseguir, por la yuxtaposición de tonos diferentes, la armonía más rica y deslumbrante, no vacilando en teñir los cabellos de amarillo y azul, ú ofrecernos santos personajes de barba verde ! Los impresionistas de hoy pueden vanagloriarse de una estrecha filiación con los artistas del siglo XIII ; pero éstos encontraban siempre el efecto buscado.

No cabe en los límites de este artículo una revista crítica de la pintura sobre vidrio, ni tampoco un estudio de sus procedimientos, desde la fabricación de vidrios teñidos, simples ó dobles, ondulados ó lisos, hasta su cocimiento con los colores y esmaltes, y

la « puesta en plomo ». — Respecto de la última operación, sentimos que hayan abandonado los artistas la costumbre de rodear con la raya robusta del listel de plomo, no sólo las cabezas, pero aun las facciones, las manos, los pliegues de las colgaduras y de los vestidos, lo que, imprimiendo energía suma á todos los contornos, concurría á la acentuación general del decorado.

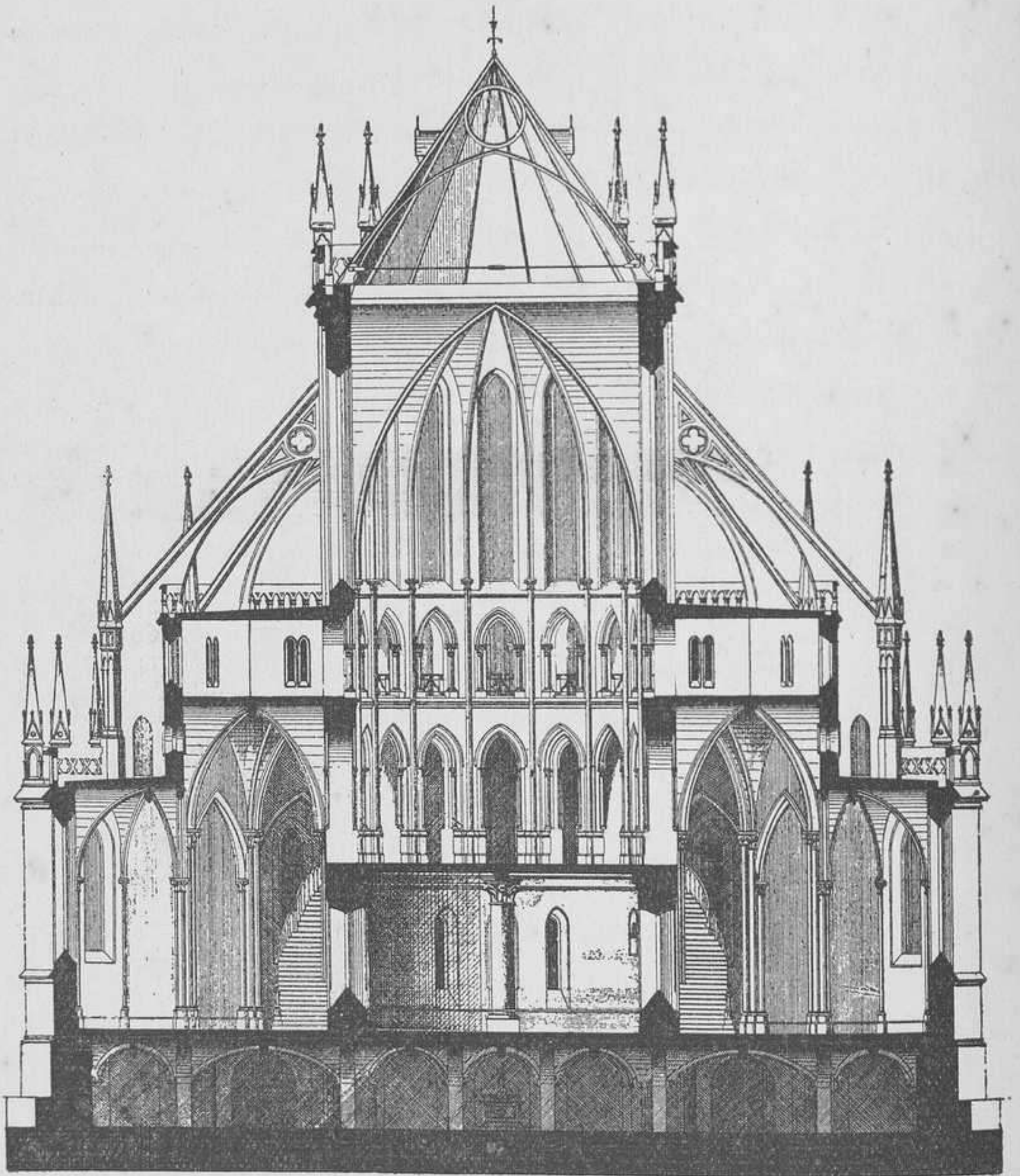
La basílica de Luján, por su disposición general, por sus grandes líneas y sus detalles, es un monumento del siglo XIII, de estilo ojival primario.

Sus dimensiones la colocan entre los edificios más imponentes de su género, sino á la cabeza, á lo menos en buen rango :

	Metros
Longitud total.....	115 »
— del crucero.....	63 »
Anchura de la nave principal.....	13 »
— de cada nave lateral.....	6 45
— total, comprendidas las capillas (interior)	33 60
— del frente (exterior).....	43 »
Altura interior de la nave principal, arriba del piso de la Basílica.....	30 »
Altura de las cuatro torres que flanquean el crucero, sin las flechas.....	45 »
Altura de las dos torres del frente, sin las flechas..	64 »
— de las dos torres del frente, con las flechas.	110 »
Número de capillas.....	25
Santuario de la Virgen.....	1

Ya han sido publicadas por los diarios de la capital, vistas perspectivas de la Basílica; por lo tanto, hemos juzgado inútil presentar á los lectores de *La Biblioteca* una imagen análoga, cuyo defecto principal sería probablemente el de no parecerse más que las primeras á la Basílica, tal como se ejecutará. Numerosas modificaciones han sido introducidas ya: no era difícil prever que el proyecto primitivo, por estudiado que hubiera sido, habría de sufrir alteraciones y adiciones que la experiencia hacía necesarias. Si, al edificarse una

simple casa, ella experimenta casi siempre cambios importantes en su plan primitivo, cuántos no habrán de ser los de un edificio cuya construcción exige veinte años ?



CORTE DEL ÁBSIDE Y DEL SANTUARIO DE LA VIRGEN

El grabado adjunto, corte de la parte absidial de la Basilica, tiene al menos el mérito de una exactitud perfecta; cerradas las bóvedas de la nave circular, abovedadas y techadas las capillas del ábside, no puede haber ya modificación en esa parte del monumento.

Ocupando toda la parte central del ábside, que corresponde al coro de las viejas catedrales, se eleva el *Santuario de la Virgen*, al que dan acceso dos escaleras de mármol de Córdoba.

El altar mayor se levantará apoyado contra la pared baja del Santuario, arrojando hasta 22 metros de altura la escalonada selva de sus pináculos góticos, en medio de los cuales se divisará la imagen de la Virgen de Luján, rodeada con la esplendente aureola formada por los centenares de luces de los candelabros.

Debajo del Santuario, nuestro corte indica la sacristía principal, colocada por consiguiente detrás del altar mayor; vense, á su alrededor, los arcos agudos de la nave lateral y de las capillas pentagonales del ábside.

Un *triforium*, de arcadas simples, sobre columnas de mármol blanco, tratado en el estilo de los primeros años del siglo XIII, corre encima de las bóvedas de las naves menores, y está destinado á servir de tribuna-galería; las escaleras de acceso, ya construidas, se hallan en las torres que flanquean el crucero.

En el mismo dibujo, se observará la existencia de una *cripta*, algo reñida con las costumbres del siglo XIII, pero admisible, en suma, y de cuyo empleo tenemos un ejemplo célebre en la magnífica catedral de Bourges.

La galería del triforium y la cripta constituyen las dos principales modificaciones introducidas hasta la fecha en los planos primitivos, y que han provocado no pocas otras en los detalles.

Actualmente la construcción alcanza al techo del triforium; está colocada la primera fila de pináculos, la segunda ha sido principiada; y, antes de dos años, los fieles tendrán la satisfacción de ver techado el Santuario.

V

No trataremos de describir la basílica futura ; aquellos de nuestros lectores que hayan visitado las catedrales europeas, tendrán idea del efecto buscado ; para quien no las conozca, la más prolija descripción sería fastidiosa é inútil.

Nuestra-Señora de París, descrita é interpretada por Victor Hugo, ha hecho para siempre imposible la tentativa de cualquier imitador. Séanos permitido, únicamente, resumir en un rápido bosquejo, los rasgos salientes de la basílica en construcción : al exterior, dominando las cresterías de la nave alta, se yerguen las cuatro torres del crucero y las dos de la fachada principal, horadadas de gigantescas aberturas ; robustos contrafuertes apoyan los arcos botareles que sostienen la nave ; en medio del crucero, se alza una aguda flechilla calada ; por todo el contorno del edificio, las ventanas-lancetas, simples, dobles ó triples, abren paso á la luz : las balaustradas, pináculos y florones completan la decoración. Al interior, la majestad de las altas bóvedas, la vigorosa ascensión de las columnas que se dividen en ramos de nervaduras ; la luz irradiada por los brillantes colores de las vidrieras, que luchan con las sombras misteriosas de las naves laterales : por fin, coronando todas las armonías de la forma y del sentimiento cristiano, falta imaginarse aún en ese suntuoso decorado, las ráfagas del órgano sobre las cabezas prosternadas.

Al procurar representarnos la basílica de Luján, nos hemos dejado llevar por los recuerdos del encanto incomparable y serena majestad de nuestros modelos. No podemos pretender sino acercarnos á ellos, luchando con la escasez del medio artístico, y haciendo esfuerzos por evitar la fatal tendencia reinante, de magnificar nuestras obras á expensas del gusto. Recordamos que, en el año de 1854, el emperador Napoleón III, encontrando muy desnudas las paredes de

piedra de Nuestra-Señora de París, tuvo la inspiración de hacerlas pintar, y Viollet-le-Duc fué encargado de cometer el sacrilegio. La noble víctima amaneció un día, disfrazada de azul y salpicada con estrellas de oro. Un grito de indignación levantóse del mundo artístico, y se tuvo que borrar los últimos vestigios del atentado.

Desgraciadamente, las paredes interiores de la basílica de Luján no podrán ostentar la severa y noble desnudez de las piedras de sillería; mucho se ha conseguido con revestir todo el edificio, á medida de su construcción, con un manto de piedra de 50 ó 60 centímetros de espesor; en el recinto, las columnas, los grandes arcos y el santuario entero, son igualmente de piedra procedente del departamento de Villa Colón, en Entre-Ríos, donde la obra de la Basílica explota canteras valiosas. Del mismo modo, con ladrillos revestidos de piedra, se han edificado tantas iglesias góticas del siglo XIII, en la misma Europa, que podemos consolarnos y aún sentir alguna satisfacción por haber logrado lo propio, en un país donde no existe quizá un solo edificio con frente de piedra.

Antes de dar por terminada esta breve reseña, que parecerá demasiado larga, debemos procurar destruir un escrúpulo que nos ha sido manifestado, respecto á la calificación de basílica gótica, con que corrientemente se designa la iglesia consagrada á la Virgen de Luján.

La basílica de los romanos era un *forum* cubierto, donde se realizaban actos diversos de la vida pública. Merced á la generosidad de algunos patricios y á la protección de los emperadores, esos edificios alcanzaron pronto un grado de magnificencia que les valió el nombre de basílicas, ó sea edificios regios. Como nuestras catedrales, comprendían tres naves, la más ancha en el centro, y se terminaban por una parte semicircular que es nuestro ábside. Los cristianos utilizaron para su culto las basílicas paganas, cuya disposición general fué conservada, agregándoles solamente el crucero entre el ábside y las naves; también les conservaron su mismo nombre greco-romano, hasta muy entrada la época del gótico. Poco á poco, al paso

que desaparecía la cripta, el nombre de catedral se sustituyó al de basílica. Pero, en rigor, este nuevo nombre no sería más exacto que el primero, puesto que no debería corresponder sino á la iglesia episcopal.

Finalmente, ¿por qué habríamos de rechazar el nombre de basílica, ahora que resucitamos la cripta? Basílica se llama el templo elevado por la piedad de los fieles, en la cima de una colina de París y sobre una cripta colosal: basílica se llamará también el templo gótico, elevado en Luján á la gloria de la Virgen, reina y señora del cielo católico.

U. COURTOIS.

LOS COSMÉTICOS

HISTORIA É HIGIENE

¿Quién es el que está contento con su suerte? — *de lo que es, de lo que tiene y de lo que representa.* ¿Quién? Muy pocos responderán afirmativamente á esta pregunta. Los satisfechos de su estado y condiciones son seres raros: los hombres de mucho talento y los extraordinariamente imbéciles; los extremos de la escala intelectual. Los demás (la mayoría inmensa de la humanidad) desean más de lo que tienen, y aspiran representar algo más de lo que son, ó creen ser, pues de nuestra suerte rara vez nos damos cuenta exacta.

Los satisfechos son, pues: *los bienaventurados pobres de espíritu*, que no alcanzan á divisar lo que está más arriba y no ven nada más abajo (pues á la verdad, nadie existe más abajo de ellos) ó *los espíritus verdaderamente superiores*, que poco pueden envidiar á los que les rodean, y que encuentran en sí mismos, en su propia naturaleza privilegiada y en la exuberante organización cerebral de que disfrutan, elementos de bienestar duradero y un manantial inagotable de placeres y de felicidad que constituye el caudal que usufructúan. Se deduce de esto, que la humanidad mide

lo que somos, tenemos y representamos en criterios que varían con los hombres, sujetos por consiguiente á las condiciones de medio, tiempo y lugar.

Los juicios que acerca de *nuestra suerte* nos hacemos son deducidos por comparaciones de lo que se tiene por el momento como tipo de bienestar y satisfacción personal. Con razón decía Epítecto «*lo que conmueve á los hombres no son las cosas, sino la opinión que corrientemente se tiene de ellas*». Protágoras enseñaba que «*el hombre es la medida del hombre: las cosas no existen sino por la forma en que se nos presentan; sobre lo que existe ó no existe, no hay opinion más correcta de la que uno se forma*». — «*Alium iudicium Protagorae est, qui putet id cuique verum esse, quod cuique videatur*».

Así, pues, en nuestros juicios nos vemos autorizados por los más grandes filósofos á guiarnos por nuestras propias inspiraciones, por el *sentido común*, deduciendo que *éste es la regla y propiedad de todo el mundo y base de los actos humanos*; aunque muchos sospechan con más ó menos fundados motivos que el tal *sentido común* es el menos arreglado y el menos común ó sea el más raro de todos los sentidos que tenemos ó nos atribuimos.

Pero en la aplicación de estos principios, necesitaremos siempre de puntos de mira, de algo fijo, ó por lo menos poco variable, que nos ayude en la orientación que necesitamos para navegar en este mar sin horizontes, de los problemas que envuelven al hombre en sus relaciones con los demás. Eso, de que las cosas valen *por lo que representan*, admitámoslo por galantería, cuando alguna señora *bien conservada* así lo declare formalmente. Debemos ser prudentes al elegir términos de partida y de orientación, pues de éstos resultarán muchas veces juicios errados. Estas y otras reflexiones parecidas se me ocurren al deber tratar el tema de los afeites y adornos que usan — y digámoslo sin rodeos — y también abusan las mujeres.

El uso y abuso de los cosméticos indudablemente se basa sobre

las máximas de Epítecto y Protágoras citadas, máximas que por otra parte no son sino una manifestación escrita de la constante aspiración de la humanidad de *ser, tener* y sobre todo *aparentar* mucho más de lo que somos y tenemos en realidad.

Sin duda, en el curso de este escrito diré tal vez algo que desagrade á algunas de mis lectoras, pero aun estas mismas pueden hallar en él otras cosas útiles ; y es en mérito de estas últimas que invoco la benevolencia de todas y de todos mis lectores, pues hay hombres que son peores que mujeres en este asunto de adornos y cosméticos.

El adorno en la mujer responde á un sentimiento estético, el del embellecimiento de sus encantos naturales, que aprecia de acuerdo con las ideas convencionales de su tiempo. Desean parecer hermosas, bellas ! Pero definamos primero : ¿ qué es belleza ?

Es imposible definir un tipo invariable de lo que debe considerarse bello, pues las diferentes naciones y aun los individuos le asignarían caracteres diferentes. Si consideramos la belleza en la mujer : para unos, sólo las rubias son bellas, y otros prefieren las morenas ; no hablemos de los eclécticos que las aceptan de cualquier pelo y como se presenten. En Oriente y en los pueblos asiáticos una mujer hermosa debe tener ojos pequeños, nariz chata, pómulos salientes, pie chico y una gordura más que regular. Para los habitantes de las regiones frías las mujeres bonitas deben tener un cútis blanco azulado ó por lo menos amarillo ; algo que recuerde á la leche y á la manteca que de ella se saca. En algunos países son muy apreciados los dientes negros y los cabellos blancos. Entre ciertas gentes se aprecian muchísimo las deformaciones craneanas : se encantan de una cabeza cuadrada, otros admiran la piramidal.

Tanta anarquía de apreciaciones sobre una misma cosa nos conduce á deducir que la belleza, como la moda, es puramente convencional y que debemos aceptar muchos tipos de belleza y cuantas variedades de ellas quieran formarse según los gustos dominantes.
— *De gustibus non est disputandum !*

Por otra parte es de conveniencia general proclamar muchos tipos de belleza, determinados por los gustos y los ideales de cada cual. Si se procediese diversamente resultarían graves inconvenientes sociales. Téngase presente lo que decía un griego algo viejo : « es una fortuna para mí, que la opinión pública no sea uniforme, pues si así fuera, tendría la eterna pesadilla de que mi mujer gustara á todo el mundo ».

Ahora, convengamos en lo que debe tenerse por bello y acerca de los medios de conseguir sino la belleza absoluta por lo menos una belleza relativa convencional á que tiene derecho de aspirar todo el mundo, sin violar los ajenos ni lastimar sentimientos estéticos, originar críticas, ni exponerse á ser considerado como una caricatura de la naturaleza.

La bellezas de las formas es un dón de la naturaleza, pero el arte algo hace también para conseguirla, y sus buenos oficios son usados para ajustar el cuerpo á determinadas exterioridades consideradas convencionalmente como bellas.

El rostro es muy poco susceptible de reformas ; cada cual debe contentarse con la cara que tiene. Pero las mujeres poco favorecidas por la naturaleza en el rostro, han conseguido hacerse admirar por la belleza de sus formas.

Éstas se adquieren desde los primeros años, siguiendo la práctica natural que indica el sentido común, de dejar desarrollar y crecer los órganos sin trabas. Debe ser proscripto el uso del corsé y de las ataduras extemporáneas. El primer propósito de las madres de familia debe ser el de cuidar la salud de sus hijos poniendo en práctica los preceptos elementales de la higiene, echando mano del recurso de la gimnasia y del ejercicio moderado, que usados racionalmente operan prodigios desarrollando armónicamente los órganos y dando al organismo un aspecto de floridez que no consiguen los remedios, ni la ortopedia, que en lugar de bellas mujeres, sólo consigue armar *muñecas*.

El corsé no debe ser un aparato ortopédico para ajustar á un ideal

dudoso de belleza, el cuerpo de una joven que se deforma cruelmente en obsequio á un convencionalismo que por otra parte varía de año en año — y que es causa de muchos males orgánicos, más tarde sin remedio.

Compárese el hermoso cuerpo de la Venus de Milo, con el que *se forma* una mujer que usa *corsé*. — Esto debe hacer reflexionar seriamente á las mujeres inteligentes.

Téngase sobre todo presente que la base fundamental de la belleza en la mujer es la tersura y morbidez de la piel. Para conseguirla no se necesitan cosméticos, no se precisan remedios sino tres cosas muy sencillas al alcance de todas: *temperancia, gimnasia y limpieza*. Sin la primera la mujer más hermosa pagaría muy pronto con su salud los excesos que cometiera. El ejercicio moderado conserva la salud y la limpieza más rigurosa es el medio más apropiado para mantener la belleza del cutis. Los baños tibios ó templados son los mejores amigos de la morbidez de la piel; y la bañera un mueble más útil para la mujer que el mismo espejo, por más que á éste le tenga por confidencial consejero.

Los que descuidan estos medios naturales de adquirir las manifestaciones exteriores de la belleza recurren ordinariamente á los artificiales. Del empleo de estos resulta el *Arte de los Cosméticos* y adornos (el *mundus muliebris* de los Romanos), arte que se pierde por otra parte en las épocas más remotas de la historia.

Definamos desde ahora esta palabra *Cosmético*, que significa *adorno* y designa todo lo que contribuye á embellecer al cuerpo humano. Se llamaba *Cosmeta* al mucamo nuestro, encargado de cuidar la limpieza y adornos de los vestidos del amo, y vijilaba á todo lo referente al *ars ornatricis*.

Se llamaban *commóticos* todos los medios usados para corregir las imperfecciones naturales ó reparar los estragos de la edad ó de las enfermedades sobre el cuerpo. — Ahora una cosa se ha confun-

dido con otra, por la dificultad que hay siempre de distinguir el uso del abuso que se hace de ella.

El empleo de los cosméticos verdaderos es tan antiguo como el hombre; respondía á las primeras manifestaciones de limpieza: horror á la suciedad. Esta misma costumbre se encuentra en los pueblos salvajes según las relaciones de los viajeros antiguos y de nuestros tiempos que los han visitado.

El uso de los baños para la limpieza del cuerpo ha tenido en todos los pueblos grande aceptación, y sobre todo en el Romano, en el cual los baños públicos y privados, que podemos aún admirar, son verdaderos monumentos.

Sin embargo, el jabón ese detergente y elemento de limpieza de nuestros días, les era desconocido; su uso lo aprendieron de los pueblos germánicos. Los pueblos latinos usaban el agua caliente, la lejía y á ella volvieron durante toda la noche de atraso y obscuridad en que quedó envuelto el mundo durante la Edad-Media. Sólo después del siglo XIII, en el Renacimiento italiano, volvió á presentarse el jabón como elemento de civilización. Liebig dice con razón, que se puede juzgar en la actualidad del estado de adelanto y cultura de un pueblo por la cantidad de jabón que gasta.

Después de la limpieza de las manos y del cuerpo, indudablemente lo que ha interesado primeramente á los individuos y á los pueblos es el cabello. Su arreglo, debe haber preocupado, desde la infancia de la humanidad, á la especie humana. La manera de disponerlo al rededor de la cabeza, á la que sirve de protección y de adorno, debe haber sido uno de los cuidados de los primitivos hombres. Los que arreglaron de una manera más conveniente el cabello, fueron los primeros artistas. Estos se inspiraron en la moda de aquellas edades, dando las primeras pinceladas de la historia de la civilización y del buen gusto. La India, el pueblo históricamente más antiguo de la humanidad, tiene su poema, el *Ramayama*, el que hablando de las mujeres dice: « *ni una sin pendientes, ni una*

sin corona, sin collar, sin fragancia de olores, ni una sin vestidos preciosos ».

Ovidio los llama « indios peinados » : *Depexos crinibus Indos*. Sabemos también que se pintaban las cejas con antimonio y se teñían con azafrán y otros colorantes.

De otro pueblo antiquísimo, el Egipto, sabemos por Deodoro de Sicilia que el rey Meris (2200 años antes de Cristo) gastaba la renta del lago que lleva su nombre en los afeites de su mujer.

La estimación que se hacía de la cabellera entre los Egipcios, se hace patente por la leyenda de la reina Bereniz que, por salvar á su esposo Tolomeo, ofreció su cabellera, la prenda más estimada de una mujer, después de la vida.

Las antiguas Egipcias usaban ungüentos numerosos para teñirse y untarse el cuerpo y perfumarlo ; otro tanto hacían para los cabellos. Esta fama no ha disminuido en épocas posteriores. Herodoto menciona un ungüento llamado *kiki*, preparado por medio de la planta *Sillicyprium* y que era un perfume muy fuerte. Apuleyo (Met. II) recuerda las *guttae arabicae* hechas con goma, y no es de extrañar este uso cuando se piense en que empleaban hasta la sangre de los animales para encrespase el pelo, según lo refiere *Lucano* (Pharsalia X, 128). La costumbre de embadurnarse la cara era habitual en las Egipcias y usaban una paleta con tres colores : blanco, negro y verde. El blanco servía para pintarse las uñas, con el negro las cejas y con el verde claro se pintaban los párpados para darse un aspecto sentimental, que es tan buscado en cierta edad de la vida.

Recientemente el profesor Ad. Baeyer ha tenido á su disposición algunas momias de Egipto : la princesa Ast de los Faraones y las de algunas mundanas de Tebas y Menfis. Ha podido comprobar, por análisis cuidadosos que se cubrían el cutis con carbonato de plomo, creta y harina.

Nada decimos de los adornos y de las joyas, tanto más usadas cuanto más liviana era la mujer que las cargaba.

Las clases inferiores y aún las medianas, usaban para sus niños y también para los adultos un modo de llevar la cabeza completamente desprovista de pelo, afeitada. Expuesto de esta manera á los rayos solares, el cráneo, en su parte ósea, adquiriría gran desarrollo; Herodoto, visitando el campo de batalla en que Cambises venció á Psamético, dice que podían distinguirse perfectamente los cráneos de los Persas por la facilidad con que eran rotos, hasta por piedritas menudas, mientras que los de los Egipcios resistían perfectamente á la rotura, aun arrojándoles piedras. Agrega Herodoto que la causa de esta diferencia residía en las costumbres diferentes de ambos pueblos, « los Egipcios empiezan desde chicos á rasurarse la cabeza, y su cráneo endurece al sol, hábito que los preserva de la calvicie, y raros son los calvos entre ellos. He aquí por qué los Egipcios tenían cráneos duros; los de los Persas, en cambio, eran frágiles, porque desde la niñez se criaban en la molicie y llevaban sombreros de fieltro y tiaras.

Los Israelistas eran un pueblo propenso á los placeres sensuales, se adornaban y perfumaban profusamente con mirra, aloes, casia y cinamomo. Adornaban el cabello y lo untaban con ungüentos y esencias preciosas. María de Magdala untó la cabellera de Jesús y rompió la vasija de alabastro que contenía el ungüento, con marcado descontento de los presentes, que miraban con sentimiento la pérdida de ese cosmético precioso. Los cabellos de la Magdalena han sido objeto de ejercicios pictóricos. Los cabellos de Sansón, de Absalón eran símbolo de fuerza y de belleza, Judit confió á los adornos de la cabeza una gran parte del éxito de su empresa para matar á Holofernes. En el pueblo Israelista el cuidado de la barba y del cabello tenía grande importancia y aún esta raza conserva esta tendencia; recuerdo entre nosotros un médico judío, muy bueno, muy servicial y muy sucio, pero que nunca dejaba de ostentar una bella barba y una aceitada cabellera. Jeremías (C. 48) al amenazar al pueblo Hebreo le decía que *Dios los privaría* de la barba y del cabello. Exequiel (C. 7 y 27) les dice lo

mismo; Isaías (C. 7 y 15) amenaza de igual manera á Asiro y al pueblo moabita. Miqueas (C. I) dice que toda la Judea quedaría calva, « como las águilas se despluman en su vejez », y Amos (C. 8) predice igual cosa al pueblo de Israel. Eliseo fué vengado cruelmente por los osos, de unos muchachos que lo habían burlado por su calvicie. Largo sería enumerar todos los pasajes de la Biblia respecto de adornos femeniles. En los libros de los Profetas, Jeremías (IV. 30) refiriéndose al arte de los cosméticos dice: « Y tú infeliz, qué harás? aunque te vistas de escarlata, te adornes con oro, te embadurnes con antimonio, en vano te embelleces. Te aborrecen tus amantes, ellos quieren tu muerte. » La mujer de Israel, descrita por los Profetas, era la del séptimo siglo antes de Cristo. Durante la esclavitud de Babilonia había perdido muchas de estas costumbres, pues en el decálogo de Esdras á los cautivos, que aún quedaron después del edicto de Ciro, en 536 antes de Cristo, había los dos mandamientos siguientes:

El octavo, que ordenaba á las mujeres se peinaran cuidadosamente en el baño; y el noveno, permitía á los mercaderes pasearse por las poblaciones para que las mujeres pudiesen comprar perfumes y adornos para celebrar el Sábado y poder así gustar á sus maridos (Buxlorsius, *De Synagoga*, c. IX).

Todas estas citas demuestran el cariño y respeto que tenían los Israelitas para los cabellos y para la barba. Esta última era cosa sagrada; David hizo la guerra á los Amonitas por haber cortado la barba á sus embajadores. Se consideraba este acto el ultraje mayor, y besarla, el signo de respeto y el homenaje de mayor honor.

Más apegados á los adornos y cosméticos fueron los Fenicios, Caldeos y Asirios, Medas, Persas y demás pueblos del Asia Menor.

Los Griegos de la antigüedad fueron hábiles creadores de adornos. Los mismos Dioses eran sensibles á sus encantos. Homero nos describe en la Iliada el cuidado que ponía Juno para adornarse y cautivar á su inconstante esposo. Júpiter es representado siempre por

los artistas griegos con sus majestuosos *crobylos* ó sea el *jopo*, que hacía la delicia nuestra á mediados de este siglo.

La cabellera y la barba perfumadas, desparramándose en guedejas ensortijadas constituían la expresión más acabada de la majestuosa belleza. La ambrosía, alimento de los dioses, era al mismo tiempo perfume agradable. Homero en la Odisea (iv, 445) pinta á Idotea, hija de Nereo, acercando un vaso de ambrosía á Menelao y sus compañeros para neutralizar el olor nauseabundo de las pieles de foca sobre las que se habían sentado.

Apolo era denominado « el intonso » como signo de su eterna juventud y belleza. Aquiles sacrifica su rubia cabellera y como símbolo de supremo cariño la entrega al cadáver de su amigo Patroclo.

Licurgo, ordenaba á los Lacedemonios dejar crecer el cabello para que aparecieran más majestuosos, más terribles y más fieros de su libertad. Herodoto dice que los espartanos se adornaban el cabello cuando debían exponer su vida por la patria.

En algunos pueblos griegos la cabellera cuidadosamente formada se dedicaba á algún Dios y llevaban entonces los cabellos cortos, pero nunca del todo, pues esto era signo de esclavitud.

Las mujeres que en Grecia dictaban las leyes del buen gusto y de la elegancia eran las *Eteras* ó las antiguas *Jerodulas*, siervas del Templo de Afrodites, inmortalizadas en la historia griega por Lena que se cortó la lengua para no revelar la conjuración de Armodio y Aristogetón; Aspasia de Mileto que gobernó Atenas con Pericles; Lais amante de Alcibiades; Tais de Alejandro el Grande y Friné la Venus Anadiomene resucitada, é inmortalizada por Apeles y Praxiteles.

Todas estas árbitras de la moda usaban de los cosméticos y de los adornos, como ampliamente lo comprueban los autores de la época. En la decadencia griega estas prácticas se habían extendido á los hombres. Luciano, este incisivo precursor de Voltaire y de Heine, describe en los Diálogos de « los amores », por boca de Calicrátides, las griegas de su tiempo.

« ¿Qué hombre de sano juicio podría sufrir á una mujer que desde la mañana añade mil artificios á su forma natural, fea de suyo, y corrige con adornos postizos lo que por la naturaleza es repulsivo en ella? »

« Quien viese á las mujeres cuando se levantan del nocturno lecho, las juzgará más feas que esos animales, cuyo nombre es por la mañana de mal agüero. Por eso se encierran cuidadosamente y no se dejan ver de hombre alguno. Una turba de viejas y criadas, tan feas como el ama, la rodean dándole las drogas que han de disimular sus fealdades. Porque no hacen desaparecer en un raudal de agua limpia la pesadez del sueño, antes de dedicarse á alguna ocupación seria, sino que emplean mil composiciones para hacer agradable el color desentonado de su cutis. Las servidoras de su tocador, como en una procesión pública, tienen todas algo en la mano: agua-maniles de plata, jarras, espejos, cajas, en mayor cantidad que en la oficina de un boticario, vasos sinnúmero, llenos de drogas pérfidas, tesoros para blanquear los dientes y ennegrecer las pestañas.

« Pero la mayor parte del tiempo y del trabajo se consume en el aliño del cabello. Unas, por medio de drogas, que prestan á los rizos el brillo del sol meridiano, los tiñen como lana y les dan un tono rubio con perjuicio de sus naturales matices: otras, que gustan de cabellos negros, se gastan la hacienda del marido en perfumarlos con todas las esencias de la Arabia; y, con hierros calentados en un fuego suave, obligan á los cabellos á retorcerse en anillos, que dirigidos con arte bajan hasta las cejas, dejando descubierto un dedo de frente » ...

El deseo de aparecer hermosas, no fué, pues, una de las menores preocupaciones de las mujeres de la Grecia y, si se tiene en cuenta el alto precio de los aromas y afeites en aquella época, puede decirse que los gastos de las casas en este ramo fueron muy superiores á los de la época nuestra. Ateneo, por medio del cómico Alejo, nos dice « que se ocupan de modelar su estatura al tipo convencional aumentando el número de suelas de los zapatos ó adelgazándolas convenien-

temente, subiendo ó bajando la altura de los cabellos, rellenándose las caderas para formarse un *cypigia* artístico, senos artificiales, un vientre disminuido con resortes, la cara pintada y embadurnada, tratando siempre de descubrir, lo mejor posible, las partes del cuerpo que no necesitan adornos » ...

Dice Jenofonte que el costo de los perfumes usados, daba la medida de la fortuna de los maridos y de los anfitriones de los banquetes en que se usaban como accesorio de importancia.

En balde Sócrates predicaba que el único perfume que conviene al hombre era la honestidad y la virtud, y los que resultan en su cuerpo, de los ejercicios de las artes « *las mujeres griegas deben preferir á todo olor el olor de los que luchan, cuando lo encuentren! y si no, ningún olor, y esto será mejor* » .

Los Sócrates de entonces, como los de ahora sembrarán siempre sus palabras en un aire traicionero ; esos vientos quizá cuando, llevarán esas máximas á un terreno que las haga fructificar!

Cada ciudad griega tenía su *myropoléion* ó mercado de ungüentos, en los que se ejercitaba el arte de la extracción de las esencias, con procederes que han sido perdidos para la práctica en la negra noche de la Edad Media.

No era de menor importancia para la mujer griega el arte del *tékne commotiche*, es decir el arte de embadurnarse todo el cuerpo. Se usaba mucho con este objeto de las algas (*fucus*), como de la Ancusa (*Anchusa Tinctoria*), con la que, según Jenofonte, las mujeres se teñían las mejillas. El mismo habla de una especie de albayalde que llamaban *psimithión*. La mujer ateniense relegada en el fondo del gineceo, sin los ejercicios saludables de la gimnasia, debió realzar los colores pálidos de su rostro, para conservar por lo menos las apariencias de una floridez en decadencia. En la tumba de una mujer, descubierta en Olbia, se encontraron restos de colorinches contenidos en una concha. Los griegos, como los indios americanos, sepultaban sus difuntos con objetos de uso ordinario, para que los emplearan en caso necesario, según las ideas que tenían de la

vida ulterior: eterna fantasía siempre viva en las tradiciones de los pueblos de ambos continentes.

El poeta Ione de Chios, de los tiempos de Pericles, menciona el uso del antimonio para hacer resaltar la hermosura de los ojos, y con esta preparación la Venus de Chipre se pintaba el «amable ángulo de los ojos». En estos excesos incurrían también los hombres!

Los hombres, para sus afeites, recurrían al barbero, que ha conservado en nuestros días el tipo de los de entonces, según las relaciones que tenemos de la época. En sus epístolas Alcifrón nos dice: «Observa cómo me ha puesto ese maldito barbero de allí, ese charlatán que me planta frente á un espejo de Brindis, cría cuervos sabios y hace música con palitos. Voy á hacerme afeitar, me recibe lleno de atenciones, me hace sentar sobre un sillón alto, me cubre con un paño limpio, me pasa la navaja con suavidad por la mejilla y pone en ésto toda su malicia para que tenga que recurrir frecuentemente á su casa». El mismo Alcifrón nos hace saber que el modo de afeitarse señalaba hasta las sectas filosóficas: los estoicos llevaban barba corta; los peripatéticos tenían su barba entera; los epicúreos no desdeñaban los adornos y cuidaban mucho su barba, y los pitagóricos «llevan los cabellos ensortijados y largos y barba cuidada y de forma cónica». Aristófanes y Luciano nos enseñan que el uso de la peluca en las mujeres y hombres era conocido de los griegos.

Los griegos tenían el pelo negro, pero el de moda era el rubio y de ahí el empeño de teñirlos de este color. Menandro reprende las griegas sobre esta costumbre y dice: «una mujer formal no debe teñir de rubio sus cabellos».

Aunque hemos englobado para toda la Grecia el arte de los cosméticos en sus usos y abusos, creemos que debe hacerse distinción entre las diferentes regiones, como lo hace el mismo refrán griego: «Los Lacedemonios se adornan el cabello, los Aticos lo arruinan».

En esta reseña llegamos á los Romanos, pueblo que se formó después de la decadencia de los Etruscos y que tenía todas las condiciones de virilidad y de virtud que le llevaron á dominar el mundo. Sus mujeres compartían abnegadamente con sus esposos las fatigas y los sinsabores de su primera época de pobreza; aprovecharon después los frutos de las conquistas, se asimilaron con los esclavos costumbres y vicios, que poco á poco llegaron á corromper todo el organismo del imperio, invadiendo lentamente de abajo arriba todas las capas sociales. Roma, en la época de su apogeo, llegó á ser el receptáculo y el hormiguero viviente de todos los vicios y depravaciones del universo. Las mismas mujeres romanas, que después de los reveses de la segunda guerra púnica llegaron hasta barrer con sus cabellos los templos, para aplacar y propiciarse la ayuda de sus dioses; que habían entregado sus trenzas para tejer cuerdas para los arcos que habían de lanzar flechas en contra de los enemigos de la patria; esas mujeres, como todas, siempre las primeras en el sacrificio, se mostraron igualmente precoces en el deseo de adornarse y aparecer bellas, cuando la fortuna acarició las armas de Roma. Las sencillas mujeres romanas de la República engendraron hijos pretensiosos y tuvieron los nietos abominables del Imperio. En la pendiente de las decadencias los pasos se agrandan en proporción geométrica.

Cuando Aníbal amenazaba Roma; *in medio ardore belli punici*, dice T. Livio, bajo el consulado de Quinto Favio y Tito Sempronio, el tribuno de la plebe Cayo Oppio hizo votar una ley por la que: ninguna mujer podía adornarse con más de media onza de oro, llevar vestidos de púrpura y usar coche á más de mil pasos de la ciudad, sino para los sacrificios públicos. La ley Oppia fué observada durante *veinte años*.

Las matronas romanas, después de pasados los peligros, promovieron una campaña en contra de esa ley. Marco Fundiano y Lucio Valerio, tribunos de la plebe, pidieron la abrogación de la ley Oppia (558 años de la fundación de Roma). Los tribunos Marco y Publio

de Junio Bruto se oponían á la abrogación de esta ley y Marco Porcio Catón *el Censor*, en vista del movimiento mujeril, que no había podido ser contenido en Roma, ni por el empeño de los padres de familia, ni por la autoridad, ni aún por la (*verecundia*) vergüenza, que las mujeres deben á sí mismas como homenaje á su propio sexo, pronunció un discurso en el Senado que Tito Livio nos ha transmitido y que vale la pena transcribir :

« Si cada uno de nosotros ¡oh romanos! hubiese cuidado de observar con relación á su esposa sus derechos y dignidad de marido, no tendríamos que luchar hoy con todas las mujeres. Pero después de haber triunfado de nuestra libertad por la violencia en el interior de nuestras casas, vienen al Foro á aplastarla y á pisotearla; y por no haberlas sabido resistir en particular, las vemos todas reunidas en contra nuestra. Confieso que había considerado siempre como fábula aquella conspiración tramada por las mujeres de cierta isla contra los hombres, cuya raza exterminaron. Pero no hay nadie que pueda hacernos correr mayores peligros, cuando se toleran sus reuniones, sus tramas y sus secretos manejos. No sé en verdad qué es más peligroso, si el asunto en sí mismo ó el ejemplo que dan las mujeres. De estos dos puntos, el uno nos atañe á los cónsules y magistrados; el otro ¡oh romanos! os pertenece más especialmente. Vosotros habeis de decidir con vuestro voto si la proposición que se os somete es ventajosa ó perjudicial á la República. En cuanto á esa tumultuosa reunión de mujeres, haya sido espontánea ó la hayais promovido vosotros M. Fundanio y P. Valerio, es indudable que la falta debe atribuirse á los magistrados; pero no sé si esta vergüenza debe recaer sobre los tribunos ó sobre los cónsules. Sobre vosotros si habeis tomado á las mujeres por instrumentos de vuestras sediciones tribunicias; sobre nosotros, si la retirada de las mujeres nos hace, como en otro tiempo la del pueblo, adoptar la ley. Confieso que con rubor he atravesado hace un momento una legión de mujeres para llegar al Foro; y, si por respeto y consideración á cada una de ellas en particular, más bien que á todas en general, no hubiese querido

ahorrarlas la vergüenza de que las increpase un cónsul, las hubiese dicho : ¿Qué manera es esta de presentaros en público, obstruir las calles y dirigiros á hombres que no conoceis? ¿No podíais cada una en vuestra casa hacer esta petición á vuestros esposos? ¿Confiais más en el efecto de vuestros atractivos en público que en particular, sobre los extraños que sobre vuestros maridos? Y si os encerraseis en los límites de la modestia que conviene á vuestro sexo ¿deberíais ocuparos ni en vuestra casa de las leyes que se adoptan ó abrogan aquí? Nuestros abuelos querían que las mujeres no se mezclasen en ningún asunto, ni siquiera particular, sin autorización expresa, encontrándose bajo la potestad del padre, del hermano ó del marido. Y nosotros ¡oh Dioses! les permitimos tomar en sus manos la dirección de los negocios, venir al Foro y mezclarse en las discusiones y en los comicios. Porque hoy, al recorrer las calles y plazas, ¿qué otra cosa hacen que apoyar la proposición de los tribunos y abrogar la ley? Soltad la rienda á los caprichos y pasiones de ese sexo indomable, y esperad que, á falta vuestra, ellas mismas pongan límite á sus arrebatos. Esta prohibición es la menor de las que las mujeres sufren con impaciencia al verse sujetas por las costumbres ó las leyes. Lo que desean es la libertad más completa, ó mejor dicho, la licencia, si hemos de llamar las cosas por su nombre. Que triunfen hoy, sus pretensiones no tendrán ya límites.

« Recordad las leyes con que nuestros mayores reprimieron su audacia é intentaron someterlas á sus esposas : con todas estas sujeciones apenas podeis contenerlas !...

« Quisiera saber, sin embargo, por qué motivo las matronas romanas recorren así la ciudad tan desoladas... ¿Vienen á pedir el rescate de sus padres, de sus esposos, de sus hermanos cautivados por Aníbal? Estas desgracias están lejos de nosotros... Porque en fin, ¿qué pretexto pueden hacer valer para excusar este motín de mujeres? — Se me responde : « queremos presentarnos brillantes de oro y de púrpura y pasear por la ciudad en los días festivos y en los demás días, en carrozas de triunfo, como para ostentar la victo-

ria que conseguimos sobre la ley abrogada, sobre vuestros votos sorprendidos y arrancados; no queremos que se pongan límites á nuestros gastos ni á nuestro lujo! » Con frecuencia me habeis oído deplorar los gastos de las mujeres... frecuentemente he repetido que dos vicios contrarios, la avaricia y el lujo, minaban la República... En tiempo de nuestros mayores, enviado Cineas por Pirro trató de seducir con regalos á los hombres y hasta á las mujeres. No existía aún la ley Oppia para reprimir el lujo de las mujeres y, sin embargo, ninguno aceptó. De la misma manera que las enfermedades se conocen necesariamente antes que los remedios que pueden curarlas, así nacen las pasiones antes que las leyes destinadas á refrenarlas... No debe, pues, extrañarse que no se necesitase ley Oppia, ni ninguna otra, para limitar los gastos de las mujeres en una época en que rechazaban la púrpura y el oro que venían á ofrecerles. Que Cineas recorra hoy la ciudad, y las encontrará á todas dispuestas á recibir galas. Confieso que hay caprichos que no puedo explicar... Si se permitiese una cosa á una y se prohibiese á otra, quizás habría motivo para experimentar natural sentimiento de vergüenza y de cólera. Pero cuando la prohibición es igual para todos ¿qué humillación puede experimentar nadie? Debilidad censurable es avergonzarse de la economía ó de la pobreza; pero la ley os pone al abrigo de este escollo, prohibiándoos tener lo que no tendríais. ¡ Pues bien! dirá la mujer rica, esa desigualdad es la que no puedo tolerar. ¿ Por qué no se me ha de permitir que vista oro y púrpura? ¿ Por qué se oculta tan perfectamente á la sombra de esta ley la pobreza de las otras, que podría creérselas en estado de tener lo que no tienen, si no existiese la prohibición que existe? Romanos, contesto yo, ¿ quereis establecer entre vuestras esposas una rivalidad de lujo, que lleve á las ricas á emplear adornos que ninguna otra pueda llevar, y á las pobres á gastar más de lo que permiten sus recursos para evitar tan humillante diferencia? Creedme, si se avergüenzan de lo que no es vergonzoso, no se avergonzarán ya de lo que realmente lo es. La que pueda, comprará

adornos, la que no pueda, pedirá dinero á su marido. ¡Desgraciado del marido, entonces, que acceda y del que no acceda! Lo que él niegue lo dará otro.

«¿No se les ve ya acercarse á hombres que no conocen, y lo que es peor solicitar una ley, votos, triunfar de algunos, sin cuidarse de vuestros intereses, de vuestro patrimonio y de vuestros hijos?... el lujo sería más soportable si nunca se le hubiese atacado; pero ahora tendrá toda la energía de una fiera irritada por las ligaduras y desencadenada después. Mi opinión es que no debe abrogarse la ley Oppia.»

L. Valerio contestó en seguida al discurso del Censor, hablando en favor de la abrogación de la ley.

Después de estos discursos en pro y en contra, lejos de convenirse las Romanas hicieron una nueva manifestación, ayudadas por una multitud que en masa compacta fué á pedir á las casas de los *Brutos* que cesaran su oposición y no se retiraron hasta que los tribunos prometieron abstenerse. Debilidades del momento! Tal vez sembraron ellas la mala semilla que trajo más tarde la decadencia del poderío Romano, la invasión de los bárbaros y toda la época de atraso y de luto que cubrió la humanidad durante tantos siglos! — Grandes consecuencias de fútiles elementos de descomposición social, como lo es sin duda alguna el lujo y la afeminación que trae en los individuos y en la masa de las naciones.

¿Qué hubiese pensado Catón en los momentos que se abrogaba la ley Oppia, si hubiese presentido que en ese mismo Senado, cinco siglos más tarde, bajo el Imperio de Heliogábalo, debían ocupar su puesto las degeneradas matronas romanas, para discutir los adornos del cabello, las modas de los trajes, acerca de los coches y todo lo que el capricho de una fantasía de gente rica y desocupada podía aconsejarlas?

Los primitivos Romanos usaron los cabellos y barba largas, como lo prueban sus primitivas estátuas. Varrón nos hace saber que los

primeros barberos fueron traídos de Sicilia, 300 años antes de Cristo, por P. Ticinio Mena.

Su importancia llegó á ponerse á la altura de los servicios que prestaban á todo un pueblo que circulaba presuroso por la ciudad sin ningún adorno ni algo que cubriese su cabeza. No es extraño, pues, que el arte del adorno del cabello haya tenido grande importancia en Roma.

Un peinado artísticamente hecho no podía ser descuidado, ni maltratado fácilmente. Cicerón, equivocándose, decía de César : « cuando veo su cabello tan cuidadosamente peinado y á él, que se rasca con un dedo solo la cabeza para no descomponer su peinado, me hace el efecto de un hombre incapaz de trastornar la República ».

En los albores del imperio, la cosmética se ha elevado á la categoría de un arte : Ovidio nos ha transmitido muchos de sus preceptos : « Los cabellos deben ser arreglados con arte, pues una mano sabia puede dar ó quitar belleza al semblante... La mujer debe consultar con su espejo la disposición que mejor conviene... una cara larga exige cabellos sencillamente partidos en medio de la frente, así se arreglaba Loodamia. Una cara corta y redonda exige un peinado alto para que queden descubiertas las orejas... á otra le conviene llevar suelto el cabello, como Diana cazadora... Ah, mujeres, cuánto favorece la naturaleza vuestros encantos ; y podeis reparar los desperfectos de mil maneras ! Nosotros estamos indefensos y nuestros cabellos caen por la edad como las hojas que barre Bóreas : las mujeres en cambio pueden con yerbas germánicas teñir el cabello blanco y buscar por medio del arte un color más bello del natural. La mujer se ostenta con una espesa cabellera de cabellos comprados y con dinero remedia su deficiencia ; y ni tiene que avergonzarse de ello, pues se venden cabellos frente á los templos de Hércules y de las Musas ».

La manía de teñirse y untarse los cabellos no fué sólo de las mujeres de costumbres ligeras, sino de las matronas mismas. Ovidio en una de sus elegías dice á su amada :

« Telo había aconsejado « deja de embetunar tu cabello » y ahora ya no tienes cabellos que teñir; si hubieses hecho caso entonces, cómo estarían de fuertes y espesos! Te caían á lo largo de tu cintura... Aunque esos cabellos eran finos como la seda, cuántos tormentos é injurias no han soportado! Cómo se han sometido pacientemente al fierro y al fuego para formar rulos! Yo gritaba: « es un delito, un delito quemar esos cabellos llenos de gracia natural: cruel! ten compasión á tu cabeza, déjalos intactos, no quieren fuego; los cabellos mismos resisten al calamistro!—Ha caído esa bella cabellera que hubiese envidiado Apolo, que hubiese deseado Baco para su cabeza y que sólo era comparable á la de Diones, como se ve pintada desnuda y sosteniendo con su mano mojada sus cabellos. » — ... Has sufrido por culpa y por obra tuya una pérdida. Tú misma has suministrado á tu cabeza el veneno, y ahora la vencida Germania te manda sus cabellos, y debes aceptar el regalo de una nación sometida. Oh, cuántas veces te sonrojarás al oír alabanzas por tu cabellera! y dirás: « ¿ gusto con cabellos comprados? » este alaba en mí no sé cual mujer Sigambra. Oh! me trae esto á la memoria el tiempo en que esas alabanzas me correspondían de veras! »

Estos abusos del tocador de las señoras romanas habían sido ya criticados por Terencio, quien llega hasta decir que el trabajo que tienen en el tocador las mujeres, sólo es comparable al de armar un navío, que no se acaba nunca.

Una romana empleaba muchas siervas para el oficio de su tocador, llamadas *cosmetas*. Entre estas la primera era la *ornatrix*, encargada de la dirección y adorno de la cabeza de la señora. Una *ornatrix* era una profesionista; debía adquirir su ciencia y práctica en escuelas especiales: para dar una idea de la importancia de la *ornatrix* basta recordar que las que presidían el tocador de Venus, según la mitología, eran *las Gracias*. Tenían por ayudantes las *ciniflones* ó *cinerariae*, pues su oficio consistía en calentar en braseros los fierros destinados á dar forma á los cabellos.

El tocador de una romana estaba situado en la parte más reser-

vada de la casa, profusamente adornado con muebles y pinturas relativos al arte cosmética, abundantemente provisto de los más exquisitos perfumes : ambar, nardo, casia, cinamomo, mirra, etc. — Los escritores de la época nos pintan á estas matronas sentadas en su tocador, rodeadas de las esclavas : una con un espejo, á su lado la ornatrix, siempre expuesta á recibir una herida, que la veleidosa patrona le infería con la aguja crinal, especie de instrumento metálico destinado á mantener recogidas las trenzas, antes de recibir la disposición definitiva.

De los instrumentos de tocador, peines, vasos de unguento, tijeras, pinzas, etc., nos han llegado numerosos ejemplares, que se admiran por su riqueza en los museos de antigüedades romanas.

De estos refinamientos en el arte cosmético no se excluían los hombres mismos. Marcial, en sus epigramas, nos habla de un calvo que no contento de la peluca, se hacía pintar pelos sobre el cráneo desnudo! Rango, *De Capillamentis*, 192, admite la verosimilitud del hecho y recuerda un pintor amigo suyo, muy pobre, que se pintaba en las piernas *las medias de que carecía!* ¡Á todos esos excesos nos conduce la tendencia de la humanidad *de aparecer lo que no somos!*

Un padre de la iglesia, el gran Tertuliano, escribió con acritud en contra « del arte de embellecer á las mujeres ». Con el tono de los predicadores modernos, sus imitadores, fustiga á los que usan y abusan de los cosméticos y no me parece impropio al tema que tratamos de presentar algunos párrafos.

« Veo algunas mujeres que se ponen rubias : éstas se avergüenzan de su nacionalidad, de no haber nacido en Germania ó en la Galia ; á la patria anteponen los cabellos. Dan muy pocas esperanzas esas cabezas rubias, que creen bello lo que han contaminado. La naturaleza misma de estos colores causa un daño al cabello, y el uso continuado afecta el cerebro mismo... ¿Adónde está la belleza, cuando hay un peligro de por medio? ¿Adónde está la belleza entre estas porquerías? Nuestro Señor mismo ha dicho : ¿quién de voso-

tros puede cambiar negros en blancos, y los blancos en negros? Estas mujeres de cabezas rubias quieren enmendar la plana á Dios y dicen : nosotras de blancos ó negros los hacemos rubios para que sean más graciosos ! Pero no se contentan con esto, y de rubios los ponen negros, como si se avergonzaran de haber tenido la suerte de llegar á la vejez ! Qué temeridad ! Se sonrojan de haber llegado á una edad á la que todos aspiramos alcanzar, se confiesa haberla conseguido sin méritos, y se suspira por una juventud llena de errores y se ridiculiza una edad que nos da la oportunidad de mostrarnos serios. Oh ! que semejante locura se aleje de la mente de las mujeres de juicio : y tengan presente que la vejez tanto más se descubre, cuanto más empeño se pone en ocultarla. »

Tertuliano, en sus escritos, impugna el uso de las pelucas, muy empleado por las mujeres y los hombres de Roma, cuando no era de moda el color de sus cabellos ó por causa de desnudez del cráneo. La peluca se llamaba : *Coma adulterina, addititia, capilli positi, capillamentum, crines empti, galericulus, galerus*, en cuyos dos últimos nombres debemos reconocer al *sombrero*, las *galeritas* y las *galeras*, que por un extraño atavismo lingüístico ha conservado el idioma español, para señalar esas chimeneas poco estéticas con que se adorna el hombre de nuestra época, en lugar del *crobylos* griego, *caliendrum* romano, algo semejante al *jopo* ó al *toupet* de los franceses, hechos con el pelo propio ó prestado y usado para dar una majestuosa apariencia á una cabeza muchas veces vacía !

Los antiguos pueblos germanos se distinguían por sus largas barbas y cabelleras de un rubio subido, que eran la envidia de las mujeres de Roma, y que trataban de imitar con artificios del arte cosmético. No usaban sino el jabón para limpiarla, cuando lo hacían, pues Ovidio, hablando de los bárbaros, comparó sus cabelleras á una selva obscura y sucia de pelos.

Pasemos á los pueblos americanos.

Según el Padre Sahagún, los Mexicanos « usan traer los cabe-

llos largos hasta la cinta y otros los traían hasta las espaldas, y otros los tenían largos de una y otra parte de las sienes y orejas y toda la cabeza trasquilada. Otros traían los cabellos torcidos con hilo prieto de algodón y los tocaban á la cabeza, y así lo usan hasta ahora, haciendo de ellos como unos cornezuelos sobre la frente. Otros tienen más largos los cabellos y cortan igualmente el cabo de ellos por hermosearse, y en torciéndolos y atándolos parecen ser todos iguales, y otros se trasquilan toda la cabeza. Usan también las mujeres teñir los cabellos con lodo prieto ó con una yerba verde que se llama *xiuhquilitl* por hacer relucientes los cabellos, á manera de color morado, y también limpian los dientes con color colorado ó grana: usaban pintar las manos, el cuello y el pecho ».

En el Perú, los hombres usaban trajes sencillísimos, las mujeres se vestían igualmente, traían sobre la camisa una túnica llamada *anaco*, atada á la cintura con una faja, el *chumpi*, y usaban un manto ó *lliclla* prendido por un alfiler, *tupu*. La cabeza era adornada por una cinta llamada *huincha* y el cabello arreglado en dos trenzas. Para conservarlo lo lavaban cuidadosamente y lo inmergían con infusiones vegetales.

Si volvemos á recorrer la historia de los cosméticos en Europa después de la caída del Imperio Romano, nos encontramos que la decadencia que trajeron las invasiones de los bárbaros en la intelectualidad, en la moralidad y en el bienestar social, influyó también sobre el adorno estético de las personas. Las cortes rebosaban de oro y de riquezas adquiridas por la conquista ó por el robo; pero la decadencia, en el buen gusto, había alejado ese arte fútil de los corrompidos, pero inteligentes dominadores del mundo. Un hombre fuerte valía muchos hombres de saber y los afeminados eran despreciados.

Si nos transportamos en el medio en que vivían los señores feudales hallaremos datos curiosos que nos han transmitido las crónicas de la época.

En esos castillos, cuyas fortificadas murallas y almenadas torres se levantan aún en las laderas de los valles que señalaban caminos ó en las aldeas que dominaban unas veces para ejercitar el robo y las exacciones sobre los pacíficos viajeros é infelices vasallos, se llevaba una vida salvaje. Todos ellos eran lujosos, llenos de riqueza mal habida, pero carecían de las comodidades más elementales, que forman el atractivo de la vida civilizada. El lecho monumental del *castellano* tenía cuatro colchones, pero éstos eran los únicos de la casa. Los hijos dormían sobre el duro asiento de las tarimas, ó cuando más utilizaban uno de los colchones de los padres. Nadie dormía solo, el señor tenía á su lado tendido en el suelo al siervo, la señora dormía en iguales condiciones con una vieja sirvienta, y en algunas casos ésta compartía el lecho mismo de la patrona, sin que la presencia del marido fuese un obstáculo. Las novelas de aquella época nos refieren episodios burlescos que nos comprueban el hecho. Ofrecer un puesto al lado y en el lecho mismo del dueño de casa, era signo de esquisita cortesía.

Los señores feudales aprendieron á bañarse durante las Cruzadas. Los trajes eran lujosos, pero se usaban poco, pues consta que se transmitían de madre á hija por varias generaciones. La ropa blanca se mudaba rara vez y el lavado de ella era de incumbencia de la señora de la casa y sus hijas, en días en que no había huéspedes. Las ventanas del castillo y sus almenas lucían entonces esos lienzos, que veían rara vez el sol.

El primer *naranjado-amarillo* de los círculos cromáticos de Chevreul, que es el color de una *naranja ordinaria*, se llamó color *Isabelino*. Diré en secreto á mis lectoras, que era el color de la *camisa* que doña Clara-Eugenia *Isabel* de Austria, hija de Felipe II, se sacó del cuerpo, cuando cayó en poder de su marido, el Archiduque Alberto, la ciudad de Ostenda después de tres años, tres meses y tres días de sitio ! Agregaré que este hecho, celebrado por los cortesanos y perpetuado en el arte cromático, era debido á una promesa !

Agréguese que comían con las manos, no conocían las servilletas

pero tenían grandes manteles y se lavaban las manos con aguas perfumadas con esencia de rosa, pues habían olvidado el uso del jabón. En cambio se perfumaban hasta el abuso y á cada instante.

En cuanto á los perfumes, agua de tocador, recetas para curar desperfectos naturales ó adquiridos, remedios, en fin, para todas las pequeñas miserias humanas, existían en manos de unos pocos. Los alquimistas, de mayor ó menor cuantía, ejercitaban el arte fructífero de prepararlos, expenderlos á los pudientes, únicos que tenían los medios de procurarse estos materiales, que venían siendo nuevamente una necesidad, á medida que se suavizaban las asperezas de la época incivil porque había atravesado la humanidad.

El *Theatrum Chemicum* y la *Bibliotheca Chemica* de Manget, que reasumen, bajo forma escrita y auténtica, toda la ciencia alquímica de la Edad Media, contienen fórmulas innumerables de preparaciones cosméticas que durante muchos años (algunos siglos) fueron transmitidas manuscritas ó de viva voz del alquimista al adepto ó al hijo, como medio de vivir ó de seguir la *obra* y la *experiencia* que pacientemente se continuaba por varias generaciones.

En el Renacimiento y con la invención de la imprenta, algunos médicos alquimistas escribieron libros que tuvieron sus ediciones especiales para el público, que buscaba estos conocimientos. Se titulaban *Libros de secretos* y se vendían á precios exorbitantes. Ahora mismo, tienen un valor crecido entre las curiosidades bibliográficas de esas épocas.

Poseo algunos, de que voy á dar cuenta brevemente : *Opera utilisima* di Arnolfo di Villanuova, *di conservare la Sanità*, in 8º, impresa en Venecia en 1549. Este libro curiosísimo es de un sabio español, italiano ó francés del siglo XIII, que fué notable bajo muchos conceptos, protegido de papas y perseguido por otros por sus ideas muy superiores á la de su época.

D. Alexii Pedemontani: De Secretis. Libri Sex. Basileae, 1559, in-8º. Este *Alejo piemontés* fué un formacópola italiano que vivió

en el siglo XVI. Este libro fué publicado en italiano en 1555. Su autor recorrió toda la Europa y atesoró numerosas fórmulas de remedios. Parece haber escrito bajo un pseudónimo; unos creen que era *Lod. Domenichi* y otras *Jerónimo Ruscelli*. Según Brunet, I, 159, sería este último, como lo comprobaría el libro :

Secreti nuovi di maravigliose virtù del Signor Ierónimo Ruscelli, iquali continuando a quelli di Donno Alessio cognome finto di detto Ruscelli, contengono cose de vera esperienza e di gran giovamento. Venezia, 1567, p. in-8°.

I Secreti della Signora Isabella Cortese. Venezia, 1643, in-8°. Célebre recopilación de recetas del mismo género de los anteriores.

Del Compendio de Secreti rationali dell' Eccell. Dott. et Caval. Leonardo Fioravanti. Venezia, 1660, 1 vol. in-8°. Médico y alquimista italiano que viajó y observó mucho, y cuyo Bálsamo aún conservan las farmacopeas.

Alfabeto di Secreti del signor Lasaro Grandi. Saluzzo, 1680, 1 vol. in-8°.

Los que en nuestros días escriben de estas cosas y juzgan estos libros, en su mayoría los condenan sin examen y sin apelación, procediendo á mi juicio con poca cordura. Un autor ha de ser juzgado según los criterios de su época é interpretando su lenguaje. Siempre me ha dado en cara ese sistema de juzgar mal y sin reparos á los escritores de un tiempo, no sólo por parte de los químicos, sino en otras ramas de los conocimientos humanos. Se cometen así muchos errores y muchas injusticias. Yo he leído con atención muchos de estos *secretos* de los libros mencionados, los he meditado, los he vertido al lenguaje de la ciencia nuestra y, francamente, debo confesar que he encontrado muchas de esas fórmulas y *recetas obtenidas por el tanteo*, más racionales que tantas que preparan nuestros inventores modernos. Hago una debida salvedad para muchas otras que repudio, y que eran resultado de preocupaciones y errores corrientes de la época en que fueron formuladas y de lo que no se puede responsabilizar á sus autores. Repito, un autor es solidario de las opinio-

nes de un tiempo, y para juzgarlo es menester ponerse á la altura de su época.

Creo que no sería obra de desdeñarse para un erudito desocupado, un estudio metódico de esos libros de *secretos* antiguos. Tal vez resultara la ventaja de volver á encontrarse muchas nociones perdidas por el descuido, la preocupación y que las nuevas ideas han echado de lado sin razón, en la categoría de las inutilidades.

Si prosiguiéramos en nuestra revista histórica de los cosméticos y adornos, tocaríamos la época moderna, de la que pasamos á ocuparnos, dándole desde ya á nuestro escrito el carácter sencillo y didáctico que nos propusimos: por otra parte, esta época constituye la *actualidad* misma.

(Continuará).

P. N. ARATA.

COLOQUIO DE LOS CENTAUROS

En la isla en que detiene su esquife el argonauta
Del inmortal Ensueño, donde la eterna pauta
De las eternas liras se escucha, — Isla de Oro
En que el tritón elige su caracol sonoro
Y la sirena blanca va á ver el sol, — un día
Se oye un tropel vibrante de fuerza y de armonía.

Son los Centauros. Cubren la llanura. Les siente
La montaña. De lejos, forman són de torrente
Que cae; su galope al aire que reposa
Despierta, y extremece la hoja del laurel-rosa.

Son los Centauros. Unos enormes, rudos; otros
Alegres y saltantes como jóvenes potros;
Unos con largas barbas como los padres-ríos,
Otros imberbes, ágiles y de piafantes bríos,
Y de robustos músculos, brazos y lomos aptos
Para portar las ninfas rosadas en los raptos.

Van en galope rítmico. Junto á un fresco bosque,
Frente al gran Oceano, se paran. El paisaje

Recibe de la urna matinal luz sagrada
Que el vasto azul suaviza con límpida mirada.
Y oyen seres terrestres y habitantes marinos
La voz de los crinados cuadrúpedos divinos.

QUIRÓN

Calladas las bocinas á los tritones gratas,
Calladas las sirenas de labios escarlatas,
Los carrillos de Eolo desinflados, digamos
Junto al laurel ilustre de florecidos ramos
La gloria inmarcesible de las Musas hermosas
Y el triunfo del terrible misterio de las cosas.
He aquí que renacen los lauros milenarios ;
Vuelven á dar su lumbre los viejos lampadarios ;
Y anímase en mi cuerpo de Centauro inmortal
La sangre del celeste caballo paternal.

RETO

Arquero luminoso, desde el zodiaco llegas.
Aun presas en las crines tienes abejas griegas ;
Aun del dardo herakleo muestras la roja herida
Por do salir no pudo la esencia de tu vida.
Padre y Maestro excelso ! Eres la fuente sana
De la verdad que busca la triste raza humana :
Aun Esculapio sigue la vena de tu ciencia ;
Siempre el veloz Aquiles sustenta su existencia
Con el manjar salvaje que le ofreciste un día,
Y Herakles, descuidando su masa, en la armonía
De los astros, se eleva bajo el cielo nocturno...



QUIRÓN

La ciencia es flor del tiempo : mi padre fué Saturno.

ABANTES

Himnos á la sagrada Naturaleza ; al vientre
De la tierra y al germen que entre las rocas y entre
Las carnes de los árboles, y dentro humana forma
Es un mismo secreto y es una misma norma,
Potente y sutilísimo, universal resumen
De la suprema fuerza, de la virtud del Numen.

QUIRÓN

Himnos ! Las cosas tienen un ser vital : las cosas
Tienen raros aspectos, miradas misteriosas ;
Toda forma es un gesto, una cifra, un enigma ;
En cada átomo existe un incógnito estigma ;
Cada hoja de cada árbol canta un propio cantar
Y hay un alma en cada una de las gotas del mar ;
El vate, el sacerdote, suele oír el acento
Desconocido ; á veces enuncia el vago viento
Un misterio ; y revela una inicial la espuma
Ó la flor ; y se escuchan palabras de la bruma.
Y el hombre favorito del numen, en la linfa
Ó la ráfaga, encuentra mentor ; — demonio ó ninfa.

FOLO

El biforme ixionida comprende de la altura,
Por la materna gracia, la lumbre que fulgura,
La nube que se anima de luz y que decora

El pavimento en donde rige su carro Aurora,
 Y la banda de Iris que tiene siete rayos
 Cual la lira en sus brazos siete cuerdas ; los mayos
 En la fragante tierra llenos de ramos bellos,
 Y el Polo coronado de cándidos cabellos.
 El ixionida pasa veloz por la montaña
 Rompiendo con el pecho de la maleza huraña
 Los erizados brazos, las cárceles hostiles ;
 Escuchan sus orejas los ecos más sutiles ;
 Sus ojos atraviesan las intrincadas hojas
 Mientras sus manos toman para sus bocas rojas
 Las frescas bayas altas que el sátiro codicia ;
 Junto á la oculta fuente su mirada acaricia
 Las curvas de las ninfas del séquito de Diana ;
 Pues en su cuerpo corre también la esencia humana
 Unida á la corriente de la savia divina
 Y á la salvaje sangre que hay en la bestia equina.
 Tal el hijo robusto de Ixión y de la Nube.

QUIRÓN

Sus cuatro patas, bajan : su testa erguida, sube.

ORNEO

Yo comprendo el secreto de la bestia. Malignos
 Seres hay y benignos. Entre ellos se hacen signos
 De bien y mal, de odio ó de amor, ó de pena
 O gozo: el cuervo es malo y la torcaz es buena.

QUIRÓN

Ni es la torcaz benigna, ni es el cuervo protervo :
 Son formas del Enigma la paloma y el cuervo.

ASTILO

El Enigma es el soplo que hace cantar la lira.

NESO

El Enigma es el rostro fatal de Deyanira!
 Mi espalda aún guarda el dulce perfume de la bella;
 Aún mis pupilas llama su claridad de estrella.
 ¡Oh aroma de su sexo! ¡oh rosas y alabastros!
 Oh envidias de las flores y celos de los astros!

QUIRÓN

Cuando del sacro abuelo la sangre luminosa
 Con la marina espuma formara nieve y rosa,
 Hecha de rosa y nieve nació la Anadiomena.
 Al cielo alzó los brazos la lírica sirena,
 Los curvos hipocampos sobre las verdes ondas
 Levaron los hocicos; y caderas redondas,
 Tritónicas melenas y dorsos de delfines
 Junto á la Reina nueva se vieron. Los confines
 Del mar llenó el grandioso clamor; el universo
 Sintió que un nombre harmónico, sonoro como un verso
 Llenaba el hondo hueco de la altura; ese nombre
 Hizo gemir la tierra de amor: fué para el hombre
 Más alto que el de Jove: y los númenes mismos
 Lo oyeron asombrados; los lóbregos abismos
 Tuvieron una gracia de luz. ¡VENUS impera!
 Ella es entre las reinas celestes la primera,
 Pues es quien tiene el fuerte poder de la Hermosura.
 Vaso de miel y mirra brotó de la amargura!

Ella es la más gallarda de las emperatrices ;
Princesa de los gérmenes, reina de las matrices,
Señora de las savias y de las atracciones,
Señora de los besos y de los corazones.

EURITO

No olvidaré los ojos radientes de Hipodamia!

HIPEA

Yo sé de la hembra humana la original infamia.
Venus anima artera sus máquinas fatales,
Tras los radientes ojos ríen traidores males,
De su floral perfume se exhala sutil daño ;
Su craneo obscuro alberga bestialidad y engaño.
Tiene las formas puras del ánfora, y la risa
Del agua que la brisa riza y el sol irisa ;
Mas la ponzoña ingénita su máscara pregona :
Mejores son el águila, la yegua y la leona.

De su húmeda impureza brota el calor que enerva
Los mismos sacros dones de la imperial Minerva ;
Y entre sus duros pechos, lirios del Aqueronte,
Hay un olor que llena la barca de Caronte.

ODITES

Como una miel celeste hay en su lengua fina ;
Su piel de flor aún húmeda está de agua marina.
Yo he visto de Hipodamia la faz encantadora,
La cabellera espesa, la pierna vencedora.

Ella de la hembra humana fuera un ejemplar augusto ;
 Ante su rostro olímpico no habría rostro adusto ;
 Las Gracias junto á ella quedarían confusas,
 Y las ligeras Horas y las sublimes Musas
 Por ella detuvieran sus giros y su canto.

HIPEA

Ella la causa fuera de inenarrable espanto :
 Por ella el ixionida dobló su cuello fuerte.
 La hembra humana es hermana del Dolor y la Muerte.

QUIRÓN

Por suma ley un día llegará el himeneo
 Que el soñador aguarda : Cinis será Ceneo ;
 Claro será el origen del femenino arcano :
 La Esfinge tal secreto dirá á su soberano.

CLITO

Naturaleza tiende sus brazos y sus pechos
 Á los humanos seres ; la clave de los hechos
 Conócela el vidente ; Homero con su báculo,
 En su gruta Deifobe, la lengua del Oráculo,

CAUMANTES

El monstruo expresa un ansia del corazón del Orbe.
 En el Centauro el bruto la vida humana absorbe,
 El sátiro es la selva sagrada y la lujuria,
 Une sexuales ímpetus á la armoniosa furia.

Pan junta la soberbia de la montaña agreste
 Al ritmo de la inmensa mecánica celeste ;
 La boca melodiosa que atrae en Sirenusa
 Es de la fiera alada y es de la suave musa ;
 Con la bicorne bestia Pasifae se ayunta.
 Naturaleza sabia formas diversas junta,
 Y cuando tiende al hombre la gran Naturaleza,
 El monstruo, siendo el símbolo, se viste de belleza.

GRINEO

Yo amo lo inanimado que amó el divino Hesiodo.

QUIRÓN

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo.

GRINEO

He visto, entonces, raros ojos fijos en mí :
 Los vivos ojos rojos del alma del rubí ;
 Los ojos luminosos del alma del topacio
 Y los de la esmeralda que del azul espacio
 La maravilla imitan ; los ojos de las gemas
 De brillos peregrinos y mágicos emblemas.
 Amo el granito duro que el arquitecto labra
 Y el mármol en que duermen la línea y la palabra...

QUIRÓN

A Deucalión y á Pirra, varones y mujeres
 Las piedras aún intactas dijeron : « ¿ Qué nos quieres ? »

LICIDAS

Yo he visto los lemures flotar, en los nocturnos
 Instantes, cuando escuchan los bosques taciturnos
 El loco grito de Atis que su dolor revela
 Ó la maravillosa canción de Filomela.
 El galope apresuro, si en el bosque miro
 Manes que pasan, ú oigo su fúnebre suspiro.
 Pues de la Muerte el hondo, desconocido Imperio,
 Guarda el pavor sagrado de su fatal misterio.

ARNEO

La Muerte es de la Vida la inseparable hermana.

QUIRÓN

La muerte es la victoria de la progenie humana.

MEDÓN

La Muerte ! Yo la he visto. No es demacrada y mustia
 Ni ase corva guadaña, ni tiene faz de angustia.
 Es semejante á Diana, casta y virgen como ella ;
 En su rostro hay la gracia de la núbil doncella
 Y lleva una guirnalda de rosas siderales.
 En su siniestra tiene verdes palmas triunfales,
 Y en su diestra una copa con agua del olvido.
 A sus pies, como un perro, yace un amor dormido.

AMICO

Los mismos dioses buscan la dulce paz que vierte.

QUIRÓN

La pena de los dioses es no alcanzar la Muerte.

EURETO

Si el hombre — Prometeo — pudo robar la vida,
La clave de la muerte serále concedida.

QUIRÓN

La virgen de las vírgenes es inviolable y pura.
Nadie su casto cuerpo tendrá en la alcoba obscura,
Ni beberá en sus labios el grito de victoria,
Ni arrancará á su frente las rosas de su gloria.

.....

Mas he aquí que Apolo se acerca al meridiano.
Sus truenos prolongados repite el Oceano ;
Bajo el dorado carro del reluciente Apolo
Vuelve á inflar sus carrillos y sus odres Eolo.
Á lo lejos, un templo de mármol se divisa
Entre laureles-rosa que hace cantar la brisa.
Con sus vibrantes notas de Céfiro desgarrá
La veste transparente la helénica cigarra,
Y por el llano extenso van en tropel sonoro
Los Centauros, y, al paso, tiembla la Isla de Oro.

RUBÉN DARÍO.

DOCUMENTOS HISTÓRICOS

EL CONGRESO AMERICANO DE LIMA

CORRESPONDENCIA CONFIDENCIAL ENTRE EL PRESIDENTE DON BARTOLOMÉ MITRE Y EL MINISTRO
EN EL PERÚ, DON DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Es muy conocido el éxito de todos los « Congresos americanos » que, desde el primero de Panamá, hasta el último, de Montevideo, han acometido la imposible tarea de crear, sobre la base del palabreo, una federación continental que sería desastrosa si no fuera quimérica. El vicio primordial del organismo que se inventa periódicamente, es peor que el único defecto del corcel de Rolando : éste estaba muerto, aquél no ha existido jamás. No hay tal americanismo, por la misma razón que no hay europeismo ; y aunque no lo demostrara prácticamente la historia antigua ó moderna, que no es sino el interminable relato de las guerras entre vecinos, sería bastante á establecer la tesis irrefutable, el hecho de ser la guerra el gran factor sociológico, como que significa en el fondo la lucha por la vida y la supremacía : es decir, el motor omnipotente del progreso universal. La civilización futura anulará tal vez dicho factor en su forma actual, pero subsistirá, á no dudarlo, la ardiente y múltiple rivalidad entre naciones : el combate encarnizado y fecundo de la

ciencia, del arte, del comercio y la industria, pues su ausencia significaría la supresión del esfuerzo, la inmovilidad, la estagnación.

No existe, pues, tal solidaridad americana, — ente metafísico que surge con su espejismo, á raíz de cada incidente diplomático con una nación europea — y es bueno saber que no existe. Ya en tiempo de Bolívar, esta doctrina del progreso y de las soberanías nacionales había encontrado en Rivadavia un noble defensor. Pero nunca, conviene proclamarlo, verdad tan inconcusa ha sido sostenida con mayor eficacia y tesón que por el presidente Mitre. No formamos en el círculo de sus turiferarios, y seguiremos haciendo distinción entre la parte duradera y la caduca de su obra política ó literaria. Dicho ésto, no vacilamos en afirmar que en las presentes cartas, el general Mitre, por otra parte tan inferior á Sarmiento en la espontaneidad robusta del pensamiento y del estilo, aparece incomparablemente superior por la amplitud de las vistas políticas y el exacto conocimiento de la sociología americana. En un notable estudio del doctor Goyena, que se publica en este mismo número de la *Biblioteca*, nuestro querido é ilustre amigo reconoce en el vencedor de Pavón á un verdadero hombre político. Es algo más: acaso, con el doctor Avellaneda (y no es la vez primera que acercamos estos dos nombres), sea el general Mitre el verdadero hombre de Estado de este grupo continental.

En la presente cuestión, su perspicacia y alta previsión son absolutas: no tan sólo el ridículo Congreso era un aborto insubstancial, sino que su pretexto ocasional no entrañaba tal cuestión americana; y si una personalidad tan indócil y vehemente como la de Sarmiento pudiera hacer enmienda honorable alguna vez, habría tenido que confesar aquí lo peligroso y pueril de su teoría, reconociendo públicamente el acierto admirable y la sabiduría política de su predecesor.

Para tributar en esta ocasión cumplida justicia al jefe del Estado, es menester tener presentes las raíces de la tesis aquí desenvuelta al correr de la pluma, y, para ello, estudiar en sus verdaderas fuentes

la historia contemporánea argentina. Ellas no se encuentran en las publicaciones *a posteriori*, apologías personales ó folletos partidistas, que sirvieron á extraviar la opinión, más que á ilustrarla; sino en las sesiones de las Cámaras, en los documentos oficiales y, ante todo, en la deposición testimonial y contradictoria de la prensa diaria, atentamente analizada con espíritu crítico é imparcial. Alguna vez ha de condensarse en libro y salir á luz, esa historia viva y documentada de los últimos treinta años. Por hoy sólo queremos señalar la continuidad de un gran concepto político, que ha sido la pauta invariable y visible del publicista y del hombre de Estado. Más de dos años antes de producirse el conflicto hispano-peruano, que, como es muy sabido, coincidió con el fracaso anfictiónico, el general Mitre se opuso, al día siguiente de inaugurar su Presidencia, á las insostenibles é impertinentes pretensiones del ministro peruano Seoane, que pretendía envolver á la Argentina en su *Tratado continental*, preludio del futuro Congreso americano. La situación era solemne: la flamante autoridad presidencial (noviembre de 1862) tenía que hacer frente á la renaciente anarquía de las provincias, y, en Buenos-Aires, á la propaganda adversa del partidismo: tan violenta y ciega, que llegaba uno de sus órganos (*El Nacional*) hasta promover un movimiento de adhesión popular á la política del gobierno peruano, en contra del gobierno argentino. Favorecían esta actitud inaudita las generosas declamaciones de Francisco Bilbao y sus amigos, el grandioso prestigio de la bandera alzada por los utopistas americanos, la intervención europea en Méjico, y hasta la equívoca actitud de España en Santo-Domingo. En Buenos-Aires, como en Chile y el resto de la América española, se protestaba contra una Europa fantástica, que se suponía invasora y poseída del espíritu de la Santa Alianza!

Fué contra ése torrente de precauciones estrechas y patrioterías, que el presidente Mitre tuvo que luchar, en los consejos del gobierno, en el Congreso y en la *Nación Argentina*, que registra innúmeros artículos suyos. Y lo realizó, repitámoslo sin ambages, con una

valentía de actitud y una firmeza de propósitos que le honran grandemente. Después de pulverizar la hueca argumentación del ministro Seoane en pro del famoso tratado continental, que era inconstitucional y atentatorio á la soberanía, desalojó de sus últimas trincheras á los sofistas de la *Tribuna*, ganando la causa de la civilización y del porvenir argentino, ante la opinión sensata del país.— Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron en el Pacífico, debido á torpezas y violencias cometidas por agresores y agredidos; reunióse en Lima el « inhallable » Congreso de plenipotenciarios, que, malgrado la presencia de Montt y Sarmiento, no hizo ningún bien ni impidió mal alguno. Y el presidente Mitre tuvo que repetir á su viejo amigo la demostración irrefutable que presentara, en 1862, á sus adversarios y al país. No necesitamos insistir sobre el interés primordial de las cartas que van á leerse; de las varias lecciones que en ella se encierran, no es la menos provechosa la que muestra con qué seriedad y conciencia se vigilaba entonces, en medio á las complicaciones internas, la conducta de nuestra política exterior; con qué laboriosidad abnegada y patriótica el general Mitre atendía á todo, por sobre el hombro de sus ministros, y desempeñaba su oficio de jefe de Estado, dirigente y responsable.

Buenos Aires, diciembre 10 de 1864.

Excelentísimo señor Ministro, don Domingo F. Sarmiento.

Mi querido amigo :

Escribo á Vd. para suplir la falta de correspondencia oficial por este correo, pues hallándose Elizalde en el campo, no habrá tenido tiempo de preparar las notas é instrucciones que debía dirigir á Vd. según lo acordado.

He leído con atención toda su papelada, el Congreso americano y la reunión de Plenipotenciarios, así como sus cartas en que procura explicar Vd. la parte embrollada del negocio.

Desde luego, le haré presente una cosa, y es que todos los que figuran en esos negocios están en su papel y representan efectivamente un interés, una idea, una política de su país, todos menos Vd. Aparece Vd. como miembro del Con-

greso americano al cual no ha sido Vd. enviado, y sin embargo que á puerta cerrada dice que no tiene poderes, procede en él como tal miembro, y ostensiblemente acredita la idea de que lo es en realidad, por no despopularizarse con las Limeñas. Figura Vd. en una especie de Congreso de plenipotenciarios para la paz y para la guerra, á propósito de la cuestión de Chinchas, lo que es algo más grave que el inocente Congreso americano, y como tal aparece colectivamente como tutor del gobierno peruano, por una parte, é individualmente como consejero del Poder ejecutivo mediador con las Cámaras; y luego á título de Plenipotenciario (para que se entienda que es el Congreso, y un congreso internacional), aparece por último en comunicación con Pinzón, representando en todos estos incidentes todos los caracteres menos el que Vd. tiene en realidad — que es de Ministro plenipotenciario y Enviado extraordinario cerca del gobierno peruano — es decir el representante de nuestras ideas, de nuestra política y de nuestros intereses, que en todo caso sólo puede prestar á aquel país sus buenos oficios en su calidad de ministro diplomático y nada más.

Por lo tanto, los pasos y comunicaciones de que Vd. ha dado cuenta últimamente, son aprobados bajo el supuesto y en la inteligencia expresa de que son actos oficiosos, en que Vd. ha tomado parte para promover un arreglo decoroso á aquel país en su calidad de diplomático, y con la condición de puramente oficioso, sin ulterioridad alguna; pues en sus instrucciones están determinados los casos en que únicamente pudiera obrar de otro modo, hallándose en abierta contradicción con dichas instrucciones el compromiso formal contraído por Vd. de ofrecer apoyo *material* al gobierno del Perú en caso de no arreglarse, y mientras la cuestión de Chinchas *conservase* su carácter americano, lo que es lo mismo que decir mientras al Perú le convenga dárselo, téngalo ó no.

Ahora, permítame que le pregunte ¿cuál es la política, la idea, el interés argentino que Vd. se ha propuesto representar en estos incidentes?

Mientras Vd. no me contesta, yo le diré cuál ha sido y cuál es mi idea, y el interés y la política del país cuyos destinos presido, y que no he de comprometer por la más ó menos popularidad de que la República pueda gozar en las calles de Santiago ó en la sociedad de Lima.

Á la primera noticia del atentado de Chinchas, yo encaré la cuestión como lo era en efecto, como cuestión americana, y sin querer comprometer con palabras que se anticipasen á los hechos, el gran interés, argentino y americano á la vez, del tratado que teníamos pendiente con la España, hice en aquella ocasión tres cosas: 1^a Buscar la alianza con Chile para precavernos recíprocamente de actos semejantes, y ayudar moralmente al Perú para arreglar decorosamente su cuestión; 2^a Adherir mientras tanto, en los términos más explícitos, á la protesta de Chile y del Perú y del cuerpo diplomático residente allí; 3^a Propender á la uniformidad de miras de todos los Estados del Atlántico, incluso el Imperio del Brasil, habiendo sido debida la concurrencia calurosa de este último, á la influencia argentina en Rio de Janeiro. En este último propósito, aprovechando la excitación

del sentimiento americano, traje la reconciliación de los ánimos en el interior, envié un ministro á trabajar por la paz en el Estado Oriental, y si la hubiese conseguido habría enviado otro al Paraguay para poder presentar por contingente á la América, y como amenaza á la España y á la Europa la unión efectiva de un grupo continuo de Estados poderosos, reunidos en un propósito é inatacables por su posición y por sus medios. Esto no se ha conseguido. La paz del Estado Oriental se malogró. El Brasil vino después en guerra contra el Estado Oriental. Hoy va el Paraguay en guerra contra el Brasil. No sabemos si al fin seremos envueltos por esta tempestad, que hace más de un año vamos orillando, aunque para evitarlo, trabajo con perseverancia y voluntad, y no sé si llegaré á conseguirlo. Pero mientras tanto, de todo esto resulta que los Estados del Atlántico no se hallan hoy en situación, no digo de enviarles á los peruanos un nuevo San Martín y un nuevo ejército de los Andes; pero ni aun un apoyo internacional directo, tal como se necesitaría para el caso de que no habiendo arreglo con el Perú, la cuestión se declarase americana ó sud-americana.

En esta situación, yo tengo la conciencia de consultar los intereses argentinos y la opinión de todo el país, no comprometiendo á la República Argentina más allá de lo racional, de lo posible, sin que por esto permanezca indiferente á la desgracia de una república hermana, ni deje de trabajar para promover un arreglo entre el Perú y la España, que es lo más conveniente y decoroso para todos; y ofreciendo en tal concepto nuestros buenos oficios diplomáticos, prescindiendo de intrigas, de embrollas, de combinaciones peregrinas, que en definitiva no pueden dar otro resultado que desconsiderarnos ante el mundo.

Me parece que Vd. no se ha colocado en el terreno de la verdadera política argentina, es decir de lo único que debe y puede hacer la República Argentina en su situación actual, en las emergencias del Perú, y que arrebatado por el interés grandioso del drama americano, y con las consideraciones de política universal que con él se ligan, el móvil de sus acciones es más bien lo que se diría de Vd. en Lima si hiciera tal ó cual cosa, que lo que va á suceder en su país haciéndolo. Así me decía Vd., cuando su discurso al presidente de Chile: « La atmósfera de la ciudad no admitía otro lenguaje »; y este lenguaje debió dar por resultado comprometer nuestro tratado con España, si hubiese llegado veinte y cuatro horas antes. Ahora no se atreve Vd. á decir que no es miembro del Congreso americano, por lo que dirán los Limeños, cuando ellos saben mejor que Vd. que al primer Congreso (inventado contra los Estados-Unidos) no fuimos invitados, y que al segundo, lo llamaremos así, que puede decirse fué antimonarquista, y contra el Brasil, tampoco lo fuimos, invitándose tan sólo á los vecinos del Pacífico. Á este Congreso se le ha invitado á Vd. á que asista por el gobierno peruano, lo que dados estos precedentes y los usos internacionales, es una nueva inconveniencia, que á Vd. le imponía, por el decoro de su país, el deber de esperar instrucciones antes de dar ningún paso, como lo han hecho con menos motivo, dos de los no concurrentes. Á esto agregaré que recién hace poco más de un mes

que se halla entre nosotros un Encargado de negocios peruano, que por primera vez nos ha invitado formalmente á tal Congreso, con decir Vd. esto á los Limeños, no sé de qué se habrían quejado, á no ser que pretendieran despojarnos de nuestro libre albedrío, pues ni tiempo material ha habido para adherir, suponiendo que hubieramos querido llevarlo todo á vapor.

Yo no me exagero la importancia ni la influencia de la República Argentina en el Perú, por más que Vd. me pinte á su legación en Lima con una especie de prestigio mágico, que puede justificar su gran talento de Vd. y su reputación americana, pero que no está de acuerdo ni con los hechos que estudio ni con el desenvolvimiento probable de los sucesos. Creo sí que tenemos el prestigio de una nación en otro tiempo gloriosa, que hoy aparece de nuevo ante el mundo, constituída, regenerada y en progreso; y que este prestigio sólo podemos conservarlo por la circunspección y por el afianzamiento de lo que hemos alcanzado; y por lo que respecta al Perú, en las actuales cuestiones, promoviendo lo único en que pueda ejercer una acción benéfica y eficaz; es decir, un arreglo decoroso para todos. Este es el interés, esta es la política argentina en aquel país; lo demás puede merecer los aplausos pasajeros del auditorio americano, pero no tendrá ni la simpatía del pueblo argentino, ni la sanción de sus poderes públicos.

En cuanto á los vecinos ligados por el Pacífico, esos sí tienen una política especial, á quienes puede convenir que la cuestión sea á todo trance americana; no precisamente para promover la guerra, que ninguno de ellos desea, sino para alejarla, precaviéndose ellos de las consecuencias y arreglándose mejor para lo futuro. El director de esta política es Chile, que antes no quería la alianza ni con nosotros, ni con ningún otro de la América, por no comprometerse con la España, y que sin quererlo ni saber cómo se ha comprometido tanto con ella, por hechos que no responden á ningún sistema, que hoy se abroquela de los Congresos americanos y de plenipotenciarios y de la cuestión peruana, para impedir que ella se arregle, degenerando en cuestión hispano-chilena. Así, pues, muy lejos yo de persuadirme, como Vd. parece estarlo, de que el Perú da la primera importancia á la influencia y representación argentina, veo que el gobierno peruano reconoce que la única influencia eficaz es la chilena. Así ve Vd. que en su recepción como ministro, se le han hecho á Montt honores como no hay precedente en el Perú, estando anunciada su recepción de Vd., como muy bien lo han observado y criticado los diarios de Lima; y no me dirá Vd. que se le han hecho á la Legación argentina los mismos honores que á aquélla. No vaya Vd. á creer que un golpe más ó menos de tambor del Perú me quite el sueño. Aunque Vd., como ministro diplomático, tiene la obligación de contarlos, y saber la inconveniencia inútilde de sairar por los más ó menos honores á las naciones amigas, encuentro muy natural que den el primer lugar á Chile y no á nosotros. Chile es el vecino más poderoso, más hábil y mejor dispuesto; es el que le ha dado mayor concurrencia en actos, en elementos y en hombres de guerra; es el que puede hacerle mayor mal y mayor bien; es la única nación americana que, si no tiene,

tendrá muy pronto una marina que, unida á la peruana, pueda competir en el Pacífico con la española. Montt, por sus antecedentes y por sus notables calidades personales, es sin duda el hombre político más espectable que figura en el Perú, y el que tiene en sus manos más medios de hacer política; y es natural que la haga, tratando de envolvernos á nosotros en lo que nos convenga ó no nos convenga, haciéndonos creer que hacemos política americana ó argentina, cuando en realidad hacemos todo menos política que se parezca á argentina, y, le diré más, ni siquiera peruana.

Cuando digo que esa política no es ni peruana, lo digo porque el hecho de aplazar la reunión de un congreso convocado por el Perú, con cuyo aplazamiento la opinión hace servir al Congreso americano contra el Gobierno peruano, y el de colocar á éste bajo la tutela del Congreso de plenipotenciarios, nueva entidad inventada para no ser diplomático de ninguna parte, me parece que constituye un hecho grave y peligroso, que puede acabar de dos modos: ó por una silbatina general del público limeño, ó por una paliza ó manteo, ó cosa parecida, del verdadero pueblo limeño el día que crea él, según su modo de ver, que no se hace una política tal como la que él quiere ó necesita.

La silbatina puede venir cuando se advierta todo lo que hay de indefinido, de vago y de falso en lo relativo al Congreso americano, y al fin quede en evidencia la verdadera situación de cada uno. Y por lo que respecta á la paliza ó cosa parecida, Vd. comprenderá que un cuerpo áulico sin carácter, sin misión y sin plan para lo futuro, que impone una política á un gobierno, que le hace desistir de actos de vigor que quizá lo salvarían, que traba indirecta ó casi directamente la acción de sus poderes constituidos, en cuanto á las resoluciones que creen deber tomar en el interés del país, es un juego muy peligroso que puede y debe ofender al decoro peruano, á menos que sólo en Lima puedan hacerse estas cosas impunemente; y esta sería una razón más para no comprometer á nuestro país sino hasta donde debe y puede ser comprometido.

No tengo tiempo para más. Apenas puedo apuntarle esta otra consideración que someto á su prudencia: y es que Vd., que no se cree autorizado á tomar parte en el inocentísimo Congreso americano, que en nada nos comprometería por otra parte, viendo que éste es imposible que se reuna, porque sería ridículo en estos momentos, no tiene embarazo en formar parte de un Congreso de plenipotenciarios á secas, para tratar de las cuestiones de la paz y de la guerra, comprometer al país más allá de sus instrucciones y de lo que materialmente le es posible hacer. Así, pues, su escrúpulo me parece el de los gatos que no se comieron el asador porque era caso de conciencia, pero se comieron el asado que era lo único manducable.

En fin, mi amigo, tenga Vd. paciencia para oír todas estas majaderías, porque alguna vez se me ha de ocurrir echar un sermón en el seno de la amistad, mientras los ministros vuelven de sus paseos, y yo entretanto le deseo toda felicidad como su verdadero amigo.

(Firmado) BARTOLOMÉ MITRE.

Aquí se ha transcripto su artículo del *Ferro-Carril* de Chile que la prensa ha traducido de este modo: « Sarmiento y Mitre: Parece que el primero tiene instrucciones contrarias al interés y decoro americano; y, resuelto á hacer prevalecer á todo trance los intereses de la América, se propone ir al terreno de los hechos, faltando á sus instrucciones y comprometiendo á su Gobierno en la acción ». No creo que estos asertos se funden en palabras que puedan haber escapado á Vd. en el seno de la confianza, pero ellas me confirman más en el móvil que da dirección á la política de que veo á Vd. constituirse en agente, y que en todo caso sólo comprometería el honor y la consideración de su patria: pues vaya Vd. más allá ó se quede más acá, la República Argentina no puede hacer más de lo que puede hacer, y sus instrucciones expresan lo único que nos es posible hacer.

(Hay una rúbrica).

Lima, enero 25 de 1865.

Excelentísimo señor Presidente, Brigadier General D. Bartolomé Mitre.

Mi estimado amigo:

He recibido su carta de 10 de diciembre, haciendo un examen general de todo lo que concierne á la política de estos países y á mi posición en el Congreso americano, concluyendo con pedirme que tenga paciencia para oír todas estas majaderías. Perdonado queda, en atención al mal humor en que deben tenerlo los feos asuntos del Paraguay, el Brasil, Flores, el Bombay y el Retiro incendiados.

En otra anterior á que contesté largamente, atribuía Vd. mis actos al deseo de obtener aplausos de plaza pública, y esto en nombre de la amistad: ahora son los de las mujeres de Lima, cosa que Vd. observa en nombre de unas pocas canas que le han salido. Guárdese de las fascinaciones del poder, que nos hacen creer que crecemos en años, prudencia y saber, mientras los otros descenden en la misma proporción, hasta producirse aquel fenómeno óptico de ver á los hombres desde tales alturas como granos de mostaza.

Yo estoy de muy buen humor, y no me hará tomar otra vez á lo serio estos deslices de la pluma de su escribiente. Vd. recordará cuando en una discusión en el Senado, estando en la Comisión, casi me dijo: *Miente Vd.!* que le conteste: « Suspendamos la discusión que estamos perdiendo la cabeza; luego seguiremos ». Todavía no ha llegado el caso de llamarlo al orden.

Padece Vd. de un defecto que nos es común á todos los hombres de pensamiento, y es sustituir al hecho, la apreciación individual del hecho, y llegar así hasta negar el hecho mismo, por mirar en poco los ojos que lo ven y se lo comunican. En San Juan me hizo Vd. sufrir mucho con ésto, y con Vd., los de su círculo que

seguían el movimiento. Yo decía cándidamente lo que sucedía. Vd. decía á su turno : « Es su modo de ver, su imprudencia, su miedo lo que le hace ver, *debe* haber sucedido tal otra cosa »; y ponían decretos y órdenes sobre tan sólida base!

Le citaré para ilustración la posdata de su propia letra. Vea los hechos. La nota autorizándome á hacer con Chile alianza ofensiva y defensiva fué la expresión del pensamiento de mi gobierno, única que yo conocí hasta su arribo. Trasmitíla al gobierno, esperé tres días contestación y me fui á Valparaíso para substraerme á toda investigación curiosa. Allí recibí su carta hallando malo todo lo que había hecho y dicho, precedida del aviso de haber llegado el vapor el día antes, lo que explicaba la razón ó la fuente de la apreciación. Puedo decirle esto, porque Vd. pronunció poco después un discurso en que decía lo mismo que antes había improbadado. Volví á Santiago premunido de instrucciones de no darse el gobierno argentino por satisfecho con las declaraciones Pacheco, y solicité una entrevista, y se adoptó esa base. En Santiago, encontré rumores que el gobierno argentino quería substraerse al conflicto, que yo había sido desaprobado—que esto salía del gobierno. Alma nacida, ni los de la Legación sabían nada, de nada. ¿Cómo se sabía ésto en Santiago? Como se sabían en San Juan cosas parecidas, por las conversaciones de los ministerios, á la críticas que se convierten en cartas.

Yo no he estado nunca descontento de la política argentina en estas transacciones, pero como Vd. no lo estaba con la mía, cree posible su propio sentimiento; y entonces halla natural que si un diario dijo algo, se pueda traducir de tal modo, y ser efecto de algún descuido mío, con la piadosa abservación de *confirmarlo* más en el móvil que da dirección á la política de que me he hecho el órgano (agente), y que *en todo caso « sólo comprometería el honor y la consideración de mi patria »*; de lo que le doy á Vd. los parabienes, como sobre el *talento y reputación americana* mía que le explican mi recepción en Lima inferior á la de Montt, cosa que sé por Buenos-Aires,—acaso porque el *Correo*, cuyo editor y cuyo redactor son chilenos, prodigarían á su hombre todos los humos del incensario.

Vamos al Congreso americano y á la papelada y embrollos de estas cosas.

En Chile, con repetición, se me prescribió obrar de acuerdo con el gobierno de Chile, lo que era excelente. Yo no elegí á don Manuel Montt; pero una vez elegido, mis instrucciones para hacer alianza, que era lo que más exigía el gobierno argentino, quedaban sometidas á esta segunda prescripción: obrar de acuerdo; y este acuerdo nos trajo á Lima á *ver el embrollo* antes de meternos en él, lo que está hoy perfectamente de acuerdo con el deseo y la necesidad en que nos hallamos de evitar complicaciones. Nada *hemos hecho*, aunque *hemos hablado*, sin salir de nuestras posiciones, por más que un fragmento de esta obra, ó sus apreciaciones le hayan hecho juzgar lo contrario. Los gobiernos argentino y chileno no se han ligado á nada por actos nuestros. Podemos entrar ó salir sin violentar á nadie, sin que el éxito corone nuestros esfuerzos; porque no es dado siempre vencer con palabras á seis naves de guerra; lo que no quita que la palabra diplomática se use.

En medio de asunto tan embrollado, pues la conducta y propósitos de la España no tienen más atadero que los del Perú, se aventuraría demasiado Vd. en quererlos someter á sistema. Nada hay de lo que Vd. se imagina: ni política de Montt, ni de los demás plenipotenciarios, ni están ellos en su papel, ni estoy yo fuera del mío, en el Congreso, sea de plenipotenciarios ó americano.

Con la determinación *decidida* que ahora toman de que no tenga parte en las deliberaciones de éste, se olvidan que en las primeras instrucciones, lejos de negarse al Congreso americano, me encargaban decir al Presidente que estaban dispuestos á obrar de acuerdo con Chile; y esto es lo bastante para que un agente diplomático para asistir á sus conferencias *ad referendum*, solicitado á ello, por exigirle intereses más serios que los inconvenientes imaginarios, por aquel otro diplomático á quien las instrucciones le obligan, y acuerdos formales y aprobados por su gobierno le prescriben, de obrar de consuno. Vd. olvida que toda instrucción nueva que se me comunique, contraria ó distinta de la base aceptada, de considerar Chile y la República Argentina interesados su seguridad y bienestar en la ocupación de Chinchas, aun después de las explicaciones *dadas por el gobierno de Madrid*, no puedo ponerla en práctica, sin notificarla al gobierno de Chile y denunciar como insubsistente aquella base, de la que proceden nuestros actos conjuntos.

Lo hubiera hecho, al recibir las órdenes terminantes que me manda el ministro de Relaciones exteriores, de *abstenerme* de todo, si no hubiesen medios de llenar su deseo, sin necesidad de dar estos campanazos, y producir un estrago en la situación.

El Congreso ha concluido sus tareas, y yo las mías, que consistían en ayudarles en la discusión de las materias que se han tratado. Cuando vea Vd. los tratados celebrados, por su tenor se convencerá que alguna parte he debido tener en la eliminación de todo aquello que limite la soberanía de los gobiernos americanos. Elizalde me escribe una larga carta para motivar su abstención fundada en el proyecto Arosemena. ¿Dígame si un diplomático que tiene la *evidencia* que una resolución de su gobierno procede *evidentemente* de un dato falso, está obligado á cumplirla sin hacer presente el error? Pero esta vez está dicha cuestión fuera del círculo de mis actos. Yo no he firmado tratados, porque á esa condición entré en el Congreso. Si hubiera creído que debía firmarlos por ser convenientes á la República, lo habría hecho sin vacilar, porque en eso del *honor* y de la *consideración de mi patria*, no es sólo el Presidente y el ministro de Relaciones exteriores quienes están encargados de guardarlos, ni á ellos solos reservada la apreciación del caso.

Y aquí viene á propósito lo de las Limeñas, que en lo del Congreso son toda la América (esta parte), todos los gobiernos representados en él, con sus legislaturas que lo adoptaron, con sus plenipotenciarios, con el hecho realizado; y que un solo gobierno, el de V. á fuer de sabio, de prudente, de previsor, quisiera decirles por medio de su augusto representante, el antiguo y conocido opositor á la idea del Congreso americano, á título de *un talento* y de *una reputación americana*:

« Son Vdes. unos niños de teta, unos locos, unos majaderos »; y ésto, como á niños traviesos, en sus barbas, para perturbarles la fiesta y llenarlos de desagrado. No. Esas Limeñas valen algo; y mis canas, que se están poniendo verdes, me aconsejaron hecer algo mejor, que era asociarme á la obra ostensible y realmente entrar en la discusión, apartar todo lo que era quimérico, y dejar sólo lo posible, confiando á la práctica demostrar si eso siquiera es realizable. Si eso no lo fuere, la opinión pública de la América se curará de su enfermedad, desesperando de prestarse auxilio sus grupos dispersos abandonándose al destino. Mientras esto sucedía, echaban abajo al gobierno de Bolivia, el Perú tenía una escuadra española al frente, el Paraguay sale de su crisálida á tomar parte en el Congreso brasilero-argentino-oriental, entre-riano acaso, y en Montevideo esperan avisos de un protectorado italiano sobre cien mil « bachichas ». Esta, me dirá Vd., es nuestra pobre América, y en eso estamos de acuerdo, menos en la profunda previsión del gobierno argentino, ni de hoy ni de antes de ahora; pues estas cuestiones del Río de la Plata no son más que las almas en pena, de pedazos de nuestro cadáver, que se levantan de las sepulturas en que nuestra imprevisión creyó haberlas enterrado, cerrando ó apartando los ojos, para no ver que estaban vivas aún, y nos seguirían á todas partes.

Excuso contestarle sus exposiciones casi siempre fundadas, pero que tienen por base esta petición de principio: « dado que yo siempre obro bien y Vd. siempre mal, que mis motivos son justos y los de Vd., la plaza pública ó las Limeñas, oiga Vd. este bello discurso ». Concédame en este caso el talento que en otro donde estaba demás me atribuye, y ya Vd. sospechará que no soy tan cándido para entrar en ese terreno. Yo he hecho pocos discursos, y éstos, *contrariando* siempre á las Limeñas. Vd. que es hombre de letras, ha de haber notado esta particularidad que me ha hecho siempre impopular.

Por no distraer su atención más tiempo cierro ésta, que espero tome Vd. como yo tomo las suyas, con el cariño de un viejo amigo para quien este sentimiento explica todo.

Soy su afectísimo :

D. F. SARMIENTO.

Buenos-Aires, marzo 24 de 1865.

Señor Don D. F. Sarmiento.

Mi querido amigo :

Tengo en mi poder su estimable del 25 de enero de este año, que me dice Vd. haber escrito de muy buen humor, lo que no quiero poner en duda, sin embargo de cierta acritud y ciertas reticencias de su carta.

Podría á Vd. decirle que estoy de muy buen humor al contestarle, pero me

limito á decirle que estoy muy sereno al hacerlo, y que al dirigirme á Vd. con la franca benevolencia del amigo, lo hago con la seriedad que merecen los graves asuntos que tratamos.

Sería inútil ya entrar en la discusión de algunas de las partes de su carta, porque ha pasado la oportunidad, ó porque ello podría llevarnos más allá de lo que conviene á una cordial correspondencia, sin ninguna utilidad para la cosa pública. Por eso me limitaré á tocar ligeramente algunos de esos puntos, tan sólo para encajenar el orden de las ideas y de los hechos que han sido materia de nuestras discusiones confidenciales.

Á propósito de lo que Vd. me dice, de mi defecto de sustituir al hecho la apreciación individual del hecho mismo, le explicaré el fenómeno que á este respecto se opera en mí, cuando juzgo los hechos del punto de vista de la lógica. Un hecho nunca es para mí un argumento, ó por lo menos es sólo un argumento brutal que pretende probar que la cosa debió suceder así porque así sucedió. En general, un hecho ó no prueba nada ó prueba muy poco ante la razón: son elementos ó medios que sirven al hombre pensador para comparar, deducir, prever, pero no para probar con ellos dispensándose de pensar.

Debe Vd. persuadirse que esta es idea fija en mí, desde que argumentando en los hechos podría obtener muchas ventajas en esta discusión. Por ejemplo, y para lo que respecta al Congreso americano, podría decirle: el hecho ha probado que teníamos razón en no querer tomar parte en el Congreso americano; el hecho ha probado que Chile entraba en él para zafarse de entrar en la cuestión; el hecho ha probado que el Congreso americano ni era tal y que se ha convertido en una merienda diplomática; el hecho ha probado, por último, que ese Congreso ha acabado por una rechifla á los mismos que le alentaron ó tomaron parte en él. Así debías suceder dados los antecedentes; pero no era eso lo que nos alejaba del Congreso americano, ni lo que nos hace sentir que, al menos ostensiblemente, haya Vd. tomado parte en él.

Sabe Vd. que es una de las bases fundamentales de la política argentina, el no tomar parte en un Congreso americano como el que se ha reunido en Lima, y que esta declaración fué el primer acto solemne y exterior de mi presidencia. Por consecuencia, no podía, sin contradecir esa política fundada en consideraciones que Vd. conoce, y de que ha sido sostenedor como publicista, asociarme al acto que no aprobaba, á menos de que consideraciones muy altas y muy poderosas aconsejasen al país variar esta regla de conducta; y aun dispuesto á esto, jamás hubiera acreditado un plenipotenciario cerca de él sino en las condiciones en que debe hacerlo toda nación, es decir siendo convenientemente invitado al efecto, con la conciencia de lo que iba á hacer, y con la seguridad de que él no había de degenerar en lo mismo que nos hacía abstenernos de tomar parte en sus deliberaciones; sobre este punto escribí á Vd., hallándose en Santiago, y entonces le pregunté ¿de qué Congreso americano me hablaba Vd.?

En efecto, Vd. parece haber olvidado la historia del pretendido Congreso ame-

ricano. Bolívar lo inventó para dominar la América, y el móvil egoísta que lo aconsejó mató la idea por cuarenta años. Ahora quedará tal vez enterrado por otros cincuenta más y más desacreditado que nunca, y lo que es peor, desacreditado por sus propios apóstoles.

La primera idea del Congreso americano en Lima, Vd. sabe bien que fué hija de una idea anti-americana, una liga contra los Estados-Unidos con motivo de Walker, es decir una liga contra el campeón de la democracia en el mundo, y la égida de la América del Sud contra los avances de la Europa que hoy se aprovecha de la guerra civil en aquella gran República, para hacer ostentación de fuerzas en México y en el Perú. Tan cierta es esta filiación de la idea que, al mismo tiempo que se invitó al Brasil, potencia monárquica, se excluyó á los Estados-Unidos. Más tarde se quiso enmendar la plana, y sobre la base del Congreso anti-yankee, se quiso hacer un Congreso republicano en que se comprometían todos los medios de defensa de la América, incluso la abolición del corso, y el tratado ajustado en él tan sólo por tres representantes fué rechazado por los mismos, incluso por el Perú, no obstante que por una contradicción inexplicable el Perú mismo vino á solicitar nuestra adhesión á él, posteriormente. Nuestra contestación á Seoane con tal motivo, dejó mal parada la idea de esos remedos de Congreso sin alcance práctico y con objetos opuestos á sus fines.

Poco después reapareció la idea en la forma de un Congreso de las repúblicas vecinas del Pacífico, con exclusión de la República Argentina, á la vez que con la del Imperio del Brasil y los Estados-Unidos, que podrían dar seriedad á la corporación y peso á sus resoluciones. Los objetos de este Congreso eran, sin embargo, muy limitados, y aunque partían de la idea pueril de la hermandad y eran contrarios á la Constitución y á la soberanía de cada república americana en particular, tal vez no habríamos tenido inconveniente en tomar parte en él, como lo habíamos dicho en nuestra contestación á Seoane, desde que pudiesen tratarse allí algunos puntos de interés común, que era conveniente arreglar, así como de establecer ciertos principios de alto interés americano que es bueno uniformar. Pero de ese Congreso fuimos excluidos, puede decirse, expresamente.

Posteriormente se quiso ampliar el Congreso, y se insertaron á otras repúblicas menos á la Argentina. Pero llega el conflicto de las islas de Chincha, y entonces recién es invitado Vd. á tomar parte en él, no para tratar de los médicos, de los abogados, de los correos y de otros puntos de poco alcance que motivaban la convocatoria, sino para ir á hacerse cargo de la cuestión hispano-peruana en nombre de la América; y esta invitación se hizo á Vd. prescindiendo del gobierno que recibió sobre el particular la primera comunicación oficial, cuando Vd. estaba ya sentado en él, tomando parte en sus deliberaciones y dirigiendo, como uno de tantos, la política peruano-americana.

La composición de ese Congreso tiene sus singularidades: de los ocho miembros de que ha llegado á componerse, dos no tenían poderes ni autorización de sus Gobiernos, uno había declarado que no podía celebrar alianzas, otro quería la

guerra con España á todo trance; los cuatro restantes que no querían tomar parte en la guerra, no sabían lo que querían. Mientras tanto, para unos era un Congreso americano contra la Europa, cuando el objeto de la convocatoria era distinto; para otros era un Congreso republicano contra la Monarquía, y excluían al Brasil, como consta de documentos; para otros era un Congreso de la raza latina, como lo dijo el gobierno del Perú y excluían á los Estados-Unidos; y para otros era un Congreso internacional que debía tomar á su cargo la cuestión hispano-peruana, sin darse cuenta de cómo sus respectivos gobiernos habían de asumir este papel que ellos le daban.

No es mi ánimo hacer una caricatura del Congreso pintado por sí mismo, sino motivar el retiro de lo que dije á Vd. en mi anterior, y manifestarme muy conforme en lo que Vd. me dice: que asunto tan embrollado no tiene atadero ninguno, y que no hay en todo ello ni política de Montt, ni de los demás plenipotenciarios, habiéndoles hecho con mi suposición un honor que seguramente no merecían, según Vd. me lo prueba, en lo que me he confirmado por lo que respecto del gobierno de Chile le diré más adelante.

En efecto, sólo por la carencia de un plan, de una idea, de una política puede explicarse la conducta vacilante y contradictoria del llamado Congreso americano. Si consideraba la cuestión peruano-española como americana, era á los gobiernos á quienes tocaba declararlo, y no al Congreso, reunido para otros objetos, á quien competía hacerlo. Si, partiendo de la base de que era americano, consideraba inevitable ó necesaria ó conveniente la guerra con la España, debía haber pensado primeramente si sus respectivos países la harían y cómo la harían, y qué género de cooperación podría dar el Perú dada la situación en que se encontraba, y entonces no debió reaccionar contra una parte de la opinión peruana que quería la guerra á todo trance: lo que, aun sufriendo una derrota, era una resolución más salvadora para la nacionalidad peruana que la marcha que ha adoptado su gobierno. Si quería la paz y la buscaba, no debió tomar la posición que tomó frente á frente de Pinzón y de Pareja, perdiendo estérilmente la posición del neutral y del mediador, é inhabilitándose, como lo hizo, para tomar parte en los arreglos de la paz, de que fué con razón excluido por ambos beligerantes.

Tiene Vd., pues, mucha razón en decir que no hubo tal política de Montt, ni tales planes de los demás plenipotenciarios.

Ahora por lo que respecta á Montt, y por lo que respecta á Chile, le diré que la conducta de Montt en el Congreso americano, va á ser en su país uno de los medios con que sus enemigos le han de hacer más cruda guerra, y sus enemigos son los que están en el Gobierno. Chile no quería tomar parte en el Congreso americano, y sabe Vd. muy bien que no quería celebrar alianza alguna con ninguna de las repúblicas de este continente, excepto con la República Argentina. Así, va á ver Vd. que el tratado de alianza presentado por el plenipotenciario chileno, que puede decirse será el primer desertor del aerópago de la América, va á ser aceptado por la república de Chile, y habrá representado en esta

ocasión una farsa en la que desearía no haber representado ni aun el papel de testigo.

Para que se convenza de ello, le diré que el objeto general de la misión de Lastarria era una alianza argentino-chilena sobre las bases de las del proyecto de Montt, propuesta con agregados que enajenaban la soberanía de ambas naciones. Por supuesto que no la hemos aceptado, y esto se lo digo á Vd. reservadamente, porque Lastarria, después de oírnos, ha convenido con nosotros en que se tenga todo por no dicho, por convenirle así á Lastarria particularmente y á Chile en general, no por borrar los rastros de un rechazo, como tal vez Vd. crea, sino por no dejar la constancia de un error que comprometía al negociador y á su gobierno. Pero esto le muestra á Vd. que Chile no daba ninguna importancia á los trabajos de Montt en el Congreso americano, que en esos momentos se ocupaba de lo mismo, y que ahora con lo que ha pasado en el Perú y Bolivia, se va á creer más autorizado que antes para hacer lo que dijo á Vd. : es decir no comprometerse en alianzas con naciones que no estaban en condiciones de la de Chile, lo que en buenos términos quiere decir no andar en mala compañía, de la cual nos hace el honor de separarnos. Á este respecto hemos hablado largo con Lastarria, y á veces arrebatado por mis convicciones y el calor de la palabra, he podido decirle algunas cosas que en el primer momento le lastimasen, viniendo al fin á convenir conmigo en lo principal, curado por la palabra blanda de Rawson y de Elizalde, que le explicaban la política argentina bajo puntos de vista más halagüenos y más fácilmente aceptables para él.

Entre otras muchas cosas, decía yo á Lastarria que una de las razones para no entrar en la alianza á que me convidaba, aceptando los fundamentos de ella, era que me repugnaba en materia política internacional tomar por base de las resoluciones de los gobiernos y de los compromisos de los pueblos, las consideraciones pueriles que se hacían valer para motivar la liga de una ó más repúblicas americanas. Que quería partir de la verdad para llegar á la verdad. Que la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían de su vida propia, y debían vivir y desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades, salvándose por sí mismas, ó pereciendo si no encontraban en sí propias los medios de salvación. Que era tiempo ya de que abandonásemos esa mentira pueril de que éramos hermanitos, y que como tales debíamos auxiliarnos, enajenando recíprocamente parte de nuestra soberanía. Que debíamos acostumbrarnos á vivir la vida de los pueblos libres é independientes, tratándonos como tales, llenando nuestros deberes respectivos como tales, bastándonos á nosotros mismos, y auxiliándonos según las circunstancias y los intereses de cada país, en vez de jugar á las muñecas de las hermanas, juego pueril que no responde á ninguna verdad, que está en abierta contradicción con las instituciones y la soberanía de cada pueblo independiente, ni responde á ningún propósito serio para el porvenir.

Esto es lo mismo que dije á Vd., no porque lo considere imbuido en las ideas

americanistas de Lastarria, sino porque viene muy al caso, hablando del Congreso americano en que se ha jugado un poco ese juego de niños, con perjuicio de nuestra pobre América, que, á pesar de todo se ha de salvar, no obstante lúgubres pronósticos, precisamente por la virilidad de las nacionalidades, que se pretende enervar por medio de esa falsa política americanista que está muy lejos de ser americana; política que no responde á ninguna idea nacional preconcebida ni á ningún interés real, pues, por un lado, parte de la base de la pretendida hermandad sud-americana que quiere restringir la esfera de las soberanías nacionales, haciendo americanas todas las cuestiones con la Europa ó con los vecinos, lo que es organizar la guerra en permanencia; y por otro lado, pretende inmovilizar á la América, no dejándole libertad para que corrija lo mal hecho, se concreten ó se desagreguen partes mal criadas, dejándoles expansión y movimientos para desarrollarse.

Y lo que digo á V. y á Lastarria, respecto de la ficción de la política americanista, se lo digo también respecto de las relaciones de las naciones aliadas entre sí, sean ó no americanas. Pretender inventar un derecho público en la América contra la Europa, de la república contra la monarquía, es un verdadero absurdo que nos pone fuera de las condiciones normales del derecho y aun de la razón. En efecto, si una república americana tiene cuestión con una nación europea, ó con una monarquía, no puede adoptarse como regla invariable de derecho, según lo pretenden los americanistas, que la república americana ha de tener precisamente razón, y que la América entera está obligada á armarse en su favor, y hacer lo que ella no hace, ó no sabe hacer; y sin embargo esto es lo que se sostiene por muchos como buena política. Todo esto nace de que no nos colocamos en la atmósfera sana del derecho, que no partimos de la noción clara y evidente de que las repúblicas americanas son naciones soberanas é independientes como la Rusia, la Turquía y los Estados-Unidos; que como tales pueden tratar sus negocios según mejor les convenga ó les dé la gana, con tal de que no dañen el *derecho* ajeno; que para el efecto deben sujetarse á las reglas del derecho que ha establecido el consenso general, que las alianzas no pueden nacer de pactos teóricos ajustados previamente y para todos los casos y todos los tiempos, sino para aquellas cosas en que halle un interés y un peligro común, y en que la opinión pública y los recursos ó estado de una nación le permitan entrar en alianza, y, por último, que en las relaciones internacionales no hay sino dos modos de ser: ó estar en paz, ó estar en guerra, y un tercer estado intermediario que modifica hasta cierto punto el estado de paz, es decir, ser neutro entre dos naciones amigas que están en guerra.

Acomódeme Vd. estos principios intergiversables á las teorías americanistas; apliquémelos á la conducta que el Congreso americano aconsejaba á la América, y me dará Vd. por resultado las tergiversaciones del *derecho* claro y evidente, y los términos medios que pretenden conciliarlo todo, poniendo un pie en la verdad y otro en la mentira. Así es que para justificar la actitud del Congreso americano

ó explicar ciertos actos suyos, ha tenido Vd. que decir que los representantes americanos eran neutros é interesados, es decir que eran y no eran parte en la cuestión hispano-peruana; que no estaban en guerra pero tampoco estaban en paz; que las repúblicas americanas no estaban aliadas, pero que debían considerarse como tales reunidas en Congreso; así es que cuando Vd., después de guardarla mucho, le soltó al gobierno del Perú la gran palabra de que era neutral, desde ese momento el gobierno del Perú volvió la espalda al Congreso americano, que no le llevaba ejércitos por contingente y que le daba por apoyo una palabra desautorizada, que sabía no podría sostenerse por los hechos.

Digo á Vd. esto no porque creo que se oculten á su clara inteligencia estas vulgaridades traqueadas del derecho, de que Vd. ha sido el más infatigable propagador, desentendiéndose de preocupaciones de barrio y elevándose siempre á las regiones serenas de la razón y de la verdad. Lo digo porque no siempre ha ajustado Vd. á ello su proceder, ó, por lo menos, los argumentos de que Vd. se ha valido para explicar el de otros.

Así es que no comprendo por qué Vd., que participa de estas mismas ideas, y nunca se ha dejado arrastrar por sus impresiones sino por sus convicciones, haya preferido al camino llano y conocido, un camino tortuoso y movedizo que no conducía á ninguna parte.

Sus instrucciones escritas antes de los sucesos de Chincha estaban concebidas en el espíritu de las relaciones internacionales de todos los códigos del universo; y con relación á la América, sólo le encargaba explorar la opinión de Chile respecto del proyectado Congreso americano. No puede Vd., pues, invocar este precedente como lo hace, para autorizar su entrada á él interpretando el espíritu de sus instrucciones. Producido el conflicto de Chincha, se complementaron sus instrucciones en un solo punto, autorizándole á firmar un convenio de alianza con el gobierno de Chile para el caso en que la España sostuviese las declaraciones de Pinzón y Mazarredo sobre tregua y reivindicación, lo que era el polo opuesto de la idea del Congreso americano, respecto de lo cual se le renovó oficial y confidencialmente el encargo de no tomar parte en él mientras no recibiese órdenes del gobierno. El gobierno de Chile que no quería tomar parte en la cuestión, y el pueblo de Chile que decía á gritos por las calles, que no quería guerra con la España, nada contestó á nuestra proposición de alianza, y recién cuando vino la declaración del ministro de España, Pacheco, contraria á la de Mazarredo y Pinzón, soltó Chile una media palabra, diciendo que las demás repúblicas no estaban en condiciones de alianza, como lo estaba la República Argentina respecto de la de Chile y en esto se quedó todo.

No considerándonos nosotros tranquilos con la declaración del ministro Pacheco, mientras se mantenía el hecho de la ocupación de las islas de Chincha, dijimos á Vd. que nada podíamos hacer en la cuestión peruano-española, ni marchar de acuerdo con Chile, y le reencargamos volviese á insistir sobre el particular, previniendo que no fuese más allá de donde fuese el gobierno chileno en esa cues-

ción; pero no como Vd. parece entenderlo, para imitar todo cuanto hiciera el gobierno de Chile, pues precisamente le recomendábamos que no se asociara á ciertos actos suyos de que ya teníamos conocimiento ó que preveíamos, y entre ello estaba incluido el Congreso americano.

Además de la razones ya expuestas para no concurrir al Congreso de Lima tal como se presentaba, teníamos otra muy capital, y era el propósito de reforzar con la presencia de los diplomáticos de Chile y de la República Argentina, la acción conjunta del cuerpo diplomático acreditado cerca del gobierno del Perú, que tan favorablemente se había manifestado á esa república desde el principio de la cuestión. La Inglaterra, los Estados-Unidos, la Francia, el Brasil y todos los demás agentes diplomáticos habían protestado contra el hecho de Chíncha, y contra las declaraciones de Pinzón y Mazarredo. Interesado por su propio honor, por su propia vanidad, por la política tradicional de su gobierno en América, por la impopularidad de que estaba rodeada la España en esa cuestión, la habilidad diplomática consistía, no en hacer un congresito aparte, compuesto de media docena de las más pobres repúblicas de la América, excluyendo á las primeras naciones de ella, sino traer el concurso universal en torno del gobierno del Perú, y ayudarlo para hacer lo único que había que hacer : es decir un arreglo honroso que hiciera cesar el peligro para la América y el conflicto para el Perú. Es por esto que en las instrucciones que le dimos con tal motivo, le preveníamos terminantemente que limitase su acción á los buenos oficios de ministro diplomático acreditado cerca del gobierno del Perú, previniéndole que si Chile entraba en el Congreso americano, no contrariase en lo más mínimo esa idea, para que no tomase parte en él. Hasta ahora puedo explicarme por qué prefirieron llevar adelante la reunión del Congreso, y no procuraron cultivar con éxito la concurrencia de los agentes diplomáticos que tan bien dispuestos estaban.

Cuando digo que no me explico por qué prefirieron el Congreso, es porque no he visto aducir ninguna razón, no porque se me oculte que tanto Vd. como Montt, obrando contra sus convicciones, cedieron á la presión del público limeño que exigía Congreso á todo trance.

Aquí viene bien una explicación amistosa.

Parece que lo que le dije en mi anterior, á propósito de los móviles de su discurso en Chile y de su entrada al Congreso de Lima, lo ha tomado Vd. por un epigrama mío, de que se manifiesta resentido, cuando yo no he hecho sino copiar las mismas razones que Vd. me daba para motivar su proceder.

Así, cuando Vd. me decía, á propósito de su discurso en Chile, estas textuales palabras: «El estado de la ciudad no admitía otro lenguaje». Vd. hacía política, no para el gobierno de Chile, que ni le contestaba en su tono, ni para su país que no le había autorizado á declarar la guerra á la España, sino para las calles de la ciudad de Santiago, donde en aquel momento, como se lo observé á Vd., se reunía la gran corporación de la *Unión Americana*, organizada para propagar el americanismo, y donde, puesta á votación la proposición de si era ó

no conveniente la guerra con la España, sólo cuatro votaron por la guerra. Por consiguiente, respecto al Congreso de Lima, Vd. fué dispuesto á no entrar en él, lo mismo que Montt, y de acuerdo ambos en impedir su reunión ó por inconveniente ó por inútil. Apenas llegado á Lima, me escribió Vd. con fecha 20 de octubre: «La reunión del Congreso americano es una preocupación universal como la panacea que curará todos los males. No es posible contrariarla abiertamente, nos cuesta á Montt y á mí desviar esa corriente sin hierirla, proponiendo un aplazamiento de circunstancias, así es que en la segunda conferencia ya se vió Montt forzado á hacer promesas de próxima instalación.» Me agregaba Vd. además, que con tal motivo, Montt le decía á Vd.: «Escríbale al señor Presidente que le mande órdenes para el Congreso americano, seguro que nada hemos de hacer de que tenga que arrepentirse». Seguía una pintura del estado de desorganización y desmoralización del Perú, que Vd. me representaba como un leproso que en todo pensaba menos en curarse. Al leer esta carta dije á Elizalde: «La opinión de Lima va á vencer la convicción de Montt y de Sarmiento; van á ceder á la presión y van á entrar al Congreso con el pie cambiado». Así es que, autorizado en su propia carta, puedo decirle sin inventar yo el epigrama, que cedía Vd. á la opinión de las limeñas, porque las mujeres han influido siempre é influyen mucho en la política peruana, visto como se portan á veces los hombres en la guerra y en la paz, cuando se habla de opinión en Lima debe nombrarse primero á las señoras, y esto si Vd. es político.

Así, pues, no ha sido mi ánimo herir á Vd. en lo más mínimo, primero porque no soy muy chistoso, y segundo porque aun cuando lo fuera, no soy como Voltaire que por no malograr una agudeza que se le venía á las mientes, se exponía á perder un amigo.

No veo que una broma más ó menos pueda comprometer nuestra vieja y eterna amistad, pero por lo mismo que estimo mucho el concepto que Vd. podrá formar de mí, quiero justificarme ante sus ojos, demostrándole que no le he tratado con ligereza, y es por esto que á riesgo de fastidiarle, le escribo esta larga y pesada carta para cancelar de una vez nuestras cuentas pasadas y entrar en otra atmósfera, poniendo la proa hacia los Estados-Unidos, con cuyo motivo charlaremos en el viaje de cosas más grandes y más agradables para ambos.

Para acabar, pues, con estas cuentas atrasadas, le agregaré que si en mi correspondencia confidencial he sido con Vd. franco y tal vez brusco, ha sido precisamente porque estaba resuelto á no reprobar ostensiblemente la conducta que Vd. observase, cualquiera que ella fuese. Al proceder así consultaba el decoro de su puesto y mis deberes como amigo, no obstante que por mi parte me quedaba un sentimiento, y era que Vd., arrastrado por las corrientes de los sucesos, siguiese una conducta que comprometía la seriedad de mi Gobierno y mi crédito como gobernante. Á esto aludía la postdata de mi letra que Vd. no ha interpretado bien. Era decirle de la manera más amigable y más indirecta: *Haga Vd. cualquiera política, pero no á costas de su Gobierno ni de sus amigos.*

No puede ocultarse á Vd. que, habiendo dado la prensa del Pacífico en declarar sospechoso al Gobierno argentino y en interpretar siniestramente su no asistencia al congreso americano, hacer Vd. lo contrario sin autorización de su Gobierno y contra las órdenes de su Gobierno, según lo propalaban los diarios del Pacífico, y era la verdad, Vd. hacía política á costa del crédito del Gobierno argentino y daba razón á los que tan desfavorablemente le juzgaban. No es que me importe mucho el juicio efímero de una opinión sin nombre y sin consistencia de una prensa mal informada y sin autoridad moral, pero lo sentía por Vd., por mi y por las consecuencias que ésto podría tener para los intereses públicos.

Estos son hechos, y no son meras apreciaciones, como las de Vd. al suponer mala voluntad en los miembros del Gobierno para desacreditar sus pasos diplomáticos. No obstante no estar ningún miembro del Gobierno conforme con muchos pasos trascendentales de Vd., jamás ha trascendido nada en el público, y la prueba está en que ningún periódico de Buenos-Aires ha desautorizado su presencia en el Congreso americano, y que la primera noticia de que Vd. se hallaba allí sin representación ni poderes, ha sido dada no ha mucho por un diario de Valparaíso. Esta circunspección y la resolución en que estábamos de no desaprobarle nada ostensiblemente, nos autorizaba á ser más francos y explícitos en nuestra correspondencia confidencial y oficial.

Y aquí viene muy al caso decirle que cuando oficial ó confidencialmente, le damos instrucciones ó le trazamos reglas de conducta, no es á título de más capaces, como parece Vd. creerlo, ni de mejor informados que Vd.; sino á título de autoridad, porque somos el Gobierno nombrado por el pueblo para gobernarlo, y los únicos responsables ante él de los actos de Vd. como de los nuestros mismos. Ya ve Vd. que mi argumentación no puede ser más absoluta ni más constitucional. Así es que, Vd. que es tan constitucionalista, que ha sostenido que ni los Congresos pueden hacer política, y mucho menos política exterior, como lo sostiene hoy el presidente Lincoln nada menos que ante el gran congreso de los Estados-Unidos, extraño que Vd. me diga que á pesar de todo, si hubiese creído convenientes los tratados del Congreso, los hubiese firmado por su cuenta, por no ser sólo el Presidente de la República y sus ministros los que están encargados de guardar el honor de su patria, ni á ellos solos les está reservada la apreciación de los casos, lo que es lo mismo que decir que los diplomáticos pueden hacer política por su cuenta y contra la política de su Gobierno.

Pienso que un diplomático poder hacer todo menos política suya, y entre mil razones obvias, se me ocurre una. Si cada diplomático ha de hacer una política sin recibir una dirección general, Vd. podría haber hecho una en el Perú, Balcarce otra en España y Mármol otra en Río Janeiro, y saldría una cosa lucidísima y cuando se abriera el Congreso, ó se publicaran los documentos, el Presidente de la República tendría que responder de todas esas políticas contradictorias y cargar con la responsabilidad de los actos que desaprobaba, ó que eran inconciliables entre sí.

No veamos á los hombres en estas cosas ; prescindamos de quien es más capaz, quien ve mejor ó quien tiene más razón en la discusión, y veamos sólo quién es el que tiene derecho á hacer tal ó cual cosa, tratándose de la política general del país y de sus altos intereses en presencia del mundo, que esto es de lo que venimos tratando.

Por lo demás, en cuanto á la autorización directa ó indirecta, para concurrir al Congreso americano, Elizalde contestará á Vd. con sus propias comunicaciones y no teniendo ya objeto esta discusión, podemos doblar la hoja y seguir adelante.

Una de las razones que me hacían ser más circunspecto en el conflicto peruano-español, era la convicción en que estaba de que, á pesar de todo, si la guerra estallaba entre el Perú y la España, era casi imposible que directa ó indirectamente no nos viésemos complicados en ello. Por eso aproveché el acto de la recepción del ministro español para significarle que evitaré conflictos en las Repúblicas americanas, que nos pondrían en el caso de llenar deberes dolorosos pero imprescindibles. No podía prever de antemano si la situación que se crease daría lugar á una protesta, á una intervención, á represalias ó á la guerra y las alianzas con todas sus consecuencias, y por eso mismo al señalar ese peligro creía trabajar eficazmente para la paz, salvando á la vez la actualidad de mi país sin comprometer la de la América ni nuestras buenas relaciones con la España y con la Europa. Procediendo así, poco me importaba que dijese que yo por no comprometer la paz, el comercio, la inmigración y el crédito europeo de la República Argentina no quería comprometerla en el conflicto peruano-español, porque esta crítica de la estupidez era la apología de la política que seguía formulada en estas palabras que dirigí al Congreso al cerrarse: « Argentino ante todo, el Gobierno no dejará de ser americano y buen vecino ».

Creía que nosotros teníamos derecho á proceder y hablar; nosotros que, por nuestros propios esfuerzos, nos constituimos independientes, y nos sacrificamos por la independencia de la América, nosotros que hemos vivido de nuestras propias miserias y desgracias, durante largos años, mientras que otras repúblicas explotaban en su provecho el descrédito de la América, y que al fin nos hemos salvado y regenerado solos: nosotros bien podíamos hablar y proceder así, sin pasar por egoístas, ó cobardes, porque no se trataba de generosidad ni de valor, sino de patriotismo, de conveniencias y de derechos y deberes claros y evidentes.

Con estas convicciones y estos propósitos, sigo mi camino, y el resultado va correspondiendo á los esfuerzos sin que por esto repruebe, ni el americanismo que tiene su razón de ser hasta cierto punto, ni la conducta de las repúblicas americanas, que ha sido lógica en cuanto á lo que les era dado hacer. No excluyo el americanismo, dado que se reconoce que estas repúblicas tienen intereses comunes y principios solidarios, sobre todo tratándose de cuestiones con la España. No repruebo la conducta de Chile porque haya dicho y hecho menos que nosotros, sin embargo que se ha comprometido más; ni la del Perú, que no podía hacer más de lo que ha hecho, aun cuando se hubiere embarcado la América entera en esa nave

que habría ido á pique más pronto con el auxilio de nuestro peso. Ni entro en todo lo que ha hecho el Congreso americano, ni desconozco su saludable aunque limitada acción en ciertos puntos, por más que, como Congreso peruano-americano, haya asumido la responsabilidad de aconsejar que no atacara, al que decía no tener cómo hacerlo, y por último le haya dado un certificado de buena conducta con motivo del tratado con la España, comprometiendo su seriedad que es la que más ha debido economizar — aunque en materia de bravatas y declaraciones de efecto hubiese sido pródigo — porque teniendo fama de parleros, siempre allá se cotizan nuestras palabras como nuestros bonos, al 40 %.

Yo con esto, he concluido, gracias á Dios, esta larga y fastidiosa carta que á mi mismo me iba dando sueño. Ahora tenga Vd. la paciencia de leerla y de olvidarla, porque el asunto no merece la pena de insistir.

Deseo que cuanto antes siga Vd. su viaje á Estados-Unidos. Por ahora me despido deseándole toda felicidad y repitiéndome como siempre su afectísimo amigo.

(Firmado) B. MITRE.

LA RUEDA LOCA

« Quien escucha, oye su daño »

(LOPE DE VEGA, *El castigo sin venganza*.)

Que s'est-il passé ? Un mot, une phrase ont suffi pour détraquer ce mécanisme cérébral si parfait tout à l'heure et où tout marchait si bien.

(H. BEAUNIS, *Les Sensations internes*, XXII.)

I

Una plácida tarde de verano, en Mar del Plata; lunes de Carnaval.

En su pintorerco *chalet* de la Loma, el conocido especulador Fabián Linares acababa de sentarse á la mesa, con su mujer Balbina — una de « nuestras aristocráticas beldades » — y la interesante pareja de Moral, más conocida en la playa por el apodo de « Los dos pingüinos ».

Digamos en seguida que el mote ornitológico, lejos de tener alcance denigrante, envolvía cierta simpatía retozona, por parte del centenar de amigos que el médico Moral contaba en el Bristol. Reventó la broma una mañana de enero, al tiempo que los insepara-

bles cónyuges, tomados de la mano, se entregaban á la caricia de la ola que hamacaba blandamente su acolchada humanidad, á manera de boyas gemelas. De un grupo alegre que, desde la Rambla, saboreaba esta marina, partió la saeta indolente que quedó clavada en tanto relieve tentador. Y es la verdad que semejaban dos hermosos pájaros niños eternamente enamorados, cuando risueños y vendiendo salud, ceñidos al peinador de lana los sopladitos de temblorosa gelatina, se arrastraban por la arena, en demanda de la doble caseta matrimonial. Pero nadie recalca en el chiste inocente; y, por haberlo olvidado, pasóle á esa avispa de Fanny Lunch (como le decíamos por su buen diente, mudando la vocal del apellido) quedarse corrida, una vez que quiso adaptar á la circunstancia, en sus graciosas imitaciones de Sarah Bernhardt, la traída fábula de *Adriana Lecouvreur*:

Deux pingouins s'aimaient d'amour tendre...

Saturnino Moral era hijo de un estanciero del sud. Célebre desde el aula por sus excelentes prendas físicas (y *morales*, naturalmente), había cruzado el piélago estudiantil sin un desliz que merezca reparo. Fué el espejo (redondo) de los practicantes, después de ser el alumno ejemplar: bebía agua, no jugaba ni casi fumaba, y su único recreo pastoril, si bien calamitoso para el vecindario, era estudiar la flauta con una paciencia de cautivo y un aliento de huracán. Descolgó la borla doctoral sin conocer más dispepsia ó jaqueca que por el texto de Jaccoud. Á poco llegaba la clientela, si atraída al principio por la fama universitaria, consolidada luego por el trato jovial y el efluvio de sanidad que su personilla despedía. Rechoncho y movedizo como una bocha, prestábale aspecto formidable el fenomenal desarrollo de su sistema capilar. La cara toda era una selva obscura que invadía los ojos vivarachos, se extendía por las cejas de matorral, sin más picada limpia que el istmo estrecho de la frente, hasta juntarse con el cabello, tan recio y tupido que parecía gorra

de pieles. Y para quien conociera su buena sombra y mansedumbre, era un contraste irónico el que esta alma de Dios ostentara tantos pelos y barbas que podía abastecer á diez feroces *masnadiéri* de ópera.

Casóse á los veintisiete años con su prima Ofelia, que soltaba la flor de sus dieciseis, y dicho se está que fué su primera y única pasión. ¡Aquí vendría de molde aquella antigualla de la « media naranja »! Ya entonces era Ofelia — pues ha cambiado muy poco — la copiosa criatura que, ocho ó diez años después, hemos admirado en la playa, *in naturalibus*. Un tanto más alta que su « Saturno », como le llamaba en las circunstancias más graves de la vida, su cabeza rubia y frescas mejillas remedaban una dorada mies matizada de amapolas. Su exuberante y alegre persona había guardado cierto sello infantil: un hermoso Bebé-Jumeau con ojos de turquesa, cuya rosada carne, como la de fragante albaricoque, incitaba al mordisco, al paso que la deslumbrante dentadura, asomando siempre por entre los rojos labios abiertos, parecía un teclado de carcajadas.

La paz vegetativa de un hogar sin hijos no podía sino desarrollar tan espléndidas primicias: creció la doble obesidad, cual emulada por el cariño, y tan natural como la hinchazón de las olas al venir la pleamar. Aquella parecía la justa recompensa de su plácido egoísmo. Vivían en sí y para sí, pegados el uno al otro, dentro como fuera de casa; y si, por rara casualidad, lograba separarlos alguna ráfaga mundana: baile, comida, ó excursión — era caso seguro volver, al breve rato, á encontrarlos juntitos, semejantes á dos corchos que, de un extremo al otro de un estanque, se atraen irresistiblemente. Por cierto que su perpetua alegría no esquivaba el bullicio balneario; mas ellos no lo precisaban para dialogar sin tregua y festejarse sin fin sus gracias pueriles. Y los que conocíamos á Saturnino y le sabíamos inteligente, concluíamos por hallar cierta grandeza filosófica, en la serenidad inalterable con que escuchaba sonriente las candideces estrepitosas y los tropezones gramaticales

de esa cotorra gigantesca, cuyo especial afán, á pesar de los esfuerzos y precauciones del marido, era pescarle algún terminacho profesional para esgrimirlo á contrapelo. Al fin, él se resignó á esto, lo mismo que á lo demás, escuchándolo todo sin un pestañeo y, según una expresión selecta de Ofelia, « como quien oye el *organismo* de la esquina ».

Vivían felices ; al parecer, sin divisar un punto negro en su inmutable cielo de porcelana azul. Con todo, un ojo perspicaz habría hallado en ese destino envidiable, la raja secreta que á ninguna felicidad terrestre puede faltar : y era la sed tantálica del heredero que no vendría nunca. Amaban por demás á Cecilia, la hija única de los Linares. Ofelia, sobre todo, á pretexto de un vago parentesco se absorbía ahora en el culto de esta deliciosa criatura de siete años, con un arrebató excesivo que casi inspiraba inquietud. Día á día crecía el afecto, hasta tornarse una pasión celosa que toleraba apenas la intervención de los mismos padres. Estando ella presente, no había sirvienta ó ama que tocara á la infanta : Ofelia, y nadie más, era quien la cuidaba y acicalaba, sacándola á la playa y volviendo con ella hasta dejarla dormida. La ausencia regular del padre le sabía á maravilla ; y no hay que decir si, después del condenado domingo, miraba acercarse con fruición secreta la noche del lunes, en que Fabián volvía á Buenos-Aires en el « tren de los maridos », dejándola por una semana dueña del campo.

Algo parientes las señoras, y sus maridos amigos del colegio, aunque bien descabalados de genio y hábitos, se había estrechado más y más la intimidad por la coexistencia balnearia, llegando á fundirse en una sola las dos familias. Cada cual encontraba en ello su mejor bien, hasta Fabián que, amistades aparte, sabía á los suyos bien acompañados, mientras él pasaba en Buenos-Aires la semana casi entera. Salvo rara excepción, comían juntos todas las tardes, y cuando, como hoy, no había invitados, cada cual se sentaba como quisiera, sin ceremonia, levantándose á trechos para contemplar el mar por la ancha vidriera abierta, ó charlar con Cecilita que, por esta

vez, y á pesar de las protestas de Ofelia, comía solita en una pieza contigua. Por un resto de « pudor », la mamá postiza no había quedado allí haciendo merendita con su niña mimada, pero se desquitaba con no parar un minuto, levantándose á ratos con gran *frou-frou* de faldas y volantes. No faltaba quien acompañara con una cuchufleta amistosa las salidas de la imponente beldad, cuya plenitud de formas amoldaba su traje de seda Pompadour.

Rasgo curioso : Ofelia, que tenía en cualquier materia artística un mal gusto escandaloso, vestía con suprema elegancia y casi estética originalidad, — si bien un tanto llamativa, achaque frecuente en las rubias florecientes y encendidas. Merced á su elevada estatura y al sabio artificio de su vestir, disimulaba los excesivos relieves del busto, erguido « en ofrenda », no quedando aparente más que la majestad opulenta de la diosa agreste ó heroína de Nibelungo. Por lo demás, era aquello pura « autolatría » y mero interés artístico : con Saturnino y Cecilia, principiaba y acababa para Ofelia el mundo del sentimiento. No era tan sólo blanca, sino fría también como el mármol y la nieve, y el pensamiento del pecado, ó siquiera de la más inocente coquetería, hubiérale parecido tan absurdo como el de un hurto doméstico. Ello era muy sabido por los merodeadores de la playa, y, por otra parte, su bobería notoria era el primer baluarte de su virtud.

II

La luz crepuscular, que penetraba profusamente por las ventanas laterales y la amplia vidriera de colores que casi domina el barranco á pico, bastaba para acabar la comida sin encender las lámparas.

Después de una siesta excepcionalmente calurosa, aspirábase con delicia la húmeda brisa del mar. Á trechos, refrescaba la virazón, y una ráfaga salubre, después de sacudir con violencia los flecos del cortinaje, llegaba detenida hasta la mesa, donde movía suavemen-

te las flores en la bandeja y los rizos sueltos en la frente de las mujeres. Un vasto bienestar flotaba en el ambiente.

La elegante sencillez del mueble — roble encerado con filete negro — se avenía con el matiz claro de las paredes y cielo-raso, sobriamente pintados; tres ó cuatro cuadritos de paisaje ó caza muerta que merecían la mirada; poquísimas baratijas ó *bibelots*; pero, acá y allá, la nota viva de una loza se destacaba sobre el fondo discreto. La fina vajilla y el servicio correcto, sin boato estrepitoso, revelaba un gusto seguro, que no todos los millonarios al minuto se acuerdan entonces de importar, junto con sus facturas europeas.

Gracias á un oportuno paseo á Europa, — aconsejado por Balbina, — á raíz del gran desembalaje de la Exposición, Fabián logró poner en salvo, en el desastre general, buena parte de la fortuna improvisada en aquel hervidero de papeles bancarios, acciones, traspasos de terrenos baldíos, y demás agios y atropellos que representaron en aquellos años lo más visible de la labor nacional. Á su regreso, estallaba el krach. Sin dejar de tocar llamada á los picos dispersos — ¡del lobo un pelo! — pudo convertir su reserva en sólidas adquisiciones, préstamos hipotecarios de sogas al cuello, gangas urbanas ó rurales. Así, con quebrantos y todo, triplicó su fortuna en el deshielo universal. Entonces se puso al paio, durante el largo chubasco, contentándose con pellizcar en la Bolsa algún corretaje pingüe y seguro. — Además, su arco tenía varias cuerdas: era abogado, — como casi todos los argentinos que no son médicos, — y, para ciertos asuntos escogidos, de más trastienda que doctrina, volvió á abrir su estudio, cerrado desde la epidemia agiotista.

Con su inteligencia rápida y asimiladora de placa fotográfica, bastábale á Fabián la lectura de los diarios, con una que otra revista, para alimentar el capital en giro de su información. Joven aún, — treinta y nueve años bien peleados, — sano y robusto, con buena dentadura, cabello honorable y un resto de elegancia mantenida por su sastre inglés, — el genial artista de Regent-street, — él podía

lucir todavía por esas veredas su figura algo estereotipada de buen mozo porteño. En lo moral, no era por cierto ningún quijote (no seamos antiguos!), hasta se le atribuía en los negocios una frialdad de entrañas capaz de extraer médula de un adoquín; pero se exageraba, sin duda. Por lo demás, era amigo leal, generoso, y hombre de arriesgar el bulto en lo que se llama una « cuestión de honor »; lo que constituye un caballero, en estos tiempos sin caballería. En resumen, un buen ejemplar, antes embellecido que deformado, de la generación que templó en el Paraguay su fibra juvenil, y hoy, en su madurez, ocupa el escenario argentino.

Al pisar la treintena, después de una juventud relativamente preservada por cierta delicadeza de paladar, Fabián conoció á Balbina C., durante el viaje de vuelta de una primera gira por Europa: el joven — hagámosle justicia — se enamoró sinceramente, antes de saber que era la muchacha, además de exquisita, una rica heredera, huérfana de padre y sin más *impedimenta* que la madre viuda con quien venía de París. La forzosa intimidad de á bordo suele abreviar términos y preparar sorpresas: cuando la señora de C. puso atención en este obsequioso compañero, de quien pensaba despedirse al fin del viaje, se encontró con que su hija estaba comprometida *ad referendum*. Para Balbina, seguramente, el partido no era deslumbrador: el novio no tenía fortuna ni porvenir visible. Pero se amaban y se casaron. El tiempo dió la razón á la corazonada de la muchacha: parecía feliz, entre su marido y la adorable criatura que fué el fruto único del matrimonio; — y lo fuera, sin duda, si los miramientos personales y las satisfacciones mundanas bastaran á la felicidad.

Pasaron ocho años, sin tener cambios profundos en la situación inicial. Los esposos se querían razonablemente, sin excesos ni arrebatos líricos, con arreglo al buen tono moderno: él cada día más avenido con la tranquilidad de un hogar confortable que le dejaba su libertad exterior; ella, muy orgullosa para dejar que se leyera en su perfil de camafeo el rastro de un secreto sufrimiento, aunque tu-

viera la sospecha de la traición. — Calavera profesional, nunca lo fué Fabián, ni en sus años de relativa locura: había probado todas las frutas pecaminosas sin apegarse á ninguna. Ahora, sin querer confesarlo, cada nueva y vulgar aventura le dejaba más hastiado que la anterior. La madurez le iba morigerando, y reduciendo este capítulo de su existencia á tal cual breve enredo de bastidores ó tropezón fortuito, tan efímero como insignificante. Durante la presente temporada veraniega, quiso su mala estrella que una serie de trapisondas bursátiles le pusieran en contacto con ese correntón y trasnochador de Manolo Caro, — Don Juan Tenorio para cafés cantantes — y esta aparcería comercial quizá fuera la causa de no haber doblado de una vez la hoja clandestina...

¿*Amaba* Fabián á su mujer? Es muy probable, aunque, á la verdad, sus ocupaciones por partida doble le dejaban poco vagar para este examen de conciencia.

Quien se guíe de apariencias, puede juzgar que el amor conyugal sigue la suerte de toda cosa humana, y se apaga junto con la llama externa y ligera de su sobrefaz: suele vivir, con todo, la braza inextinguida, en el rescoldo de la memoria; y basta á las veces, para revivirla y hacerla centellear, una ráfaga de tormenta, — la amenaza de la pérdida irreparable, la inminencia del escarmiento cruel. Pero, ¿no sería ya tarde cuando la verdad eterna rasgara el velo del sofisma, y apareciese la joya doméstica como el supremo y único bien?

Fabián no reparaba en que desatendía á Balbina, precisamente en esta edad del apogeo físico, que suele ser también la hora de las crisis secretas. No sabía que eran muchos los que la hallaban bella y digna de inspirar una pasión vehemente y sincera; los que, tal vez con vaga esperanza, compadecían á la reina desdeñada, y, en la playa, en la Rambla, en los salones del Casino, seguían con mirada larga á este dechado de gracia y perfección... Pero esto parecía ocultarse al legítimo dueño; mejor dicho, con una tranquilidad completa, que era en el fondo un supremo homenaje, no entreveía

peligro posible en que Balbina quedara sola cada semana, y dueña absoluta de su libertad.

Esta misma noche de Carnaval, se daba en el Casino un baile de trajes, al que Balbina asistiría, rodeada por un círculo de ardientes admiradores, —y sola, puesto que, á pesar de haber llegado la víspera con declarada intención de pasar aquí los tres días de fiesta, tenía Fabián que ausentarse esta misma noche por caso fortuito y de fuerza mayor. Por la mañana, había recibido un telegrama de su socio Manuel Caro, que le llamaba con urgencia á la estación Maipú, « para cerrar trato mañana mismo con el interesado ». Y Fabián, esta vez, se había mostrado como nunca pródigo en explicaciones comerciales: tratábase de una compra de campo en el partido aquél, « una verdadera pichincha » que había que cazar al vuelo, antes que el vendedor ofuscado tuviera el tiempo de la reflexión. Por lo demás, este contratiempo le desesperaba! Pero no permitiría que se cambiara un tilde en el programa de la fiesta. Irían á distraerse, sí, señor, como si él estuviera: sus amigos Moral traerían á Balbina... « Ah! las exigencias de esta vida moderna, querido Saturnino!... ¡ Condenado vendedor!... » —Y, durante la comida, por sobre la cabeza encantadora de su mujer, Fabián miraba el reloj de pared y calculaba que, dentro de seis horas, estaría en el comedor de campo de Manolo, cenando en *partie carrée* con el vendedor, — que resultaba « prestamista » y era nada menos que una salada cantadora *flamenca*, estrella de un teatro de candil, quien, después de una inconcebible resistencia de tres semanas largas, alzaba al parecer pendón de parlamento, anuncio certero de próxima rendición.

III

Aunque se sintieran, debajo de la esforzada serenidad de los dueños de casa, indicios inequívocos de temporal y « mar de fondo », la

comida no había estado triste, ni podía estarlo, hallándose presente la rolliza pareja Moral. Bastaban ellos para honrar el *menú*, — especialmente « Saturno » que era capaz de repetir la hazaña de su mitológico patrón, si no en aquello de devorar ¡ ay ! á sus hijos, en lo de digerir piedras, — al propio tiempo que se despachaban la crónica de la playa con brío incomparable. Hacían desfilas todo el *high life* balneario, volviéndose la pelota sin hacer caso del silencio y encogimiento de los demás.

Aquel año señaló el apogeo de Mar del Plata: los hoteles, chalets y fondas de menor cuantía rebosaban de gente conocida; y, síntoma elocuente de la envidiable prosperidad, hasta asomaron la cabeza llamativa algunas dudosas parejas de forasteros, que, según las señoras escandalizadas, trascendían á « medio-mundo » internacional. Hacía una semana, contaba Saturno, que ponía al Bristol en revolución, una bellísima y estrepitosa rumana, ó cosa por el estilo, cuyas *toilettes* hacían sensación en la Rambla. Traía de esposo á un vago representante de « Sociedades europeas », cuya suerte al *écarté* causaba tal admiración, que había concluido por no encontrar adversarios, fuera de tres ó cuatro adoradores de su mujer, quienes se relevaban para aguantar el trasquilón. De todo ello, lo único bien demostrado era el hechizo de la « baronesa » (naturalmente !); y no hay que decir si convergía á su rubia cabecita encrespada la puntería de nuestros *swells*. La « prójima », para usar el estilo temerario de Ofelia, cantaba « divinamente »; y como se hubiera admitido su concurso en un reciente concierto de caridad, era ya difícil afectar gazmoñerías, tanto más cuanto que, hasta ahora, aquello no pasaba de galanteo platónico. Citábase, entre sus más rendidos suspirantes, al flamante millonario Pepe Morcillo, que un gran malón de Bolsa acababa de remontar al pináculo de la aristocracia...

— « Sí, señores, declamaba Saturnino con entusiasmo: Pepe Morcillo, el hombre-cifra, el autómeta calculador que sería capaz de extraerle la raíz cuadrada, y hasta redonda, al lucero del alba: el

único Pepito está enamorado, apasionado de la baronesa, hasta el grado de apechugar con el écarté del marido, que en cada sentada le deja bizco!...

— No te burles, dijo Fabián, es un gran especulador...

— Ya lo creo! un especulador de siete suelas!... Pues bien, ese gran hombre ha renegado de los preceptos más israelitas de su credo : padece de chifladura auténtica. Está tirando un dineral en flores raras, regalos discretos y demás argumentos cotizables...

— Y esa quintita de que me hablabas, interrumpió Ofelia...

— ¿Quintita?... Ah! si, ya caigo. Estremécete, Fabián : en el delirio de la pasión, Pepe ha escrito versos! Tiene razón mi epigramática mitad : en un abanico cuajado de brillantes, Pepe ha cometido esta quintilla, la única de su vida, que bien vale, no digo una quinta, sino una chacra con sus anexos y dependencias :

Persigo un sueño, y no sé
Si es ofensa el vano ahinco :
Mas, si al amarte delinco...

Inco! Atención, señoras, y estarse tiesas para el final :

Delincuente moriré,
¡ Como tres y dos son cinco!...

Ofelia, que había desaparecido sin darse cuenta exacta de las risas que saludaban la « quintita », volvió al punto, algo perturbada, y gritó, desde la puerta del comedor : « Cecilia parece indispuesta, no quiere comer... »

Todos se levantaron y pasaron al cuarto inmediato, donde la niña estaba sentada á una mesa de juguete, delante de un sofá cubierto de cintas y encajes. — Se había tenido la graciosa idea de abrir el baile muy temprano, con una cuadrilla de niños vestidos á estilo Luis XVI : las cuatro parejas históricas de Trianón que debían ejecutar el minué favorito de María-Antonieta. Cecilia hacía de condesita de Polignac, y había querido comer teniendo á la vista el exquisito

vestido de corte, que había de cuadrar á maravilla con la gracia delicada de la rubia criatura. Nada faltaba al lujoso traje, reconstituido por la célebre M^{me} Machin: caracó de raso verde-manzana y chaleco de raso blanco con seis rosetas celestes por delante, mangas cortas de gasa y punto de Chantilly, falda de satin rosa con ancho falbalá floreado; para el cuello, un gran fichu-jabot de gasa de Italia y, por fin, como calzado, unos como dedales de droguet de seda *azufre*, con cinta negra á la *Jeannette*. Pero, lo que era un « sacrilegio », según Ofelia, era empolvar ese rizado pelo de oro y atarlo por detrás en *catogan*, sin dejar libres más que dos gruesos bucles que caían adelante... « ¡Todo el pelo suelto por detrás, hija, á la *Consejera*; para eso lo tenemos lindo!... »

Entretanto, estaba pálida y triste la condesita, delante de su plato lleno. Repetía que no sentía nada, sin perder de vista los trapos del sofá. Parecía un tanto resfriada, pero Saturnino, que la examinaba, no descubrió síntoma alguno: nada de fiebre ni opresión, cuando más la piel algo caliente y la garganta un tanto roja, aunque sin rastro de falsa membrana. Con todo, como murmurase á media voz: « Quizá mejor sería que no saliera, el frío de la noche... » Ofelia dió un brinco de indignación:

— ¡Déjate de *tirapéuticas*, Saturno: la neña no tiene nada! Un poco de desgana... pero ni eso, ¿verdad, hijita, que vas á comer?

Y, en efecto, el angelito, con los ojos llenos de lágrimas, se esforzó por mascar un bocado, — desplegando ya el precoz heroísmo nervioso de la mujer que, con tal de no perder un baile, se levanta de la cama y se mantiene en pie, risueña y fuerte, hasta el amanecer. Pero el médico se opuso á que comiera, y tranquilizó á Balbina afirmándole que se trataba de un catarro leve.

Sirvieron el café en la terraza que domina el mar; los hombres encendieron sus cigarros, las señoras bajaron al jardín, y hubo unos segundos de silencio delante del vasto panorama, en esa beatitud física que nace de una buena digestión, delante de un reposado horizonte.

No tiene Mar del Plata, por el lado del océano ni de la tierra, el encanto de las grandes estaciones francesas sobre el Atlántico. Le falta el cuadro siempre nuevo de la puesta del sol, sobre las olas resplandecientes y aquietadas. Tampoco posee el fondo grandioso de Biarritz, ni las colinas pintorescas de Trouville, con sus villas cubiertas de follajes y dominadas por el campanilo de Nuestra-Señora de las Victorias. Con todo, no carece de atractivo, si se contempla desde la Loma verde, tornasolada por el crepúsculo y cortada á pico sobre las canteras de arenisca, donde la resaca rompe con estruendo, alzando penachos de blanca espuma que irisa la rasante luz. El océano vacío, color de pizarra, se despliega hasta lo infinito, cortando el cielo más claro en un arco de nitidez perfecta. El áspero acantilado del nordeste contrasta duramente con la colina ondulada, donde se levantan cinco ó seis chalets, alrededor de la iglesia de aldea. Hacia el sud, después del encajonado arroyo del molino, cuya esclusa alcanzan á llenar las grandes marejadas, la playa desarrolla en suave declive su semicírculo arenoso, cubierto de casillas flamantes, á lo largo de la Rambla, ahora casi desierta. Á la izquierda de la población, las masas blancas del Hotel Bristol y del Casinoyerguen sus fachadas cuadriculadas, feliz combinación arquitectónica de la estación ferrocarrilera y de la garita; más allá, por fin, coronando el otro extremo de la media luna, otras colinas verdes, con otras villas pintorescas y alegres, sobre una segunda playa invisible y de atrayente soledad...

Los dos hombres contemplaron en silencio y por centésima vez la grandiosa escena apacible; luego, el médico sacó su reloj: « Las siete y media, tienes todavía cuarenta minutos ». Y agregó con intención: « si es que te vas, decididamente ». Fabián le miró de soslayo y, después de seguir la espiral de humo de su cigarro, contestó con imperceptible ironía:

— « ¿Á que tampoco crees en mi negocio urgente? ». Y ya comenzaba á repetir la historieta aquella; pero el otro se encogió de hombros:

— ¿Para qué te cansas? No nos pueden oír...

— Pues bien, soltó Fabián al pronto, cual si al hablar, saborease el gusto anticipado de la fruta prohibida; sábelo todo, patriarcal Saturno, y tiembla de horror! Es cierto. El negocio es de broma: se trata de una fiesta con faldas en la estancia de Manolo. ¡ Ah soy un criminal! ya sé que tienes tu sermón en la punta de la lengua: la paz de la familia, el deber, la Ley divina, la Constitución! Déjate de papel de barba. Bien sabes que no soy un calavera: nunca he tenido ni tendré querida de remache. Pero es ésta una « ocasión », como dicen en los baratillos. Uno de esos saleros de Triana, irresistibles durante dos horas y reventativos después. No hay cuidado; es una simple escapada. Concluída la función, me verás volver mañana tan tranquilo... Tanto más, cuanto que tengo una confianza en la hidalguía de Manolo, al volver yo la espalda!... ¿Estas escandalizado? Te parezco criminal, infame, digno de...

— Me pareces grotesco, sencillamente, — contestó Moral, — con tu ocasión de baratillo y tu papel de edecán galante de Manolo. A él le comprendo: está en su función profesional de conquistador de bastidores ó casas amuebladas y asaltante de puertas abiertas; si él no fuera eso, no sería nada. Donde otros se marchitan, él engorda y florece; vive en la crápula, como el cerdo en el cieno: *Chancho Panza!* Pero él no engaña, no miente, y esto le presta una como soltura y elegancia en el vicio. Tú, á su lado, estás desorientado y zurdo. Te pareces al colegial que fuma en pipa... Dices que volverás mañana tan tranquilo... Volverás avergonzado y triste... La mirada de tu mujer, el beso de tu hijita... No, basta; me parece que las ultrajo con sólo mentarlas ahora, en tu presencia: y es tu primer castigo...

Saturnino se había expresado con inusitada vehemencia; se detuvo bruscamente al ver á Balbina que volvía con Ofelia, teniendo de la mano á la niñita, ya juguetona y risueña. Se oía la voz de la segunda, sosteniendo una acalorada discusión en que, según su costumbre, ella misma se contestaba:

— ¿Me dirás que tanto vale lo uno como lo otro? ¡Ave María, Balbina! Entre la blusa con canesú y el corpiño blusa, hay la distancia del cielo á la tierra!...

Las señoras quedaron de pie, en el extremo opuesto de la terraza; y mientras Ofelia proseguía su apasionado monólogo, Balbina contemplaba el paisaje, pensativa, arrollando en su índice un rizo de su hija. Fabián la miraba, y el médico observaba á Fabián. Con esa estatura mediana que encierra la perfección del tipo, Balbina parecía alta, debido á la armonía de su cuerpo escultural y al ritmo perfecto de sus movimientos. Su mate palidez, la pureza de sus facciones tranquilas; sus grandes ojos pardos estriados de oro, que parecían verdes ó negros según la hora y el reflejo; el ondulado pelo castaño, que la luz crepuscular matizaba de leonados cambiantes: todo prestaba á su hermosura un sello de extrañeza é incesante novedad. Su elegancia suprema era un refinamiento en la simplicidad. Por momentos, vibraba la música de su voz grave, diciendo cosas sencillas que parecían profundas; y en el menor ademán de sus manos exangües, de dedos ahusados: en el gesto familiar de alzar su guante de Suecia sobre el brazo desnudo, ó de asegurar rápidamente una horquilla de su peinado, encerraba inconsciente un poema de gracia y seducción...

La noche descendía lentamente; oyóse un prolongado silbido, primer llamada del tren; Fabián vaciló un instante, miró la hora á su reloj y dijo á su mujer con voz suave, casi tímida:

— ¿Quieres hechar una ojeada á mi balija?

— Ya está pronta, contestó ella con voz breve, y al punto se dirigió hacia el interior. Fabián la miró alejarse y, pasados unos segundos, se fué tras ella. Saturnino miró á Ofelia con maliciosa sonrisa y murmuró:

— ¡Que se nos queda!...

Pero esta perspectiva no fué del agrado de Ofelia. ¿Por qué empeñarse en contrariar á Fabián, tal vez para perjudicarlo? — « No te metas, Saturno: más sabe el cuerdo en su casa, que el loco en casa ajena!... »

— ¡Gran verdad, aun puesta de revés!...

Seguían cambiando razones á media voz, ella porfiando por el viaje que la dejaba libre y dueña de casa, él argumentando por la morigeración, cuando reapareció Fabián con su balija en la mano. Su cara revelaba marcada contrariedad. Besó á su hija, dió la mano á Ofelia : « Hasta mañana, cuídemelas bien! » Y, seguido de Saturnino, subió en el carruaje que esperaba delante de la puerta de reja. Entonces apareció Balbina en la ventana del piso alto : siguió con la mirada el coche que se alejaba y cuyo farol rayaba la obscuridad ; dejando entonces caer su cabeza en sus manos abiertas, rompió á sollozar...

— Mamá ¿qué tienes? gritó Cecilia desde la terraza, por qué... » bruscamente ahogó su vocecita cristalina un violento acceso de tos.

IV

Poquísima gente en la estación ; naturalmente, bañistas y viajeros de la víspera se quedaban en Mar del Plata hasta después de las fiestas. Era menester un caso excepcional, un quehacer urgente, — como el de Fabián! — para volver á Buenos-Aires, en los propios días que otros aprovechan para escapar á las llamas de este infierno veraniego. Sobraba sitio, y pudo instalarse solo en un departamento extremo del *sleeping-car*. Dejó allí su balija y como faltara aún un cuarto de hora, los dos amigos pusiéronse á pasear por el andén. El tren había absorbido ya á sus escasos habitantes ; los empleados conversaban por grupos : nada de la batahola acosada y febril de las grandes salidas maritales, los otros lunes. Fabián se sentía nervioso, impaciente, y es posible que naciera en parte su mal humor, del descontento de sí propio. En una de tantas idas y venidas, Saturnino se apartó del andén cubierto para observar el

estrellado cielo : la luna rojiza y apenas menguante emergía del horizonte, sobre el mar invisible. Murmuró: ¡Hermosa noche! Estará hecho una delicia el terraplén del Casino...

— Á propósito, dijo Fabián, ¿no ves imprudencia en que vaya Cecilia á ese baile?

—Cecilia no tiene nada. Además, su minué habrá concluido á las diez : volveremos á ponerla en cama, Ofelia y yo, que somos pobres bailarines.

—Me parece natural que la traiga Balbina, refunfuñó Fabián.

—¿Qué necesidad? Balbina gusta del baile y sus compromisos la estorbarán salir. Á no ser que lo *natural*, agregó el médico, deteniéndose para mirar á su amigo, para completar tu programa, sea que tu mujer quede en casa, mientras tú...

— Pero, al fin, interrumpió el otro con cierta violencia, vienes metiendo mucho estruendo por una de esas aventuras vulgares, que todos los maridos se permiten y que, tal vez, sean más provechosas que nocivas á la armonía doméstica. Dejémonos de convencionalismo! Tú, hombre de ciencia ¿cómo te empeñas en combatir una ley fisiológica, con argumentos de tendero retirado? ¡Venirnos hoy con un reglamento de buena policía matrimonial! ¿Negarás que la naturaleza, adormecida por el hábito, el sempiterno diálogo entre los mismos personajes, se despierte electrizada al contacto de la novedad? Si nuestro organismo protesta fatalmente contra esos mandamientos sociales, tan imposibles de cumplir como el famoso voto religioso, ¿qué prueba ello, sino que...

—No te exaltes, repuso tranquilamente Saturnino : saludo con respeto á tu antropología, aunque poco inédita. Pero, dime ¿hay algo más antropológico que el hecho de apoderarse de lo ajeno por la violencia, de despedazar la presa viva y comerla cruda? Somos carniceros : lo prueban nuestras garras y colmillos. Puesto que la ira nos hace rechinar los dientes ¿no es indicio antropológico de que debemos dirimir á mordiscos nuestros litigios? — Defiendes el merodeo galante : pero éste no significa únicamente el amor libre

para el hombre, sino para la mujer también: poligamia y poliandria son correlativas... Ya que pedías ciencia, estás servido.

—Poliandria! gruñó Fabián con mal humor, estás absurdo. ¿Cómo equiparar el desliz anodino del hombre, con la falta irreparable de la mujer? La sociedad...

—¡Ah! ya salimos de la antropología para volver al convencionalismo social! Mira, Fabián, cómo la lógica te arrastra á pesar tuyo! Es que, con demostrar que la ley social ó la civilización es mera convención y artificio, no damos un paso fuera de esta atmósfera moral que nos contiene y aprisiona. Si no tenemos un sentimiento, alegría ó dolor, que no sea del civilizado, perdemos nuestro tiempo con discutir sobre si la herencia presente fué orgánica, ó adquirida por algún descendiente de los abuelos trogloditas...

Oyóse la campana que anunciaba la salida. Faltaban aún pocos minutos, pero Fabián, contra su costumbre, no quiso aguardar el último momento; alargó su mano para despedirse. El médico la apretó con fuerza, guardándola en la suya, y miró fijamente á su amigo: — «Escucha, Fabián; Balbina es una noble criatura, pero es mujer, bella y activa. Tiene diez años menos que tú. La observo hace algún tiempo; se siente abandonada. Su afán reciente por concurrir á las fiestas, en ausencia tuya, obedece sin duda á un deseo natural de distracción y esparcimiento. Con todo, su hermosura se vuelve en cualquier reunión el centro de todas las admiraciones — de todas las codicias: no falta quien espere conquistar la joya al parecer sin dueño. No te irrites; te hablo como hermano. Esta noche más que nunca, la encontré nerviosa, excitada, herida. La mejor brújula se pone loca en la tormenta. No te vayas; quédate para borrar en su alma la indignación peligrosa... tal vez, la tentación...

Fabián soltó una carcajada muy ruidosa para ser natural, y, despidiéndose de veras: — «Ya quemaste el último cartucho; la tentación de santa Balbina! Hasta mañana! Cuídame á Cecilia...»

Desapareció en su coche. El silbido de la locomotora rasgó el aire; crugieron las amarras de acero de los vagones, al ponerse en

marcha, como articuladas vértebras de reptil monstruoso, y, jadeante, acelerando poco á poco su carrera, perdióse el tren en la vaga obscuridad.

Como lo había previsto, Fabián ocupaba solo el departamento de dos camas. Allí dentro el calor aumentaba, al paso que el tren se alejaba del mar. Fabián encendió un cigarro y salió al balcón; apoyado en la barandilla, sin tener la vista un punto en qué fijarse en ese despliegue monótono de la pampa, dejó que su pensamiento vagara en libertad, como el humo de la locomotora que en el aire se disipaba.

Desde su salida de Buenos-Aires, había esperado ansioso esta noche de fiesta y orgía. — En el centro del vasto desierto silencioso que rodea á la estancia de Manolo, veinte veces, desde ayer, había evocado el comedor lleno de luces y flores, la prolongada cena sin interrupción posible, lejos de cualquier mirada importuna; el perfume de las mujeres, flotando como otro efluvio más capitoso sobre las copas llenas. — por fin, el previsto desenlace, saboreado sin apuro, como la fruta más exquisita del íntimo banquete... ¿Qué le pasaba ahora, qué sucedía, para que la ardiente visión acariciada se esfumara apenas sugerida: para que se sintiera perseguido por una extraña obsesión, que arrastraba su mente en sentido contrario al de la marcha, hacia el Casino iluminado y el tranquilo hogar? Á pesar suyo, y con irritación creciente, le era fuerza confesar que las palabras de ese «Juan Lanás» habían quedado en su memoria, sueltas y fragmentarias, pero dotadas de insoportable eficacia. Habían bastado para dar impulso inicial á esta *rueda loca* de la imaginación, que seguía ahora moviéndose en el vacío. Porque era un absurdo evidente el sermón del «pingüino» aquel. ¡Balbina, coqueta y vengativa! Esa madre absorta en su única hija ¡buscando á deshora triunfos mundanos y consuelo á supuestas melancolías! Vamos, sólo la espesa fantasía de ese burgués pudo discurrir tal dislate!... Y no obstante, tan delicado es este cristal del alma, que el hálito de una alusión amiga había empañado al pronto su nítida transparen-

cia. Como los vasos del altar, las prendas de la dicha íntima no deben ser tocadas por el profano.

Parecióle que la velocidad y el rudo sacudimiento acrecían su desazón; entró en su departamento y se recostó en la tendida cama. Á poco, un prolongado silbido anunció la llegada á Camet. Á medida que iba decreciendo el rumor del tren en marcha, se hacía más perceptible un ruido de voces varoniles, que del vecino departamento le llegaba, por entre la ranura de la mal cerrada puerta corrediza. El tren paró, y entonces, en el silencio de la estación desierta, no se perdió una sílaba del diálogo sostenido por las dos voces jóvenes y sonoras. Como antes Fabián, sin duda se creían solos. Tratábase, al parecer, de un chisme de la playa: el caso — muy trivial, por cierto — de un marido de comedia cuya mujer utilizaba la ausencia semanal con el héroe inevitable. El relato tocaba á su término, quedando por lo tanto algo confuso el sentido, aunque al desabrochado estilo le sobrase claridad.

Sonó la campana para la marcha, y Fabián, algo enervado por el estúpido cuento, esperaba impaciente que el ruido del tren volviera á cubrir la plática impertinente. De súbito, dió un salto en su cama, cual herido por una descarga eléctrica; había sonado el nombre de su mujer!... Como un relámpago, cruzó por su mente la esperanza de estar delirante ó alucinado... ¡Ay! ni la duda pudo quedarle: entre los girones de una frase destrozada por groseras carcajadas, el mismo nombre tremendo — ¡Balbina! — acaba de retumbar, á dos pasos de Fabián, que quedaba pálido como un espectro, petrificado por el horror...

Pronto reaccionó y, como una fiera herida, se lanzaba ya sobre la puerta de comunicación, sin saber en qué garganta infame se iba á prender su garra de acero, cuando rasgó el espacio la señal de la salida. Volvió atrás, y se precipitó hacia afuera, desnuda la cabeza y la frente bañada de sudor. Pero su mano trémula se encarnizaba en vano contra la puerta; al fin, logró abrirla y, al arrojarse adelante, su cuerpo dió en la baranda lateral que le cerró el paso. Ya el tren vo-

laba sobre los rieles. Soltarse sobre el borde de la vía, rodar como bulto informe en la zanja llena de agua, fué su primer impulso; el peligro no le arredraba. Pero ¿cómo emprender la vuelta y realizar su obscuro designio?

Entró y se dejó caer en un asiento; había desaparecido por ensalmo su reciente furor contra los desconocidos. ¿Qué valían esas palabras inconscientes ante lo atroz de la realidad? ¡Era cierto! ¡Las recientes insinuaciones de Moral no eran sino otra forma amistosa y entristecida de la misma revelación! Como el niño que cierra los ojos para ahuyentar al fantasma, fué á ajustar la puerta de comunicación. Y así, anonadado, aplastado en la estrecha cama, oprimiéndose la frente con las crispadas manos, dejó correr los minutos sin tener conciencia de su velocidad. Se estremeció al sentir que le tocaban el hombro: el inspector le pedía el boleto. Le dijo, al devolvérselo: «Maipú; le avisaré si está Vd. dormido.» — Fabián balbuceó: «Ah! si, Maipú. ¿Cuál es la próxima estación? — Vivoratá. — ¿Á qué distancia de Mar del Plata? — Treinta y tanto kilómetros.» Y el empleado siguió su camino.

Fabián abrió su balija, sacó su revólver y después de cerciorarse de que estaba cargado, lo hundió en el bolsillo de su pantalón. Volvió á cerrar con llave su balija, y esperó, de pie, que el tren llegase á la estación ya señalada. En frente de él, el tablero de la puerta tenía un espejo; quedó examinando su rostro pálido, sus inyectados ojos, meneando la cabeza con tristeza infinita.

El tren se detenía apenas en la estación Vivoratá, tan desierta como la anterior; Fabián bajó rápidamente, sin darse cuenta exacta de su resolución. Debajo de un reverbero fijado en la pared, dos ó tres hombres gesticulaban; uno de ellos tocó la campana, y el tren se puso en marcha. Fabián esbozó un movimiento instintivo para alcanzarle; pero se contuvo. En cuanto la larga masa se hubo perdido en las tinieblas, se acercó al jefe de estación, á quien conocía vagamente, después de tanto viaje. Como todas las naturalezas enérgicas, Fabián recobraba aparente serenidad en las situaciones extre-

mas. Su explicación fué breve y precisa: acaba de notar que dejaba olvidado en su casa el documento que motivara su viaje á Maipú: tenía que volver á Mar del Plata esta misma noche, para tomar el tren de la mañana siguiente. Necesitaba un caballo ensillado, para dar este galope de seis ó siete leguas. Pagaría lo que se pidiera. La explicación era tan verosímil, y tan conocido el nombre de Fabián, que el mismo jefe le sacó de apuros. Media hora después, al galope tendido de un buen caballo criollo, corría en dirección de Mar del Plata, por el antiguo camino carretero.

V

La luna casi llena alzaba el blanco disco en el estrellado cielo. El galope del caballo retumbaba en el silencio universal, acentuado á intervalos por un grito de ave nocturna, un balido lejano, un tropel de caballos que disparaba en la llanura. Delante de él, la carretera se esfumaba en angosta faja lívida. De trecho en trecho, un punto rojo horadaba la niebla, un ladrido lejano señalaba una habitación, acrecentando para Fabián la sensación de soledad y abandono. Y perdida la noción del tiempo y la distancia, seguía su arrebatada carrera, con el ímpetu del fantástico ginete de la balada. De pronto, un reverbero, alumbrando una masa blanquizca, le recordó que pasaba delante de la estación Camet. ¡Ya! Consultó su reloj al claro de luna: iba á marcar las doce; faltaban poco más de dos leguas para llegar á su destino. Su *destino!* esta palabra extraña, que sólo fué pensada, retumbó en su alma con toque de agonía. Bien seguro entonces de llegar *á tiempo*, contuvo el ardor del caballo y se puso á meditar. El aire fresco había aplacado su fiebre; sentía su cabeza bastante despejada para sostener sin vértigo el peso de la reflexión. Á ratos, como un derrame de su cerebro lleno hasta

el borde, saltaba de sus labios un girón de frase, una exclamación angustiosa, y se sorprendía al escuchar su propia voz.

Una imagen, una sola, le perseguía con su obsesión, aunque pugnaba en vano por evocarla en actitud envilecida, manchada la pura frente por el ultraje anónimo. Por un extraño fenómeno, con esforzarse más y más en su mórbida porfía, no lograba sino borrar la aparición ó transformarla insensiblemente hasta darle el ahora repelente aspecto de esa criatura venal, por quien aventurara estúpidamente la dicha de su vida.

Entonces quiso examinar friamente la situación, para no arrojarse obcecado al desenlace. — Se hallaba cruzando la pampa á media noche, camino de su casa, porque una voz desconocida había profendido contra su mujer la más clara y tremenda acusación. ¿Era esto posible? ¿Aceptárase de plano que Balbina, absorta en su hija y viviendo en estrechísima relación con los Moral, incurriera bruscamente en la caída irreparable, en la indeleble traición? No era dudoso que ella se sentía ofendida: «Admitamos que fuera simulada la explosión indignada de la despedida, y que haya perdido el amor de Balbina: sea; pero no se vuela á la perdición en busca de represalias!...» — Tamaña caída no podía ser un acto inicial, sino el término, el último peldaño de un largo descenso. Un ser noble y altivo no se deja arrebatarse al abismo por la primera ráfaga de tempestad. Á falta de virtud, bastaría el orgullo para no sucumbir en una aventura vulgar... Ahora bien, ¿qué sentimiento sincero y profundo, criado en el conflicto de la pasión y del deber, podía haber nacido y triunfado en los pocos días de su ausencia, en esta atmósfera artificial de exterioridad elegante y frívola murmuración, — sin que Saturnino y Ofelia, — la misma honestidad! — parasen atención en cualquier asiduidad insólita? — Esta idea le trajo á la memoria aquellas singulares insinuaciones de Moral: pero ¿acaso tenían otro alcance que el buen deseo de conservar la paz en la familia y devolver á Balbina la perdida quietud? A ser verdad la especie infame, el médico no la ignorara; y ni el amigo fraternal se

mantendría en consejos tan vagos, ni toleraría el hombre de honor tan íntimo contacto entre Ofelia y Balbina. Luego, todo aquello era imposible, absurdo. Había sido víctima de alguna monstruosa é inexplicable confusión...

En el momento parecióle la conclusión tan lógica y precisa, que sintió su pecho súbitamente aliviado y dió un gran suspiro, como recién despierto de espantosa pesadilla. Encendió un cigarro y tomó de nuevo el galope, sereno y confortado. El camino orillaba la vía férrea; el resplandor de la luna, casi en el cenit, «escarchaba» los pastos húmedos; espejeaban, acá y allá, algunos charcos de la reciente lluvia. Se divisaban ya las primeras quintas de Mar del Plata. ¡Qué grata le parecía la muda acogida de la tranquila población! El sordo rumor del mar comenzaba á espesar el silencio. Oh! cómo iba á envolverse con delicia y para siempre en el tibio ambiente del hogar, acolchado de indulgencia y cariño! Bien sabría él reconquistar ese noble corazón!... De repente, sin saber cómo, volvió á sufrir el mismo choque nervioso que horas antes le había derribado: tiró tan rudamente de las riendas que el caballo se encabritó. Cual en la negra pared bíblica, fulguraba en el campo de su imaginación la palabra fatal que esos malditos pronunciaran. Y, de súbito, sintióse arrebatado por el propio huracán, vuelto ahora más violento y furioso, al acercarse á su origen.

Se alzaba la realidad desapiadada y terrible: vano sería cualquier subterfugio para obscurecer la evidencia. No acaecen sino en comedias *quid pro quo* inverosímiles; las circunstancias precisas, los hechos mencionados, las reticencias de Moral, el nombre de Balbina, único en el grupo social de Mar del Plata: todo confirmaba la horrible presunción. Á presencia de pruebas tan positivas, disipábanse como nubes las consideraciones que poco antes bastaran á persuadirle, á ofuscarle. — ¡Los indicios morales! ¿Acaso no retumban hace tres mil años en la poesía y la historia, las sentencias condenatorias sobre la fragilidad y perfidia de la mujer, «falsa como el agua» y «más amarga que la muerte»? ¿No ha cruzado los siglos el pro-

longado y monótono grito del alma varonil, traicionada y ensangrentada por esa compañera funesta, de corazón tan inseguro cuanto indomable en su carnal perversidad?

Y ¿qué necesidad, tampoco, de recurrir á la experiencia ajena? Basta la propia, á cualquier hombre que haya vivido... Y Fabián, en su delirio renaciente, exhumaba sus recuerdos de juventud: arrojaba al viento nocturno las cenizas de sus culpables amoríos, comprobando, en la fúnebre revista, la eterna aptitud nativa de la hija de Eva para engañar y mentir, la fatal unidad del tipo primitivo, debajo de las variedades externas y los accidentes del medio social. ¿No eran altivas y desdeñosas en la apariencia, las que se alzaban ahora en su memoria calenturienta; la que, á medianoche, atravesaba las alcobas dormidas para llegar hasta él; la que le esperaba en la puerta de un parque, sin sentir el frío ó la lluvia para introducirle como ladrón nocturno? Y otras más surgían en fantástica ronda, viniendo á clavar su recuerdo en el pecho como estileto vengador...

En su demencia, el desgraciado llegaba á profanar el santuario de su dicha pasada: aplicaba en Balbina su inexorable análisis, acriminando hasta sus inocentes y tiernas confianzas del primer tiempo, consumando su propio martirio con evocarla en aptitudes idénticas á las otras: ¡bien conocía ella los secretos de la pasión, y que no es el amor un deshojar de margaritas, ni un diálogo de almas palpitantes, bajo el centelleo trémulo de las estrellas!...

Era la una de la mañana, cuando Fabián llegó á vista de su casa.

VI

El *chalet* de la familia Linares se levanta, como dijimos, en el extremo de la Loma que domina la playa por el norte. Es una construcción elegante y sencilla, sin recargo ostentoso. Fabián quiso

tomar como modelo la casita que ocupó en Trouville, durante la estación de 1889. Se compone de un edificio de dos pisos y subsuelo, formando un pabellón central con dos alas salientes; en el piso bajo: el comedor, un gran salón con recibimiento contiguo y, á uno y otro lado del peristilo, un gabinete de estudio y un billar; arriba, los dormitorios y dependencias. Hacia el mar, una terraza con gradería que baja al jardín cercado por una pared llena, bastante alta para romper la violencia de la virazón. La puerta exterior — una verja de hierro labrado — mira al sud, sobre el camino de carruaje que atraviesa el arroyo por un puente rústico y conduce á la playa.

Llegado que hubo á la meseta, Fabián arrojó una mirada hacia la población: salvo el Casino iluminado, reinaba completa obscuridad en las casas del pueblo y en las más vecinas de la Loma. Algunas nubes invadían el cielo, ocultando por minutos la luna declinante. Después de desensillar su caballo detrás de la casa, lo dejó suelto, para que se juntara con otros que suelen pacer allí la hierba salada de la cumbre. La silla quedó tirada en el suelo. Se acercó lentamente al cerco del jardín, por el lado del mar: todo dormía en apariencia; tan sólo el cuarto de Balbina, en el piso superior, estaba alumbrado, y sus dos ventanas sobre el mar semejaban dos ojos abiertos en la fachada sombría. Ningún murmullo insólito se percibía, por entre el monótono y sordo ronquido del oleaje; como de costumbre, la puerta de reja estaba cerrada. ¿Qué significaba, á tales horas, la luz del dormitorio? Balbina no conservaba encendida sino una *mariposa* en el cuarto de Cecilia: á no ser que estuviera recién llegada de la calle, ó acaso no hubiera entrado aún... Fabián, indeciso, quedó esperando en un pliegue de la ladera, á unos cuantos pasos del camino. Con el tiempo que pasaba, llegó á convencerse de que Balbina estaba dentro. Á las dos, las lámparas eléctricas se apagaron en el Casino: la fiesta concluía, y la misma sala de juego quedó en tinieblas.

Poco á poco, penetraba en su alma atribulada la vasta paz nocturna, volviéndole á la apreciación serena de la realidad. Si tuviera

algún fundamento la horrible pesadilla que hace horas le torturaba, era llegado el caso de saberlo ; no debía prolongar por más tiempo este ridículo papel de rondador nocturno de su propia morada ; tocaría la campanilla que despertara al jardinero, y entraría directamente. Era lo más probable que encontrara á Balbina dormida, cerca de Cecilia, y allí acabaría para siempre la insoportable alucinación. En cuanto á la explicación de su vuelta, á estas horas : oh ! confesaría á Balbina una parte de la verdad ! Lo esencial, lo único importante al presente, era concluir con esta agonía que le estrujaba el corazón : volver á la vida normal, á la confianza, á la dicha recobrada...

En este momento, se acordó de la silla dejada tras de la casa, y fué á buscarla para ponerla en seguridad. Estaba ocupado en reunir las piezas del arreo, cuando oyó sonar distintamente la campanilla de la calle, y, á los pocos segundos, siguió el ruido de la puerta que se volvía á cerrar. Quedó petrificado, literalmente paralizado durante algunos instantes ; pero reaccionó y se precipitó hacia la verja ; el camino estaba vacío : no habían salido de la casa, sino entrado en ella. Asomó la cabeza por la reja : no vió á nadie en la terraza ni en el jardín. Después de salvar la puerta exterior, *alguien* acababa de penetrar en las habitaciones !...

Nuestro mezquino organismo tiene susceptibilidad muy limitada para las sensaciones extremas, ya sean de gozo ó de dolor ; llegada á cierto grado de tensión, la irritabilidad se embota, y, por algún tiempo, queda tan reducido su poder de reacción, que casi equivale á la indiferencia. Fabián estaba ya *saturado* de emociones ; las últimas cuatro horas de angustias habían agotado momentáneamente su sensibilidad, y su corazón, como una esponja embebida que ya no admite una gota de líquido, no podía sufrir nuevas congojas. El choque de la realidad, lejos de anonadarle, acabó de restituirle su completa sangre fría. Palpó el revólver en su bolsillo, para cerciorarse de que no había caído en la desesperada carrera, y, lentamente, con su mirada fija en la ventana iluminada, re-

trocedió á su escondite, para reflexionar y tomar un partido.

Alguien acababa de entrar en su casa á las dos de la mañana, abriendo la puerta de reja ; lo que había oído no era la campanilla de llamada, sino una esquila de aviso que el girar de la puerta ponía en vibración. ¿ Sería un... *extraño* (su espíritu retrocedió ante la palabra precisa) el que así procedía ? ¿ Tanto había descendido Balbina, que desdeñara todo disimulo, no guardando al marido ultrajado un resto de consideración hipócrita, y á sí misma un vestigio de decoro exterior ? Escuchó en su sér interno un grito de protesta. ¡ Jamás, jamás ! Lo enorme del incidente traía su explicación. Era sin duda algún sirviente retardado que volvía del pueblo, después de festejar el Carnaval. Ello parecía evidente ; y lo aparentemente insólito de un hecho tan vulgar, provenía, no del hecho mismo, sino de estar él, Fabián, acechando á tales horas las idas y venidas de sus criados. Bastaba ya de visiones y pesadillas ! Todo estaba tranquilo ; esa misma luz en la alcoba de Balbina... De repente, un rugido sordo le saltó del pecho : ¡ allá arriba, en el *écran* de la cortina blanca, dos sombras oscuras se proyectaban tan netamente, que podía seguirse el contorno de las cabezas y los bustos : un hombre y una mujer dialogaban con visible intimidad !...

Fabián quedó inmóvil, con la boca abierta, los ojos dilatados por el estupor. Al querer precipitarse hacia la puerta, sintió que le flaqueaban las piernas, y tuvo que sentarse en el talud que circunda el jardín, para no caer al suelo. ¿ Cuántos minutos pasó así, presa de un estúpido aniquilamiento, semejante al letargo que sigue á la caída en un precipicio ? Poco á poco volvió en sí ; antes que el juicio, renació la actividad sensorial : tuvo la percepción del viento helado que le azotaba el rostro, y notó vagamente el aclaramiento del paisaje por la luna que emergía de una nube. En un movimiento que hizo, sintió la estrujadura de un cuerpo duro que magullaba sus carnes : el contacto del arma en su bolsillo le devolvió súbitamente su energía y voluntad. Se puso en pie, con la resolución ya imperturbable del soldado que marcha al asalto. Se dirigió hacia la verja

para emprender el fácil escalamiento. Entonces, oyó distintamente una voz que murmuraba á su oído: « Y bien, es asunto arreglado : mi mujer está con un amante, y los voy á matar... » Él mismo había proferido estas palabras inconscientes. Permaneció inmóvil, durante algunos segundos, mirando la ventana ahora vacía ; luego se alejó paso á paso, hasta el borde de la barranca á pico ; dejó caer su mirada en el mar sombrío que rompía con estruendo en las rocas verticales, sacudiendo girones de espumas ; volvió de nuevo hacia la casa, y así continuó largo rato su tétrico paseo de centinela á la vista del enemigo. Tan intenso era su meditar, que, por instantes, su pensamiento se *coagulaba* en palabras sueltas que el viento arrebatava...

« Sí, es seguro que los voy á matar, él primero y ella después... » Y al pronto se le representó la sangrienta escena. Escalada la reja, se dirigía al vestíbulo abierto, subía con tiento la escalera cuya alfombra apagaba sus pasos... los sorprendía bruscamente, como el rayo, — oh ! espantoso momento ! — heriría sin piedad, á tres pasos, con el acierto infalible de un pulso tranquilo. Lanzó un ahogado grito de rabia y furor. Á la luz de un relámpago, lo había visto todo : los cómplices bañados en sangre, alzando sus manos desesperadas al caer en la alfombra... Tan patente era la alucinación, que percibió los gritos de los criminales, en la atmósfera tibia y el silencio del aposento, las detonaciones del revólver que apretaba en su crispada mano, — ¡ horror supremo que le hizo cerrar los ojos instintivamente ! — escuchó otro grito más terrible que el de las víctimas : una adorada voz infantil aguzada por el terror... Fué tan atroz esta sensación de estileto en su oído, que desvaneció al punto el cuadro de su delirio... Extraviado, miró á su alrededor : reinaba el mismo silencio sordamente acompañado por el lamento profundo del océano ; al pasar su mano por la frente, la sintió húmeda, y, de nuevo, tambaleando como ebrio, fué á caer sentado en una roca del barranco.

Entonces, examinó las consecuencias del acto, como si estuviera

realizado. Con esa extraña potencia de la agonía mental, percibía netamente y encerraba en un pequeño espacio, largos períodos sucesivos de su existencia ulterior. Todo había concluído: estaba vengado. ¿Y después?

Huía de este lugar maldito, llevando de la mano á su único tesoro, se desterraba de su propio país; viajaba por el mundo, ó se establecía con Cecilia en algún punto de Europa, donde nadie les conociera y pudiera reabrir la herida medio cicatrizada. ¿Lograría el tiempo borrar en esta alma infantil el recuerdo de la catástrofe? Era vano esperarlo: su memoria, terriblemente fiel, no olvidaría á la muerta, de quien no le era dado hablar. Se criaría triste, como planta en la sombra, abandonada á manos mercenarias, lejos de las caricias sinceras y del caliente hogar. Con todo, los años cumplirían su obra de apaciguamiento, y ambos sentirían la nostalgia de la patria. Volverían, y Cecilia completaría su dolorosa y lenta iniciación en la tragedia lejana, siempre presente: una palabra indiscreta, la alusión injuriosa de alguna compañera de colegio, un retrato descubierto en alguna casa amiga — tal vez, la terrible sensación del aislamiento, y la reserva de las familias respecto de ella: otros mil incidentes sucesivos se juntarían para marchitar su vida, y la víctima más inocente sufriría el castigo más cruel...

Todo eso y mucho más se desenvolvía ante la vista del desgraciado, con el vívido aspecto de la realidad. Sí, aquello era inevitable, fatal. ¿Cómo puede contentarse la necesidad de los hombres congregados, con esos supuestos desenlaces del teatro, que muestran al drama concluido con la venganza del marido y el castigo de los culpables? ¡Ay! la catástrofe violenta no es sino el principio del inmerecido sufrimiento y de la dolorosa expiación!... Pero, para que la lógica inflexible de la vida impusiera conclusión tan inicua, era fuerza que se ocultara algún vicio monstruoso en los antecedentes?

Remontándose entonces á las premisas, examinó si era realmente justa en su caso personal, esa sentencia de muerte que el *honor* le dictara y que la ley humana no se atrevía á discutir. Para sorpren-

der á su esposa infiel, había interrumpido un viaje que le llevaba á los brazos abiertos de otra mujer. ¿Por qué era venial su propio perjurio y el otro mortal? ¿En qué principio absoluto estribaba tan capital diferencia? ¿Ó sería que la frecuencia del delito y la indignidad del objeto atenuaban su gravedad? ¿Qué juramentos sagrados había violado la una, que el otro no hubiese pronunciado el mismo día y con igual solemnidad? Y, al llegar á este punto de su examen de conciencia, imparcial y severo, creía oír una voz que le repetía el *no matarás*, de la ley divina, más alto que esa hipócrita tolerancia de la ley humana, que deja por esta única vez la espada de la justicia convertirse en el mismo cuchillo de la venganza...

Entonces escuchaba otra voz distante, — la voz farisáica del mundo y de la preocupación social, y ésta decía: « Si dejas sin castigo la falta inexpiable, te convertirás en ludibrio y escarnio de la sociedad. Tu mujer nada había perdido ante el mundo con tus deslices; tú quedarás envilecido, infamado, acaso sospechado de sufrido y complaciente. Y sólo con esa mancha en la frente, podrás seguir viviendo en una atmósfera de tolerancia y velado desprecio general... No puedes substraerte á las leyes comunes: con el silencio, abdicas tu honra varonil; con el olvido, pide tu cobardía un pretexto para aceptar la vergüenza... »

Pero la voz interna se alzaba entonces más imperiosa y vibrante: « Ni el silencio ni el olvido imposible: mas sí el mutuo perdón. Y no seréis felices: habéis matado la confianza y la fe. Pero Cecilia podrá crecer ignorante y pura sin explicarse vuestras reservas y tristezas; y algún día, cuando ella ponga su mano en otra mano amada, el sentimiento del deber cumplido será vuestra recompensa y el anuncio de la completa reparación... »

VII

Serían las tres de la mañana ; el cielo gris encapotado cubría de tinieblas la tierra y el mar. Fabián dió algunos pasos hacia el borde del abismo que se abría á sus piés. La pleamar rompía con violencia contra el acantilado : se inclinó sobre el vacío, y pareció dejarse atraer por el vértigo de la sima. Pero tuvo un brusco movimiento hacia atrás ; en seguida su brazo derecho describió una curva como si arrojara una piedra. Su revólver se hundió en las olas.

Sólo entonces cedió al peso abrumador de esta noche terrible. Una fatiga invencible se apoderó de su cuerpo aterido por el frío glacial. Su alma aletargada no sentía ya dolores ni angustias : no pensaba en mirar la ventana funesta. Ahora no sobrevivían en él más que las sensaciones y sufrimientos de los seres primitivos : el frío, el sueño, la sed. Tiritando bajo el helado cierzo, se puso á envidiar los pescadores cuyas casillas se alzaban en la playa. Y, á diez pasos de su caliente y confortable hogar, se refugió en un hueco del barranco, al reparo del viento, y allí cayó como una masa inerte, vencido por esa agonía de cinco horas que le envejeció.

¿Cuánto tiempo duró este letargo reparador, tributo del sér prostrado á la tiranía de la carne ? Despertó sobresaltado al ruido de la puerta que se abría. Se enderezó y se precipitó adelante, nuevamente empujado por el instinto de destrucción. Á la vislumbre pálida del alba, divisó dos bultos humanos que se alejaban, un hombre y una mujer. Al llegar cerca de ellos, oyó una voz conocida que le llamaba : Fabián ! Era la pareja Moral que se retiraba, en traje de baile debajo de sus abrigo.

No se asombraron al encontrarle allí, demacrado y lívido ; antes se sorprendieron de que no hubiese llegado algunas horas antes, en algún tren expreso. Poco después de las nueve, al salir para el baile,

Cecilia había sufrido un ataque fulminante de laringitis estridulosa : « Opresión, fiebre, ronquera y disnea angustiosa : aunque no veía síntomas de crup, confieso que al pronto estuve un poco inquieto. Te telegrafíé á todas las estaciones del trayecto desde Pirán á Maipú. No dudaba que hallarías medio de volver esta misma noche. »

— ¿ Y ahora ? preguntó ansiosamente Fabián.

— Completamente sana ; se ha dormido como un angelito, después de tomar el revulsivo que tuve que ir yo mismo á prepararle, á la una... Estos accidentes son puro aparato : no dejan rastro alguno, y mañana la niñita jugará como si tal cosa... Pero ¡ cómo te habrás afligido ! ¿ Verdad ?

— Sí, murmuró Fabián, he sufrido mucho ; y después de un segundo de silencio, como si quisiera preguntar algo á Moral, se separaba ya de sus amigos, cuando Ofelia le detuvo :

— ¿ Sabe V. el noticiaón de la noche ? Reventó aquello : Morcillo desapareció del baile con Malvina !...

— ¡ Balbina !... tartamudeó Fabián sin entender...

— ¡ Malvina, la famosa baronesa !...

Fabián no escuchó más ; se golpeó la frente con una sorda exclamación y corrió hacia su casa.

El criado, que había reconocido las voces, le esperaba en el umbral de la puerta abierta. Subió con precaución para no despertar á Cecilia ; la encontró durmiendo en su camita, algo pálida todavía, pero con la respiración tranquila y rítmica de la salud. En la alcoba inmediata, cuya puerta quedara abierta, Balbina estaba adormecida en un sillón : su hermosa cabeza se reclinaba hacia atrás, una larga trenza suelta caía sobre el brazo apoyado ; y él contempló un minuto ese rostro encantador y puro, esa tersa frente que nunca abrigara un mal pensamiento, esa boca infantil que no se abrió jamás para el engaño y la traición. Entonces se desplomó á sus pies y hundió la cabeza entre sus rodillas. Balbina tuvo un ligero sobresalto y abrió los ojos. Sin interrogar al desventurado que sollozaba perdidamente al oprimir el cuerpo amado, pero con el presentimiento vago de

la verdad, le puso la mano en la frente y murmuró : ¡ Pobre Fabián !

Y fué la hora más patética y dulce de su vida : de más intensa delicia, para Fabián, que aquella lejana y casi mística que resplandece eternamente en el pasado, — porque sabía esta vez el precio del paraíso reconquistado, y era desde el fondo del abismo que se remontaba á la divina luz.

P. GROUSSAC.